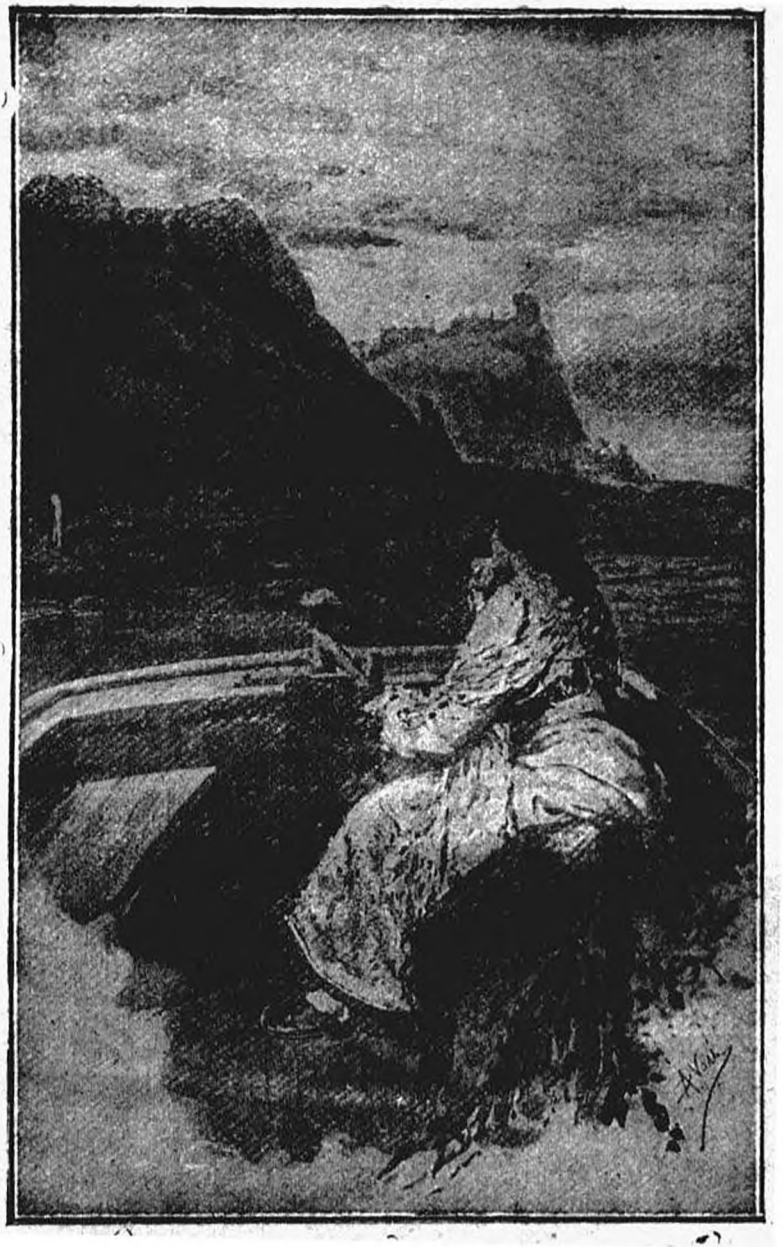
El Rey del Mar
CALLEJA
MADRID

BIBLIOTECA CALLEJA

(SERIE POPULAR)

XXXVII



Darma había apoyado un codo en la borda de popa, y miraba fijamente a la playa.

EMILIO SALGARI

EL REY DEL MAR

SEGUNDA PARTE DE LOS
TIGRES DE LA MALASIA

VERSIÓN CASTELLANA

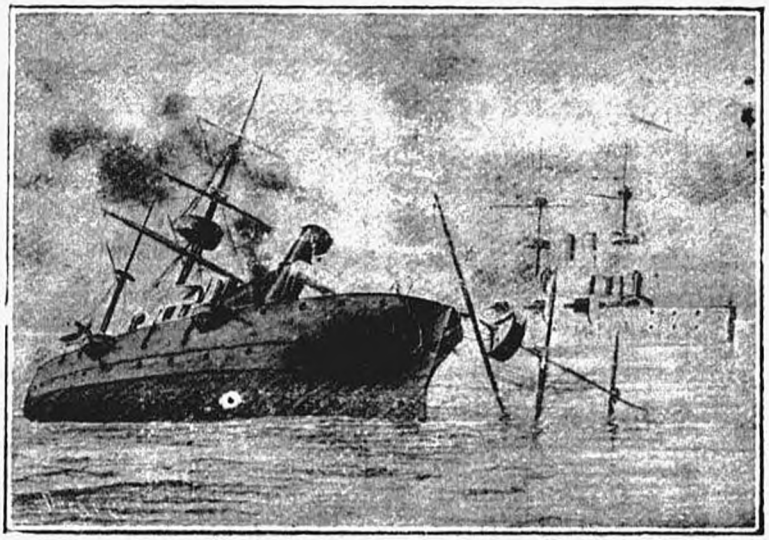
CASA EDITORIAL CALLEJA
FUNDADA EN 1876

MADRID

PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

ıor de E. Teodoro, Glorieta de Santa María de la Cabeza, 1.



EL REY DEL MAR

CAPÍTULO PRIMERO

UNA EXPEDICIÓN NOCTURNA

—¡Señor Yáñez, por aquel boquete de allí abajo veo brillar una luz!

—Ya la he visto, Sambigliong.

—¿Será un parao que esté anclado en la rada?

—No; me parece más bien una chalupa de vapor: probablemente, la que ha conducido hasta aquí a Tremal-Naik y a Darma.

—¿Vigilarán quizás la entrada de la rada?

—Es muy posible, amigo mío—contestó tranquilamente el portugués, tirando el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Podremos pasar sin que nos vean?

—¿Crees que teman un golpe de mano de nuestra parte? Redjang está demasiado lejos de Labuan,

y a buen seguro que en Sarawak no saben todavía que nos hemos reunido. A no ser que ya tengan noticia de nuestra declaración de guerra. Además, ¿no vamos vestidos como los cipayos del Indostán? ¿No visten lo mismo que nosotros ahora las tropas del *rajá*?

—Sin embargo, señor Yáñez; preferiría que esa chalupa o ese parao no estuviese ahí.

—Querido Sambigliong, no dudes que dormirán a bordo. Los sorprenderemos.

—¡Cómo! ¿Vamos a asaltar a esos marineros?—preguntó Sambigliong.

—¡Claro que sí! No quiero que queden a nuestra espalda enemigos que podrían molestarnos en la retirada. Dejaremos expedito el terreno para que el *Rey del Mar* no se vea precisado a venir en nuestro socorro, teniendo, como tendría, que arrimarse a la costa. Podría dar un encontronazo con alguna escollera. Supongo que no habrá mucha gente en esa chalupa, parao o lo que sea, y nosotros somos bastante ligeros de mano. No hay que hacer uso de las armas de fuego: solamente deben funcionar los *parangs* y los *kriss*. ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor Yáñez—contestaron varias voces.

—Pues, entonces, ¡adelante y silencio!

Esta conversación se sostenía en una gran chalupa que avanzaba al impulso de doce remos montada por catorce hombres, los cuales vestían el pintoresco traje de los cipayos de Sarawak: jubón de paño rojo, pantalón de tela blanca, un pequeño turbante, también blanco, y zapatos de punta vuelta.

Doce de dichos hombres eran de color muy obscuro, asemejándose mucho a los malayos, o por lo

menos a los dayakos; en cambio los otros dos eran de raza caucásica y vestían uniformes de oficiales.

Todos ellos eran gente robusta, altos y musculosos; cerca de sus bancas respectivas llevaban carabinas de fabricación india, pesados sables de hoja muy larga y puñales ondulados, los famosos y terribles *kriss* malayos.

La chalupa, que avanzaba silenciosa y velozmente dirigida por Yáñez, que iba al timón, se encaminaba hacia una bahía muy ancha que se divisaba en la costa occidental de la isla grande de Borneo, por la parte que la bañan las aguas del golfo de Sarawak.

Aun cuando la noche era muy obscura, la chalupa avanzaba sin vacilación alguna, deslizándose por entre las escolleras coralíferas que asomaban entre dos aguas, a babor y a estribor, y contra las cuales se deshacía la resaca lanzando prolongados mugidos.

Iba con rumbo a un pequeño punto luminoso que se columbraba en el fondo de la rada, y que ya se elevaba, ya descendía, como si sacudidas continuas le zarandeasen.

Ya había penetrado la chalupa en aquel ancho boquete de la costa, cuando el hombre blanco que iba sentado al lado de Yáñez, y que parecía un guapo joven de veinticinco a veintiocho años, de contextura maciza, con la barba cortada a la americana y que vestía el uniforme de subteniente, preguntó:

—Capitán Yáñez, y si nos interrogan, ¿qué vamos a contestar?

—Que llevamos víveres al fortín de Macrae—contestó el portugués, que había encendido otro

cigarrillo.—¡No parece sino que nuestra chalupa no va cargada de cuanto Dios ha criado!

—Y así que hayamos puesto borda con borda, ¿caeremos encima?

—Sí, señor Horward. Nosotros los piratas no dudamos nunca para tirarnos a fondo en seguida. Si es una chalupa de vapor, usted se encargará de ponerla rápidamente en presión; de ese modo los remolcaremos a escape después de dado el golpe.

—¿Confía usted en el resultado?

—Plenamente, señor Horward. Dentro de dos horas Tremal-Naik y Darma estarán a bordo de nuestro buque: yo se lo aseguro.

—¡Ustedes son admirables!

—¡Como que estamos acostumbrados a correr toda clase de peligros y aventuras!—contestó el portugués.—También ustedes los americanos tienen buena sangre en las venas.

—¡Oh!

Del parao o de la chalupa, pues todavía no podía distinguirse bien qué clase de embarcación era, salió una voz gritando:

—¡Quién vive!

—¡Somos amigos, que llevamos víveres al fuerte de Macrae!

—Tenemos orden de prohibir toda clase de desembarco hasta que amanezca.

—¿Quién ha dado esa orden?

—El capitán Moreland, que está en el fortín esperando a que su barco se haya aprovisionado de carbón.

—Entonces, esperaremos cerca de vosotros a que amanezca.

En seguida, volviéndose hacia el maquinista

americano y hacia Sambigliong, que estaba cerca de él, dijo a media voz:

—No sabía que hubiese un barco en estas aguas. ¡El capitán Moreland! ¿Quién será?

—Sin duda, algún inglés que esté al servicio del *rajá* de Sarawak—contestó el americano.

—¡Pues el barco se quedará sin el jefe!—dijo Sambigliong.—¡Le haremos prisionero juntamente con la guarnición del fortín!

—¡Despacio, querido!—dijo Yáñez.—En ese fortín puede haber más gente de la que nosotros pensamos, y nuestro juego es, sobre todo, de astucia. Además, es preciso que no sospechen nada, puesto que tenemos ahí la chalupa encargada de aprovisionarlos.

—Eso es una verdadera suerte, señor Yáñez—dijo el americano.

—No digo que no. ¡Mire usted si me había equivocado! Es una chalupa de vapor y no un parao. ¡Muchachos, estad prontos!

—¡Acercaos—gritó en aquel momento una voz ronca—u os largo un metrallazo!

—¡Y asesinaréis a compañeros!—contestó Yáñez.—Pero debo advertir que no soy un dayako, sino un oficial del *rajá*.

El hombre que había formulado la amenaza murmuró algunas palabras que Yáñez no pudo oir.

La chalupa estaba ya tan cerca que se la podía ver perfectamente, pues la alumbraba un gran farol colocado en lo alto de la chimenea.

Era una barcaza de una docena de metros de longitud, ancha de costados, con puente, y armada con un cañón pequeño colocado en la proa. Algunos hombres vestidos de blanco, y que parecían

indios por los turbantes que llevaban, estaban apoyados en la borda.

—¡Echad un cable!—dijo Yáñez, mientras que sus malayos alzaban los remos y cogían los *parangs*, ocultándolos bajo las bancas.

Arrojaron desde la barcaza una cuerda, y Sambigliong, que había pasado a proa, la cogió en seguida.

—¡Listos!—susurró Yáñez a sus hombres.—¡En cuanto yo dé la orden, saltad a bordo!

En pocas brazadas se encontró la chalupa al costado de la barcaza. Yáñez y el americano pasaron rápidamente a bordo de la segunda.

—¿Quién es el que manda aquí?—preguntó con voz imperiosa el portugués.

—Soy yo, señor—contestó saludando un indio que llevaba en la manga los galones de sargento.—Usted me perdonará, señor teniente, si he amenazado con ametrallarlos; pero el capitán Moreland me ha dado órdenes severísimas, y no puedo permitirle que desembarque.

—¿Dónde está el capitán?

—En el fortín.

—¿Y su barco?

—En la boca del Redjang, delante de la entrada septentrional.

—¿Están todavía en el fortín los prisioneros?

—¿Ese indio y su hija?

—Sí—dijo Yáñez.

—Ayer estaban todavía; pero creo que tan pronto como se haya aprovisionado de carbón el buque del capitán los transportará a Sarawak.

—¿Teme alguna cosa?

—Un golpe de mano de los tigres de Mompra-

cem. Se dice que se han lanzado al mar para hacer la guerra al *rajá* y a Inglaterra.

—¡Tontería! -dijo Yáñez.—Todos han huído hacia el Norte de Borneo. ¿Cuántos hombres hay aquí?

—Ocho, señor teniente.

—¡Ríndete!

Antes de que el sargento se diera cuenta de su situación, ya el portugués le había cogido por el cuello con la mano derecha, mientras que con la izquierda le apuntaba al pecho con una pistola de las que llevaba al cinto. Al ver aquello, los doce tigres que componían la tripulación de la chalupa saltaron rápidamente a la barcaza, cayendo sobre los otros indios con los *parangs* levantados.

—¡El que oponga la menor resistencia es hombre muerto!—gritó Yáñez.

El sargento, que debía de ser hombre de valor, trató de librarse de las manos del portugués y de sacar el sable, gritando a su tropa:

—¡Coged las carabinas!

El americano Horward, que se había colocado detrás de él, le sujetó por la mitad del cuerpo, y le hizo rodar al fondo a impulso de una zancadilla aplicada oportunamente.

Al ver caer a su sargento y que los piratas iban a hacer uso de los *parangs*, la tripulación no se atrevió a moverse.

—¡Sambigliong, ata al sargento; y vosotros, desarmad a todos y encerradlos bien asegurados debajo del puente!

La orden se ejecutó en el acto, sin que se resistieran los indios.

—Ahora—prosiguió el portugués, sentándose al lado del sargento, a quien ataron a la amura,—si

El sargento, que debía ser hombre de valor, trató de librarse de las manos del portugués y de sacar el sable.

quieres salvar la piel, hablemos un poco. Será inútil que te obstines en callar, porque nosotros conocemos el modo de hacer que canten, incluso los mudos. ¿Cuántos hombres hay en el fortín de Macrae?

—Cincuenta, contando con el capitán y un teniente del *rajá*.

—¿Quién es ese Sir Moreland?

—Se dice que ha sido teniente de la marina anglo-india.

—¿Y qué es lo que ha venido a hacer aquí?

—No lo sé, señor. Se cree que está en muy buenas relaciones con el *rajá* de Sarawak y que goza de la protección del gobernador de Labuan. Sólo sé que manda un hermoso barco de vapor, armado de un modo formidable.

—¿Entonces es inglés?

—Eso dicen—respondió el sargento,—aun cuando es de color muy obscuro.

—¿Qué bandera enarbola su barco?

—La del *rajá* de Sarawak.

—¿Qué distancia hay de aquí al fortín?

—Una milla escasa.

—Te concedo la vida, y te regalaré diez libras esterlinas. Señor Horward, usted quedará aquí con dos de los nuestros, y mientras vuelvo encenderá usted la máquina. Necesitaremos la barcaza dentro de algunas horas. El resto de la gente se embarca conmigo.

En seguida, volviéndose de nuevo hacia el sargento, añadió:

—El fortín está en una altura, ¿no es verdad?

—Frente a nosotros—contestó el indio.—Es la única altura que hay en esta costa.

—Muy bien. Permanecerás prisionero hasta que

regresemos, y si estás tranquilo te dejaremos libre en seguida. ¡Buenas noches y buena guardia, señor Horward!

—¡Buena suerte, capitán Yáñez!—contestó el americano.

El portugués volvió con Sambigliong y nueve hombres a la chalupa, y dió la señal de marchar.

La embarcación se apartó de la barcaza y se dirigió hacia la playa, que se encontraba a trescientos o cuatrocientos pasos, y contra la cual se deshacía la resaca, extendiéndose las olas por ella un buen trecho.

Desembarcaron los once hombres y dejaron la chalupa en seco; cambiaron los *parangs* por las carabinas, y cargaron con grandes cestos, que parecían muy pesados.

—¿Estamos dispuestos?—preguntó Yáñez.

—Sí, capitán—contestaron todos.

—Dejadme hablar a mí solamente, y estad prontos para lo que ocurra.

—Seremos mudos.

—¡Adelante, valientes! ¡Los tigres de Mompracem no temen a los mamelucos del *rajá* de Sarawak!

Durante estos acontecimientos la niebla que ocultaba las estrellas se había ido aclarando, y Yáñez distinguió en seguida la altura donde estaba emplazado el fortín; tanto más, cuanto que el resto de la costa era una llanura.

Aquel pelotón de hombres se puso en marcha en medio del silencio más profundo. Yáñez alumbraba el camino con una linterna que había cogido en la chalupa, y cuya luz podía verse a gran distancia, dado lo obscuro de la noche.

A la otra parte de la duna descubrieron una especie de sendero que serpenteaba por entre las

plantaciones de índigo, y que parecía dirigirse hacia la altura; los tigres se internaron por aquel camino, marchando uno detrás de otro.

Veinte minutos después llegaron al pie de la minúscula colina, que apenas tendría doscientos metros de elevación, y en cuya cumbre se vislumbraba confusamente una especie de torreoncillo rodeado de casas y del recinto fortificado.

—Si no duermen o no son ciegos, ya deben de haber visto la luz de mi linterna—dijo Yáñez.—¡Ah, mi querido señor Moreland; ya verás cómo te la juegan de puño los tigres de Mompracem! Después de esto Sandokan se encargará de tu barco, puesto que tienes uno.

Un estrecho sendero en zig-zag conducía al fortín.

Después de haber dado un momento de descanso a sus gentes, pues las cestas que conducían eran muy pesadas, Yáñez comenzó a subir con el sable desenvainado.

Llegaba el pelotón a la mitad de la cuesta, cuando se oyó una voz que gritaba desde uno de las taludes del fortín:

—¡Quién va!

—¡El teniente Jarshon con cipayos de Sarawak, que traen víveres para el fortín, por órden del capitán Moreland!

—¡Esperad!

Se oyeron voces; en seguida brillaron luces en la empalizada, y por último tres hombres que parecían dayakos, aun cuando llevaban el traje indio e iban armados con carabinas, fueron hacia el grupo. Uno de ellos llevaba una antorcha.

—¿De dónde viene usted, señor teniente?—preguntó uno de los tres.

-De Kohong—contestó Yáñez.—¿El capitán
eland está levantado todavía?
-Ahora acaba de cenar con los prisioneros.
-¡Muy tarde se cena en Macrae!
-Es que el capitán no vino hasta después de
checer.
-Pues condúceme en seguida a su presencia:
go que comunicarle noticias muy graves.
-¡Sígame usted, señor teniente!
áñez se puso detrás, murmurando entre dientes:
-¡He aquí una cosa que no había previsto! Si al
ne aparecer de improviso Tremal Naik y Dar-
dieran un grito de sorpresa... ¡En guardia, mi
ido Yáñez! ¡Estás jugando una carta peligrosa!
l grupo atravesó un puente levadizo, dos re
os y un gran patio descubierto, y se detuvo
una construcción de mampostería bastante
lia y coronada por una torre pequeña. Dos ra-
de luz salían por las ventanas del piso bajo.
-Vaya usted, señor teniente; el capitán está
-dijo uno de los dayakos. —¿Doy alojamiento
s hombres que le acompañan?
-Por ahora, no; déjalos en el patio.
nvainó el sable, aseguró las pistolas en la faja,
bió una rápida mirada con Sambigliong, y
entando una calma suprema entró en un sa-
ito iluminado por una linterna china de papel
ado al óleo. Delante de una mesa ricamente
ida se encontraban tres personas: un capitán
narina, Tremal-Naik y Darma.

CAPÍTULO II

UN AUDAZ GOLPE DE MANO

Al ver entrar a Yáñez vestido con aquel traje que nunca le habían visto, Tremal-Naik y Darma se levantaron como movidos por un resorte y quedaron con la boca abierta, a punto de dar un grito de sorpresa, bien natural en tal momento, y que tanto temía el audaz portugués. Una rápida mirada de éste lo detuvo á tiempo en los labios de ambos.

Afortunadamente, el capitán Moreland, que daba la espalda a la puerta y a quien se le enredó en el respaldo de la silla la correa del sable al levantarse, no pudo sorprender aquella imperiosa mirada.

El portugués dió media vuelta sobre los talones, se cuadró y llevó la diestra a la visera del casco de corcho cubierto de franela blanca, y saludó militarmente.

El capitán era un arrogante joven de unos veinticinco años, de elevada estatura, con ojos negros que parecían llamear, con barba fina y negra que le daba un aspecto altivo, y la piel muy bronceada. Diríase que tenía en las venas más sangre india o malaya que europea, a pesar de la pureza de líneas de sus facciones, que eran más caucásicas que indias.

—¿De dónde viene, señor teniente?—preguntó en purísimo inglés, después de haberle mirado mucho.

—Vengo de Kohong a traer a usted víveres de parte del gobernador. ¿No los esperaba usted, capitán?

—Sí; había pedido provisiones, porque aquí no es posible encontrarlas.

—Botellas y productos europeos, ¿no es eso?

—Sí, es verdad—contestó el capitán.—Pero no era necesario que me enviaran un oficial para traerme eso: bastaba con algunos soldados.

—No se atrevía a comunicarles las noticias que me ha encargado que dé a usted de viva voz.

—¿Noticias?

—¡Y graves, Sir Moreland!

—¿Es usted el comandante de la guarnición de Kohong?

—Sí, capitán.

—Usted no es inglés.

—No, señor; soy español, y hace algunos años que estoy al servicio del *rajá* de Sarawak.

—¿Y qué es lo que tiene usted que decirme?

Yáñez señaló a Tremal Naik y a Darma, que estaban en pie, inmóviles y llenos de asombro, pero sin pronunciar una palabra ni hacer el más pequeño movimiento que pudiera poner en guardia al capitán.

—¡Tiene usted razón!—dijo sonriendo Sir Moreland.—¡Son mis prisioneros!

Se volvió hacia Tremal-Naik y Darma, y les dijo con mucha cortesía:

—Dispénsenme ustedes que me ausente por algunos minutos.

—¡Ta! ¡Ta!—murmuró Yáñez entre dientes.—¡No los trata como prisioneros, sino como huéspedes! ¿Qué es lo que quiere decir esto? ¡Aquí hay gato encerrado!

Siguió la dirección de la mirada del capitán, y vió que la fijaba con ahinco en la muchacha, la cual bajó ruborosa los ojos.

—¡Ah! ¡Demonio!—pensó el portugués arrugando el entrecejo.—¡Parece que se entiende la sangre anglo-india! ¡Tendría que ver!

El capitán abrió una puerta lateral e introdujo a Yáñez en un gabinete muy elegante y amueblado al gusto indio, con ricos tapices, muebles ligeros, pequeños divanes de telas orientales con hilos de oro, y grandes vasos de bronce con relieves colocados en los ángulos.

Una lámpara globular, un poco opaca y de color azulado, esparcía una luz ligeramente velada sobre los tapices, haciendo brillar sus recamados argentinos.

—Nadie puede oirnos, teniente dijo el capitán, después de haber cerrado la puerta con llave y haber dejado caer un pesado cortinón de brocado antiguo.

—¿Sabe usted, capitán, que los tigres de Mompracem han declarado la guerra a Inglaterra y al *rajá* de Sarawak, su protegido?—dijo Yáñez.

—Ayer me lo comunicó el *rajá* por medio de un correo—contestó Sir Moreland.—Pero ¿es que es tán locos?

—No tanto como usted cree—respondió Yáñez.—Recuerde usted que fué Sandokan el que deshizo y arrojó de aquí a James Brooke cuando se hallaba en todo su auge y se creía invencible.

—¡Aquellos eran otros tiempos, teniente! Y además, ¡desafiar a Inglaterra! ¿Ignoran quizás que el poderío naval inglés lo temen, incluso los Estados europeos? Esos locos harán algún crucero

con sus paraos por estas aguas, y a los primeros cañonazos quedarán deshechos.

—En eso precisamente es en lo que usted está equivocado, Sir Moreland. No es con sus veleros con lo que emprenderán la guerra. Ayer se vió un enorme barco de vapor a veinte millas mar adentro de Kohong, y llevaba arbolada la bandera roja de los tigres de Mompracem.

El capitán se sobresaltó.

—¿Cómo es eso?

—Y, según parece, se dirigía hacia estas costas.

—¿Le ha encontrado usted?

—No, capitán.

—¿Y qué es lo que vienen a hacer aquí? ¿Sabrán que tengo anclado mi barco en la segunda boca del Redjan?

—El gobernador de Kohong cree que tratan de asaltar el fortín de Macrae para libertar a los dos prisioneros, y por eso me envía para advertir a usted que se los mande en seguida. Yo tengo el encargo de conducirlos en la lancha de vapor que se halla estacionada en la rada.

—Están más seguros a bordo de mi barco.

—Los expone usted a los riesgos de una batalla; sobre todo, siendo ahora ya muy dudosa la victoria. El gobernador preferiría que usted se los enviase. Según tengo entendido, ese mismo deseo se lo ha manifestado también al *rajá* de Sarawak. Dice que hay que retener, aun cuando sea en calidad de huéspedes, a esas dos personas para oponer así un obstáculo a la audacia de Sandokan e impedirle que insurreccione a los dayakos del interior, que siguen siendo aliados suyos desde los tiempos de James Brooke.

Sir Moreland quedó silencioso y parecía presa de

una preocupación muy honda; al fin, despues de algunos momentos de silencio, dijo con una inflexión de tono singular, que no se le escapó al portugués:

—También yo tengo por eso prisioneros a Tremal-Naik y a Darma.

Con un movimiento nervioso se pasó la mano por la frente, y suspiró.

—¡La fatalidad del Destino!—dijo como hablando consigo mismo.

Yáñez le observaba atentamente, pensando:

—¡Qué demonio! ¿Se habrá enamorado este anglo-indio de los ojos de Darma? ¡Por Dios vivo que me parece un hermoso joven, lleno de fuego y de atrevimiento, y se me figura que es un hombre leal! ¡Probemos a ablandarle! ¿Qué decide usted, capitán?

—El gobernador de Kohong puede estar en lo cierto—contestó Sir Moreland después de un breve silencio.—Los prisioneros serían para mí un embarazo a bordo de mi barco. Además, no se sabe nunca cómo termina una batalla, sobre todo cuando esos terribles piratas andan de por medio. Tengo gran confianza en el poder y en la solidez de mi barco y en el valor de mis hombres, que he escogido cuidadosamente, y también en la potencia de mis cañones, que son de los más modernos; pero no conozco la fuerza de mis adversarios, y podría tocarme la peor parte. ¿Cree usted que sabrán dónde está mi *Sambai*?

—¿Es ese el nombre de la nave de usted?

—Sí—contestó el capitán.

—En Kohong se cree que lo saben el Tigre de la Malasia y Yáñez, y nadie duda de que la acometerán de un momento a otro.

—Entonces, confiaré a usted los dos prisioneros. Pero ¿me responde usted de ponerlos en salvo?

—Seguiré la costa marchando por detrás de las escolleras. En aquellos canales interiores hay poca agua, y el barco de los piratas de la Malasia no podrá seguirme. ¡Respondo de ellos, capitán!

—Sería mejor que aprovechase usted la noche.

—Precisamente eso era lo que quería proponer a usted—dijo Yáñez, que a duras penas contenía su alegría.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Diez aquí y dos en la rada

—Puede usted utilizar la barcaza de vapor, y de ese modo llegarán á Kohong al amanecer.

—¿Y usted, capitán?

—Yo saldré al mar para ir en busca del Tigre de la Malasia. ¡Deseo medirme con ese hombre!

—¿Le odia usted?

—Es un pirata a quien ya es tiempo de domar—se limitó a contestar el capitán.—¡Sígame usted!

Abrió la puerta, y volvió a entrar en el saloncito donde todavía estaban Tremal-Naik y Darma.

—¡Prepárense ustedes para marchar!—dijo mirando particularmente a la muchacha.

—¿Adónde quiere usted llevarnos, capitán?—preguntó Tremal-Naik.

—He recibido orden para que los conduzcan a ustedes a Kohong.

—Pero ¿es que amenaza alguien al fortín?

—A esa pregunta no puedo contestar.

Yáñez hizo un gesto fingiendo aprobar lo dicho.

Sir Moreland indicó a los dos prisioneros que debían ir a vestirse; en seguida destapó una botella, llenó dos copas, y ofreciendo una al portugués,

—Usted me responde de que no dejará que los hagan prisioneros, ¿verdad?—preguntó el anglo-indio después de haber bebido su copa.

—Si veo algún peligro, me echaré sobre la costa, capitán—contestó Yáñez.

—Los soldados que usted trae, ¿son gente aguerrida?

—Son los mejores de la guarnición de Kohong. ¿Cuándo voy a tener el honor de volver a ver a usted?

—Al amanecer pienso zarpar, y dirigirme en seguida hacia la ciudadela; a no ser que me detengan los piratas de la Malasia. Todavía no desespero de poder vencerlos.

Yáñez esbozó una ligera sonrisa irónica.

—Confío en que así será, capitán – dijo. —¡Ya es hora de acabar con esos peligrosos salteadores de los mares!

En aquel momento entraban en el saloncito Tremal-Naik y Darma. El primero se había puesto un inmenso turbante, y la niña se había echado sobre los hombros un manto de seda blanca que la envolvía por completo.

—Les daré a ustedes escolta hasta la playa—dijo el capitán,—aun cuando no hay nada que temer.

Al oir esta resolución de Sir Moreland, Yáñez frunció ligeramente el entrecejo.

—¿Llevará gente consigo?—murmuró bastante contrariado.—¡Bah! Los reduciremos a la obediencia tan pronto como estemos a la vista del mar.

Salieron todos juntos al patio, donde se encontraban los diez piratas alineados y apoyados en sus carabinas. Al ver aparecer al capitán presentaron las armas con tal precisión, que el mismo Yáñez quedó asombrado.

—¡Son hombres fuertes!—dijo Sir Moreland después de haberlos mirado uno por uno.—¡Vámonos!

Cuatro de los piratas formaron la vanguardia;

detrás se pusieron Yáñez y Tremal-Naik, y en seguida, a cierta distancia, Darma con el capitán; en último término iban otros seis hombres. Los que iban delante llevaban un farol y tres antorchas para alumbrar el camino, pues el cielo había vuelto a cubrirse con un espeso velo de bruma que impedía que las estrellas proyectaran esa vaga luz que despiden principalmente en la límpida atmósfera de las regiones ecuatoriales.

Un profundo silencio reinaba en la llanura, sobre la cual se elevaba la colina, y que tan sólo interrumpía los pasos ligeros del grupo. La misma resaca parecía haberse calmado, probablemente a causa del reflujo del mar.

Yáñez iba callado; pero de cuando en cuando cambiaba una mirada con Tremal-Naik y le daba con el codo, como recomendándole la mayor prudencia. Detrás de ellos, el capitán dirigía a la joven algunas palabras en voz tan baja, que por más que aguzaba el oído el portugués, no lograba entenderlas.

Por su parte los piratas marchaban mudos como peces, puesto el dedo en el gatillo de sus carabinas y dispuestos a lanzarse sobre el capitán a la primera orden.

Descendieron de la colina, y el grupo siguió avanzando por entre las plantaciones; y como la senda era muy estrecha, Yáñez aprovechó esta circunstancia para alejarse del capitán.

—Es preciso que estés dispuesto a todo—susurró a Tremal-Naik tan pronto como estuvo seguro de que no podían oirle.

—¿Y Sandokan?—preguntó en voz baja el indio.

—Nos espera dando bordadas.

—¡A qué riesgos acabas de exponerte, Yáñez!

—Era preciso intentar un golpe de audacia porque sin vosotros no estábamos libres para dar principio a las hostilidades.

—¿Qué vas a hacer con el capitán? Te pido su libertad, pues por su parte no nos ha tratado como prisioneros, sino como huéspedes.

—No tengo intención alguna de matarle. Asesinarle sería una villanía. ¿Quién es ese hombre?

—Un inglés que está al servicio del *rajá*, y que antes perteneció a la marina anglo-india.

—¡Inglés ese hombre, con esa epidermis tan bronceada y con esos ojos tan negros! No: más bien creo que es anglo-indio.

—También he sospechado lo mismo; pero sea lo que quiera, con nosotros se ha portado como un perfecto caballero.

—¡Silencio, ya estamos en el mar!

Pocos minutos después llegaban a la playa, junto al sitio donde se encontraba la chalupa embarrancada en la arena. A una distancia de tres o cuatro cables humeaba la chimenea de la barcaza. El maquinista americano no había perdido el tiempo.

—¡Empujad hacia el agua la chalupa! —ordenó Yáñez.

Mientras cuatro de los piratas cumplían la orden, los restantes se habían colocado en derredor del grupo formado por Tremal-Naik, Darma y el capitán.

Sambigliong se colocó también detrás de este último.

Apenas vió Yáñez que flotaba la chalupa, se acercó a Sir Moreland, que estaba cerca de Darma, y le tendió la mano, diciéndole:

—¡Confíe usted en mí, capitán! ¡Pondré en salvo a los prisioneros!

Al mismo tiempo apretó con tal fuerza la mano del anglo indio, que le hizo crujir los dedos paralizándole el brazo.

Mientras le tenía cogido de este modo para impedirle que desenvainara el sable, Sambigliong cogió al capitán por la mitad del cuerpo y le echó al suelo.

Sir Moreland dió un grito lleno de furor.

—¡Ah! ¡Miserables!

Los piratas se precipitaron sobre él, y en un abrir y cerrar de ojos le ataron las manos atrás y le quitaron el sable y las pistolas que llevaba al cinto.

Apenas pudo ponerse en pie, pues le habían dejado libres las piernas, hizo ademán de arrojarse sobre Yáñez, que le miraba sonriendo silenciosamente.

— ¿Qué significa esta agresión?—gritó pálido de ira.—¿Quién es usted?

Yáñez se quitó el casco, y saludándole con ironía, contestó:

—¡Tengo el honor de presentarle los saludos de mi amigo el Tigre de la Malasia!

—¿Y quién es usted?

—Yáñez de Gomera, Sir Moreland.

Fué tan grande la sorpresa que le produjo tal revelación, que el joven capitán no pudo pronunciar en algunos instantes ni una sola palabra.

—¡Yáñez!—exclamó al fin mirándole casi con terror.—¡Usted el compañero del Tigre de la Malasia!

—¡Tengo ese honor! repuso el portugués.

El capitán volvió los ojos hacia Darma. La jo-

vencita no había dado el más pequeño grito ni hecho el más ligero movimiento durante aquella agresión imprevista. Había quedado inmóvil y silenciosa a cinco pasos del anglo-indio, aun cuando su palidez demostraba la angustia que la poseía.

—¡Si se atreve usted, máteme!—dijo volviéndose hacia Yáñez.

—Caballero, nos llaman piratas, pero sabemos ser generosos; mucho más generosos que otros—respondió el portugués.—Si yo hubiese caído en manos del *rajá*, ya me hubiese fusilado a estas horas; en cambio, yo, señor, le concedo a usted la vida.

—Que yo te habría pedido—dijo Tremal-Naik.

—Y que yo no te hubiera rehusado—añadió Yáñez.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere usted hacer conmigo?—preguntó el capitán apretando los dientes.

—Dejarle en libertad, señor, para que regrese a Macrae.

—¡Es que podrá usted arrepentirse de esa generosidad, porque mañana daré a ustedes caza con mi barco!

—Y encontrará en su camino un adversario digno de usted—contestó Yáñez.—Si quiere usted esperar a la tripulación de la barcaza, aquí estará dentro de pocos minutos.

—¿Se han rendido esos cobardes?

—Los hemos sorprendido, y no podían medirse con nosotros. ¡Capitán, buenas noches, y buena suerte!

—¡Nos veremos más pronto de lo que usted cree!

—¡Les esperamos, Sir Moreland! ¡Sus! ¡Embarcaos!

Tremal-Naik cogió de una mano a Darma, que

no había dicho una palabra, y la llevó dulcemente hacia la chalupa, donde la hizo sentarse en la popa; después se embarcaron los demás. Mientras tanto el capitán se paseaba nerviosamente por la playa, tratando de romper las ligaduras que le sujetaban las manos.

La chalupa se dirigió en seguida hacia la barcaza, cuya chimenea seguía echando humo, y que tenía encendido el farol en la proa.

Después de haber estrechado la mano del portugués y de haberle dado las gracias con una sonrisa, Darma había apoyado un codo en la borda de popa, y miraba fijamente á la playa.

El capitán había cesado de pasear. Erguido sobre una pequeña duna de arena, miraba cómo se alejaba la chalupa; pero no era, no, la chalupa lo que miraba.

—Y bien, Tremal-Naik; ¿qué me dices de este golpe de audacia?—preguntó Yáñez riendo.

—¡Que eres el demonio! – contestó el indio. – No dudaba de que de un día a otro vinieses a salvarnos; pero nunca creí que fuese tan pronto. ¿Cómo habéis sabido que nos habían conducido a Macrae?

—En Labuan lo supimos. Después te contaré todo cuanto ha sucedido desde que os hicieron prisioneros. Por ahora tan sólo te diré que tenemos uno de los más poderosos navíos del mundo, y que nos disponemos para hacer la guerra al *rajá* de Sarawak y a Inglaterra, porque queremos vengarnos de que nos hayan arrojado de Mompracem.

—¿Os atrevéis a tanto?

—Y además debo añadir otra cosa, que va a dejarte asombrado.

—¿Cuál?

Darma había apoyado un codo en la borda de popa, y miraba fijamente a la playa.

—Que aquel peregrino que nos dió tanto que hacer, era un emisario del hijo de Suyodhama.

—¿Qué dices?

—Así que estemos a bordo del *Rey del Mar* te lo explicaremos mejor. Ahora dime si hubieras pensado jamás en que Suyodhama tenía un hijo.

—Nunca he oído decir eso; ni tampoco se me habría ocurrido pensarlo, porque el jefe de los *thugs* no podía tener mujer. ¡Entonces, él ha sido el que desde un principio nos ha traído esta guerra!

—En la que le apoyan Inglaterra y el *rajá* de Sarawak.

—¿Y cómo es posible que los ingleses dispensen su protección al hijo de un *thug* para que venga a luchar contra nosotros, que hemos librado a la India de esa plaga que la deshonraba?

—Eso es un misterio que todavía no hemos logrado averiguar.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Eso es otro misterio, querido Tremal Naik. Esperemos a ver si le encontramos, para hacer con él lo que hicimos con su padre. ¡Señor Horward!

La chalupa había llegado junto a la barcaza, y el americano subió a la cubierta.

—¿Ha salido bien todo, señor Yáñez?

—Mejor no era posible. ¿Está la máquina en presión?

—Hace una hora.

—¿Y los prisioneros?

—Parecen conejos.

—¡Muchachos, a bordo!

Ayudó a subir a Darma a la barcaza, y tras ellos subieron todos.

—¡Apresurémonos!—dijo Yáñez.

Mandó desatar uno a uno a los indios que componían la tripulación de la barcaza, deslizó en el bolsillo del sargento un puñado de libras esterlinas, y los hizo bajar a la chalupa, diciéndoles:

—El capitán Moreland os espera en la playa. Saludadle en mi nombre, y dadle las gracias por la barca de vapor que me ha regalado. Señor Horward, a todo vapor.

El americano hizo silbar la máquina repetidas veces, como si se despidiese irónicamente de los indios de la chalupa, y una vez levada el ancla, la barcaza bogó con rapidez hacia la salida de la bahía.

Yáñez confió la barra del timón a Sambigliong y fué a colocarse a proa junto a Tremal-Naik, que sondeaba atentamente las tinieblas, procurando descubrir el buque de Sandokan, que debía de estar cruzando a poca distancia de la costa.

Como llevaba apagadas las luces, no era fácil poder divisarlo.

—Se habrá ido mar adentro, a no ser que durante mi ausencia haya ocurrido alguna novedad—dijo Yáñez a Tremal-Naik, que le interrogaba.—Hemos sabido por un parao que venía de Labuan que había salido del puerto de Victoria una escuadrilla de cruceros para darnos caza.

—¿La habrá encontrado Sandokan?

—Hubiéramos oído los cañonazos. Además, Sandokan no es hombre que se deje sorprender, sobre todo con el barco que posee. ¡Allá veo espumear algo!

—¡Es el *Rey del Mar!* ¡Señor Horward, cargue usted las válvulas!

La barcaza, que marchaba muy bien, avanzaba con rapidez sobre el obscuro mar, dejando a popa

una estela que a veces era luminosa por efecto de un principio de fosforescencia.

De pronto una masa enorme que se deslizaba sobre el agua con sordo fragor, apareció ante la chalupa de vapor cortándole el camino, y una voz formidable gritó:

—¡Apuntad el cañón de proa!

—¡Alto! — ordenó Yáñez con rapidez. — ¡Eh, Sandokan; echa la escala! ¡Son los tigres de Mompracem que vuelven!

La barcaza, que había moderado la marcha, abordó a la enorme embarcación muy cerca del costado de estribor, bajo la escala que había descendido de un solo golpe.

CAPÍTULO III

UN COMBATE TERRIBLE

En lo alto de la escala Sandokan esperaba a Yáñez y a los prisioneros al lado de una bellísima jovencita de cutis ligeramente bronceado, facciones dulces y finas, ojos negrísimos y cabello largo y trenzado con cintas de seda. Vestía el traje pintoresco de las mujeres indias.

Algunos hombres de color aceitunado y con la divisa blanca de la marina de guerra alumbraban la escala con grandes linternas.

Yáñez, que fué el primero que subió a la toldilla, tendió en seguida una mano al terrible pirata, y otra a la joven india.

—¿Nada?—preguntó con ansiedad el Tigre de la Malasia.

—¡Míralos!—respondió Yáñez.

Sandokan dió un grito y se lanzó hacia Tremal-Naik, mientras que Darma se echaba en los brazos de la joven india, exclamando:

—¡Surama! ¡Creía que no volvía a verte más!

—¡A la cámara, queridos amigos!—dijo Sandokan después de haber abrazado al indio y de haber besado a Darma en las mejillas.—¡Tenemos mil cosas que contarnos!

—¡Un momento, Sandokan!—dijo Yáñez deteniéndole.—Manda poner la proa al Norte, y marchemos a poco vapor, buscando la segunda boca del Redjang. Hay un leopardo negro que nos espera allí, y que si no le acometemos, estropeará nuestros planes. Se dice que es muy fuerte.

—¿Un barco?

—Sí; que a estas horas estará disponiéndose para darnos caza.

—¡Ah!—hizo Sandokan sin dar importancia al aviso.—¡Mañana nos desembarazaremos de ese importuno!

Llamó a Sambigliong y al jefe de máquinas, y después de darles algunas órdenes bajó al elegante saloncito de la cámara con Tremal-Naik, Darma y Surama, que se apoyaba dulcemente en Yáñez, su *sahib* blanco.

Así que se enteró del éxito de la expedición y que hubo explicado a Tremal-Naik todo cuanto había sucedido después del combate realizado en las costas de Borneo, lo de la adquisición del buque americano y la declaración de guerra lanzada a un tiempo contra la Inglaterra desagradecida y contra el sobrino de James Brooke, dijo:

—Ya no son las escuadras inglesas, que no tardarán en darnos caza, ni la flotilla del *rajá* de

Sarawak, lo que me inquieta: es el misterio que rodea al hijo de tu antiguo enemigo, mi querido Tremal-Naik.—¿Dónde se esconde ese hombre, que ha dado una prueba tan grande de su poderío destruyendo tus plantaciones y tus posesiones por obra del peregrino? ¿Cuándo nos acometerá? ¿Qué es lo que está tramando? Yo no temo a nadie, y, sin embargo, ese hombre, a quien no hemos visto nunca, que no sabemos dónde se halla ni lo que prepara, me preocupa más que la presencia de una escuadra inglesa.

—¿No habéis recogido ninguna noticia acerca de él?—preguntó Tremal-Naik, que parecía tanto o más preocupado que el formidable pirata.

—Hemos interrogado durante nuestra caminata hacia el Sur a varias personas y detenido a algunos veleros de Sarawak; pero no hemos logrado saber dónde está ese hombre.

—¡No será un espíritu!

—Alguna vez hemos de verle la cara -- dijo Yáñez.—Si quiere hacer la guerra y vengar la muerte de su padre, no podrá estar escondido eternamente.

—Y mientras tanto, ¿qué es lo que piensas hacer, Sandokan?—preguntó Tremal-Naik.

—Pues pienso comenzar las hostilidades dando la batalla a ese barco que se halla anclado en la boca del Redjang. ¡Ya que hemos declarado la guerra, probemos que la hacemos de veras!

—¿Quiere usted echarle a pique? — preguntó Darma en tono que sobresaltó a Yáñez.

— Le destruiré, Darma—repuso Sandokan friamente.

El portugués, que la miraba con gran atención, vió que palidecía y que un tenue suspiro se esca-

paba de su pecho; pero esto fué todo, porque la joven no opuso la menor objeción a la terrible sentencia de muerte que el formidable pirata había lanzado contra el barco de Sir Moreland.

Se levantaron todos para subir a la cubierta. Surama cogió de una mano a Darma, y le dijo:

—Dejemos a los hombres que hagan lo que tengan que hacer. Vente conmigo a mi camarote. He mandado que te dispusieran una camita muy linda, porque estaba segura de que pronto volvería á verte.

La hija de Tremal-Naik contestó tan sólo con una sonrisa, y la siguió al interior de la cámara.

Cuando Sandokan, Tremal-Naik y Yáñez pisaron la cubierta, ya todos los tripulantes se hallaban en sus puestos de combate, pues Sambigliong había advertido a los tigres de Mompracem que el crucero se disponía a acometer a un gran barco enemigo.

Los faroles de posición estaban encendidos, e iluminadas las baterías. El personal del timón se había reforzado. Los cuatro grandes cañones de caza, cargados ya y dispuestos en barbeta a proa y a popa dentro de torres giratorias defendidas por planchas de hierro de gran espesor, esperaban para lanzar bocanadas de muerte.

Un golpe de viento dispersó de nuevo las nubes amontonadas en el cielo y las arrojó hacia el Sur; las estrellas, que habían reaparecido, difundían una vaga claridad sobre las negras aguas del ancho golfo de Sarawak, y a favor de aquella claridad podía distinguirse fácilmente un barco, aun cuando navegara con las luces apagadas.

El *Rey del Mar* marchaba a poca presión, con objeto de no consumir demasiado combustible, y

para economizar más, Sandokan había mandado desplegar las vélas bajas del trinquete y del palo mayor, pues el viento era favorable y bastante fresco. El pirata, siguiendo los consejos del capitán americano, se había hecho sumamente económico en lo referente al consumo del combustible, puesto que con la declaración de guerra no podía aprovisionarse en ningún puerto, por cuya causa no utilizó más que las velas durante la travesía entre Labuan y el golfo de Sarawak, maniobra muy familiar para sus hombres, aun cuando no pocos de éstos ya habían aprendido el servicio de las máquinas con los americanos que quedaron a bordo.

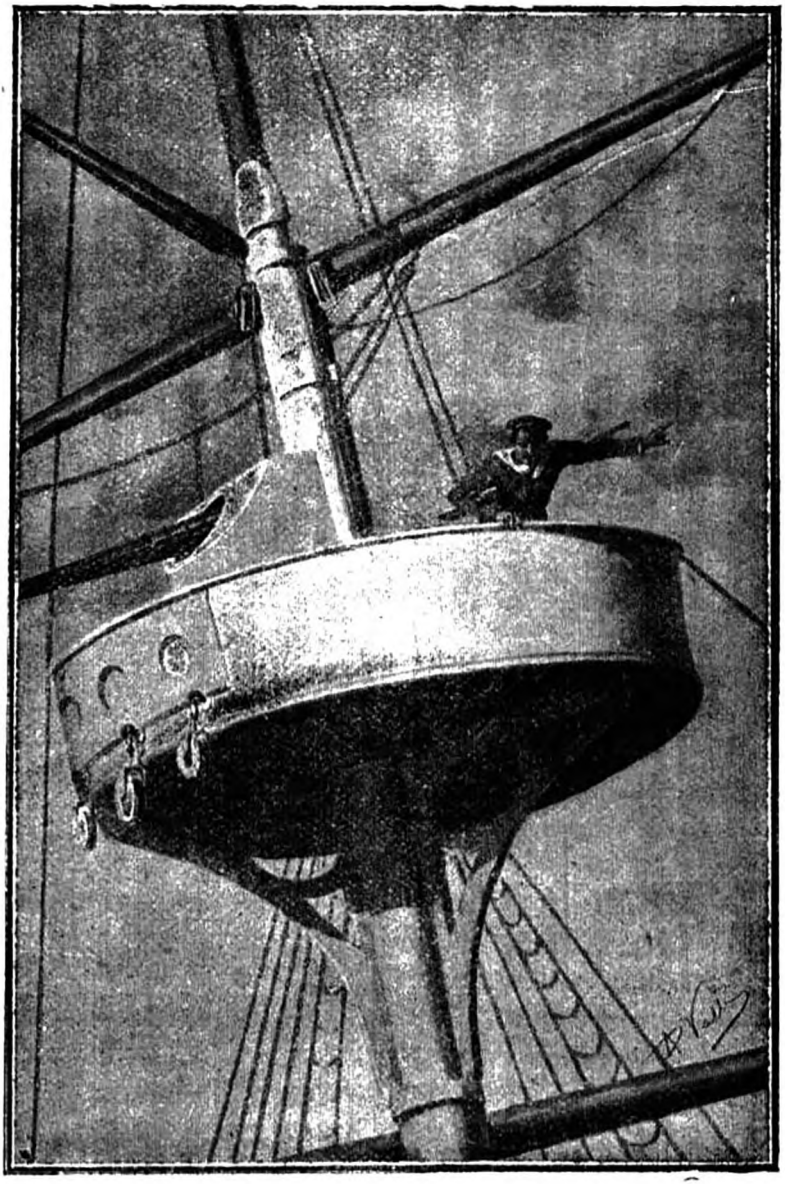
Yáñez y Tremal-Naik, apoyados en la amura de proa, en cuya parte alta había defensas circulares para resguardar a los fusileros, miraban atentamente al horizonte, en tanto que Sandokan hacía una visita a las baterías y a los cañones para ver si todo estaba en orden.

Por Levante aparecían confusamente las costas, que se elevaban cada vez más conforme iban aproximándose al escarpado y altísimo promontorio de Sirik, que cierra por Occidente el golfo de Sarawak. Aun cuando por aquellos lugares se encontraba la ciudadela de Redjang, no se veía brillar luz alguna.

Así transcurrió la noche, explorando continuamente sin resultado alguno; pero apenas comenzó a clarear el día, cuando se oyó de pronto la voz del vigía instalado en la cruceta del trinquete, que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Humo a Levante!

Yáñez, Tremal-Naik y Sandokan subieron rápidamente a las escaleras de babor del trinquete,



El vigía, instalado en la cruceta del trinquete, gritó: ¡Humo a Levante!

se elevaron hasta la cofa, y en seguida vieron allá lejos, donde el mar parecía confundirse con el cielo, alzarse un penacho de humo en la límpida y transparente atmósfera matutina.

—Viene de la boca del Redjang—dijo Yáñez.—¡Apuesto un cigarro contra cien libras esterlinas a que ese es el barco de Sir Moreland!

—¿Has visto tú ese barco?—preguntó Sandokan a Tremal Naik.

—No—contestó el indio;—pero me dijeron que estaba completando su cargamento de carbón en la segunda boca del Redjang.

—¡Cómo! ¿Hay allí algún depósito de combustible?

—He oído hablar de un parao que le enviaban de Sarawak cargado de carbón. En aquella playa no debe de haber ni siquiera la más pequeña aldea.

—¡Qué lástima!—dijo Sandokan.

—Pero también he oído decir que hay uno en la boca del Sarawak. Ese depósito se halla en una isleta, y allí es donde se aprovisiona la armada del *rajá*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sir Moreland.

—Pues si va la escuadra del *rajá*, también podemos ir nosotros: ¿verdad, Yáñez?

—¡Y sin tener que pagarlo!—contestó el portugués, que jamás dudaba de nada.—Mira: ya comienza a verse la proa. Vienen hacia nosotros, Sandokan, y a toda máquina. También ellos han debido de ver el humo de nuestro barco.

Sandokan sacó del bolsillo un anteojo, lo alargó cuanto pudo, y lo asestó hacia la nave, cuyo casco ya se veía un poco, aun a simple vista.

—Efectivamente—dijo;—es un hermoso buque.

parece un crucero de gran tonelaje. Veo muchos hombres a bordo.

—¿Vienen hacia nosotros?—preguntó Yáñez.

—Y creo que a tiro forzado. Tiene miedo de que nos escapemos. ¡No, querido mío, no tenemos ninguna gana de huir! ¡Aquí vamos a dar comienzo a las hostilidades! ¡Lo echaremos a pique!

—¡Lo siento por el capitán!—dijo Tremal-Naik.—¡Atenúa mucho el daño en obsequio a la hospitalidad que nos dispensó!

—¡Hospitalidad dorada, pero sin libertad!—dijo Yáñez.

—¡Preparémonos!—dijo Sandokan.

Descendieron a la cubierta, donde se encontraron con Darma y Surama, que subían en aquel instante de su camarote.

—¿Nos atacan, *sahib* mío?—preguntó a Yáñez la india.

—Y dentro de poco hará mucho calor aquí, Surama—contestó el portugués.

—Venceremos nosotros, ¿no es verdad?

—Lo mismo que vencimos a los *thugs* de Suyodhama.

—¿Es el barco de Sir Moreland?—preguntó Darma con alguna ansiedad, que no se le escapó al astuto portugués.

—Lo suponemos.

En seguida la cogió de un brazo, y llevándola hacia la torre de proa, le preguntó sonriendo:

—¿Qué es eso, Darma? Esta es la tercera vez que al oir hablar del capitán parece que te conmueves

—¡Yo!—exclamó la muchacha ruborizándose ligeramente—¡Se ha equivocado usted, señor Yáñez!

—¡Por Júpiter ¡A lo que parece la vejez me ha debilitado la vista!

—¡Oh, no; todavía ve usted muy bien!

—¿Entonces...?

Darma volvió la cabeza hacia el mar, fijó la mirada en el barco enemigo, que forzaba la marcha, y dijo:

—¡Es un gran barco!

—Que no valdrá tanto como el nuestro—contestó Yáñez.

—Oblíguenle ustedes a que se rinda, en lugar de echarlo a pique. Podrá serles útil.

—Si el que manda ese buque es Sir Moreland, no arriará la bandera. Aun cuando joven ese hombre debe de ser un valiente, y se batirá mientras quede en pie un solo hombre de su tripulación.

—¿Y no van a dar ustedes cuartel?

—Cuando el barco se hunda, procuraremos salvar a los supervivientes; te lo prometo, Darma. Retírate al camarote con Surama, que van a empezar a llover granadas.

La voz potente y sonora como un clarín del Tigre de la Malasia resonó en el puente en aquel momento:

—¡Jefe de máquinas, a todo vapor! ¡Dispuestos para hacer fuego de costado! ¡Los fusileros, detrás de las aspilleras!

El barco enemigo, que debía de poseer máquinas poderosas, se hallaba ya a unos dos mil metros, y se dirigía en línea recta sobre el *Rey del Mar,* de los tigres de Mompracem cual si tuviese intención de darle un espolonazo, o por lo menos de abordarle.

Era un hermoso crucero. Arbolaba tres mástiles y tenía dos chimeneas. Parecía que iba armado de un modo formidable, a juzgar por el número de

sus portas y por los cañones que se veían en la cubierta; pero carecía de torres blindadas como las de los tigres de Mompracem.

Detrás de las amuras, y hasta en las cofas, se veían muchos fusileros y en el puente de mando, varios oficiales.

—¡Ah!—dijo Sandokan, que lo contemplaba tranquilamente.—¿Quieres ser el primero en medirte con los tigres de Mompracem? ¡Pues estamos dispuestos a recibirte!

Mientras las dos jovencitas abandonaban a toda prisa la cubierta y buscaban refugio en la cámara de popa, Yáñez y Tremal-Naik se retiraron a la torrecilla de órdenes, desde donde podían ponerse en comunicación con el personal de las máquinas.

Los artilleros americanos, juntamente con los mejores tiradores malayos, esperaban detrás de sus respectivas piezas, con las correas de hacer fuego empuñadas.

De pronto sonó en el mar una detonación, y una bocanada de fuego salió de una de las dos piezas de proa del crucero. Se oyó un silbido ronco, y en seguida se elevó una llama en el borde de la primera torrecilla de babor del *Rey del Mar*, mientras que los cascos pasaban silbando por encima de los fusileros, replegados detrás de la amura.

—¡Una granada de doce pulgadas!—exclamó Yáñez.—¡Buen tiro!

La voz de Sandokan se oyó de nuevo:

—¡Artilleros, ya no os detengo más!

A un mismo tiempo relampaguearon las dos piezas de caza de proa y las de la batería de estribor, que al encontrarse a tiro tronaron también a su vez con un estruendo tal, que retembló todo el buque.

El crucero, que ya había ganado otros quinien-

tos metros, y que maniobraba presentando al enemigo su costado de babor, contestó en seguida.

Comenzaban a caer balas y granadas sobre ambos barcos, golpeando rudamente los costados de hierro, arrancando astillas a los puentes, chamuscando los penoles e hiriendo a la marinería.

Al reventar las granadas lanzaban a lo alto chorros de fuego que amenazaban a cada instante incendiar la arboladura.

A su vez los fusileros, tendidos detrás de las amuras, habían comenzado a disparar, menudeando las descargas.

Una espesísima nube de humo surcada a trechos por relámpagos envolvía a los dos barcos, y el ruido era tan grande, que apenas se oían las voces de mando.

El barco americano, mejor protegido, mejor artillado, mucho más rápido, y montado además por una tripulación que había encanecido entre el humo de los combates, llevaba ventaja a su adversario. Su poderosa artillería batía de un modo terrible al crucero, inundándole de fuego y hierro, demoliendo su obra muerta, matando a sus hombres y abriéndole en el casco enormes boquetes.

En vano la pobre nave, que había creído aniquilar fácilmente a los piratas de Mompracem, hacía esfuerzos soberanos para contestar a aquel huracán de hierro que caía con horrible estruendo sobre sus puentes y hacía estragos enormes en los artilleros de la cubierta y en los fusileros. Sus balas rebotaban en las planchas metálicas del *Rey del Mar*, y sus granadas no lograban destruir las torres blindadas, dentro de las cuales disparaban

sobre seguro los artilleros de Mompracem bajo la dirección de los jefes de cañón americanos.

Viendo la completa inutilidad de los fusileros, tan necesarios en los paraos, pero no en estos otros buques, Sandokan los había mandado retirar bajo cubierta, ordenando al propio tiempo dirigirse hacia el crucero para darle el último golpe.

El *Rey del Mar*, casi incólume, no obstante el furioso y no interrumpido cañoneo de su enemigo, se lanzó hacia adelante describiendo un semicírculo enorme en derredor del barco contrario, que se había detenido.

A la distancia de cuatrocientos metros le hizo una terrible descarga de andanada con las piezas del puente y las de babor, dejándole raso como un pontón.

Las dos chimeneas cayeron destrozadas sobre la cubierta, volcadas por dos granadas que estallaron en su base.

—¡Esto ha concluído!—dijo Yáñez.—¡Intimémosle la rendición!

—¡Si es que se rinden!—contestó Sandokan.

Dejó que el viento aclarase el humo, y mandó izar en el pico del palo mayor la bandera blanca. La contestación fué una andanada que tumbó a la mitad de los timoneles del *Rey del Mar*.

—¿No tenéis bastante aún?—gritó Sandokan.—¡Echadle a pique! ¡Fuego! ¡Fuego sin piedad!

El cañoneo volvió a reanudarse y siguió en aumento de un modo espantoso. El *Rey del Mar* continuaba dando vueltas con rapidez en derredor del desgraciado crucero, que se deshacía bajo la lluvia de proyectiles que le enviaba su enemigo.

El barco americano hacía maravillas. Parecía

un volcán en erupción dispuesto a destruirlo todo.

Por su parte, el crucero oponía una resistencia verdaderamente heroica, a pesar de que ya no era más que un montón de ruinas. Sus dos piezas de cubierta, desmontadas por aquella granizada de proyectiles, ya no contestaban.

El puente estaba lleno de muertos y de heridos, mezclados con trozos de obra muerta, con penoles rotos, con trozos de aparejos y cordaje caídos de la arboladura bajo las descargas de metralla mandadas por Sandokan.

Regueros de fuego corrían de proa a popa, iluminando el mar de un modo siniestro, y por los contracantiles de babor y estribor salían arroyos de sangre.

El barco se deshacía por momentos bajo los golpes furiosos, mortales del *Rey del Mar*.

—¡Basta!—gritó de pronto Yáñez, que asistía a tanto estrago desde la torre de órdenes.—¡Alto el nfego! ¡Al mar las chalupas!

Sandokan, que miraba fría, impasible y terriblemente, se volvió hacia el portugués diciéndole:

—¿Qué es lo que mandas, hermano?

—¡Que cese la matanza!

El Tigre de la Malasia vaciló un momento, y después repuso:

—¡Tienes razón: salvemos a los supervivientes! ¡Esos hombres, o mejor dicho, su comandante, es un héroe! ¡Al agua las chalupas!

CAPÍTULO IV

SIR MORELAND

Había comenzado la agonía del crucero; agonía terrible, espantosa.

El humeante monstruo agotaba en vano las fuerzas que le restaban, tratando todavía de herir de muerte al formidable adversario que le había vencido, disparándole los últimos tiros de su artillería.

Aquella nave soberbia, que representaba probablemente la unidad más fuerte de la escuadra del *rajá* de Sarawak, no era más que un montón de ruinas que las llamas iban devorando poco a poco mientras que el agua lo invadía para arrastrarlo a los profundos abismos del mar.

Sus costados, hechos astillas por las granadas y los obuses perforadores del potente navío americano, parecían cribas; sus amuras y mástiles, ya no existían; sus baterías no ofrecían refugio alguno a los últimos supervivientes.

Llamas gigantescas hicieron furiosa irrupción a través de las escotillas y de las grietas de la cubierta, alargándose espantosamente con sordo fragor, y lanzando al aire nimbos de chispas y densas nubes de humo, que formaban como un gigantesco toldo sobre el barco.

El crucero se hundía lentamente cabeceando, y, sin embargo, sus artilleros no cesaban de disparar con las últimas piezas que todavía quedaban en batería, y sus fusileros, reducidos a menos de la mitad, hacían un fuego vivísimo, saltando como

tigres a través de la cubierta invadida por llamas, y animándose con salvajes hurras.

A pesar del fuego de la nave hundida, fuego mal dirigido a causa de la excitación de los tiradores, la chalupa de vapor y las tres balleneras del *Rey del Mar* habían sido echadas rápidamente al agua para recoger a los últimos supervivientes en el momento en que el barco les faltase bajo los pies.

Yáñez tomó el mando de la barcaza, que montaban catorce remeros, por falta de tiempo para encender el horno; Sambigliong mandaba la otra.

—¡Apresúrate, Yáñez!—había gritado Sandokan.

Darma y Surama, que habían subido a cubierta, viendo que las llamas envolvían a la desgraciada nave, gritaban:

—¡Sálvelos! ¡Sálvelos usted, señor Yáñez! ¡Que se ahogan!

Las cuatro chalupas emprendieron a escape la marcha, dirigiéndose hacia el crucero. Los pocos hombres que todavía lo montaban, al ver que sus adversarios iban en su socorro, cesaron de tirar y comenzaron a echarse al agua para huir de las llamas y evitar el peligro de volar por los aires al estallar el buque.

La barcaza fué la primera que atracó al crucero. Yáñez, sin cuidarse del humo ni de la lluvia de chispas, subió rápidamente por la escala que habían echado, y se lanzó hacia el puente de órdenes seguido por media docena de malayos.

Ante todo quería salvar a Sir Moreland, si le habían respetado las granadas del *Rey del Mar*.

Iba abriéndose paso por entre los fragmentos de toda especie y los cadáveres que obstruían la cu-

bierta, cuando de pronto hizo explosión la proa, arrojándolos a todos en el agua.

El golpe fué tan violento, que Yáñez, que había ido a parar cerca de una de las balleneras, se desvaneció. Afortunadamente, los malayos le vieron caer, y tuvieron tiempo de cogerle casi en el acto y de llevarle a la barcaza, que se había acercado.

Abierto por la proa, el crucero se iba a pique rápidamente. Sambigliong y los hombres de la chalupa que habían subido a bordo descendían a toda prisa, conduciendo a varios heridos que con gran riesgo pudieron sustraer a las llamas.

El barco se hundía. Desaparecieron sus amuras, y las olas invadieron bruscamente la cubierta, limpiándola desde popa a proa y ahogando las llamas de golpe.

La barcaza y las balleneras huían a fuerza de remos, mientras que en derredor del buque se ensanchaba un agujero gigantesco.

La bandera de Sarawak fué iluminada por el Sol: brillaron sus colores un instante, y en seguida desapareció en el abismo.

¡Todo había concluído! El crucero descendía entre los mugidos de gigantesco vórtice en busca del insondable fondo del golfo.

Las cuatro chalupas, que huyeron a tiempo de la atracción ejercida por el buque, cubierto en el acto por una enorme ola que fué extendiéndose con mil ruidos por la superficie del Océano, volvían apresuradamente hacia el *Rey del Mar*, que esperaba a quinientos metros de distancia del lugar del desastre.

Las aguas del golfo se llenaron de restos del barco hundido y de cadáveres.

Cajas, barriles y trozos de velamen flotaban en todas direcciones.

Sambigliong se ocupaba en reanimar al portugués, mientras otros se afanaban en derredor de un oficial joven a quien había salvado en el preciso instante en que el crucero iba a desaparecer, y que parecía gravemente herido, pues llevaba la chaqueta empapada en sangre.

Afortunadamente, Yáñez no había sufrido lesión alguna. Más que nada, le había aturdido la imprevista voladura y el estallido de la explosión.

En efecto; al primer sorbo de ginebra que le hizo beber el malayo volvió en sí en seguida, y abrió los ojos.

—¿Cómo se siente usted, señor Yáñez?—le preguntó sobresaltado Sambigliong.

—Estoy medio deshecho; pero me parece que no se me ha roto nada—contestó el portugués esforzándose por sonreir.—¿Y el barco?

—Se ha ido a pique.

—¿Y Sir Moreland?

—Aquí viene, en la ballenera. Por un milagro hemos podido salvarle.

Yáñez se levantó sin necesidad de la ayuda del malayo.

El joven comandante del crucero yacía en el fondo de la barcaza, con el pecho desnudo, muy pálido, manchado de sangre y con los ojos cerrados.

—¡Muerto!—exclamó.

—No, no está muerto; pero la herida que tiene en el costado debe de ser grave.

—¿Quién le ha herido?—preguntó Yáñez con ansiedad.—¿Tú, Sambigliong?

—¿Yo? ¡No, señor Yáñez! La explosión ha sido

la que le ha puesto en ese estado. Algún casco de granada será, probablemente, lo que le habrá producido la herida.

—¡Pronto! ¡A bordo!

—Ya hemos llegado, señor Yáñez.

Las cuatro chalupas abordaron al *Rey del Mar* cerca de la escala, que pendía al costado hacía ya algún tiempo.

Hicieron sitio a la barcaza.

Dos hombres cogieron suavemente al comandante del crucero, que seguía desvanecido, y con grandes precauciones comenzaron a subir, seguidos por Yáñez y catorce marineros del barco hundido, únicos supervivientes arrebatados a las olas.

Sandokan, que con tanta impasibilidad había asistido a la destrucción del buque enemigo, los esperaba en lo alto de la escala.

Al ver al capitán y a los marineros del *rajá*, se quitó el turbante y dijo con voz grave:

—¡Honor a los valientes!

En seguida estrechó en silencio una mano a Yáñez.

Darma, que se encontraba a algunos pasos de distancia con Surama, muy pálida, profundamente emocionada por la horrible escena que se había desarrollado ante sus ojos, se adelantó hacia los marineros que transportaban al desgraciado comandante.

—¿Ha muerto?—preguntó con voz ahogada.

—No—contestó Yáñez:—pero, según parece, es grave la herida.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la joven.

—¡Silencio!—dijo Sandokan.—¡Abrid paso al valor desgraciado! ¡Que lleven al comandante a mi camarote!

Con un gesto que no admitía réplica detuvo a Darma y a Surama, y siguió a los marineros hasta la cámara, acompañado por Yáñez y Tremal-Naik.

El médico de a bordo, que era americano, y que, lo mismo que los maquinistas y los cabos de cañón, había aceptado las proposiciones que Sandokan le había hecho para que continuase en el barco hasta terminar la campaña, acudió en seguida.

—¡Venga usted, señor Held!—le dijo Sandokan. —¡Me parece que el comandante del crucero está muy grave!

—Haremos cuanto sea posible para salvarle—contestó el americano.

—Cuento con la ciencia de usted.

Entraron en el camarote, donde ya habían dejado a Sir Moreland tendido en el rico lecho del pirata.

—Esperad en el corredor hasta que yo os avise—dijo Sandokan a los dos marineros,—y decid a los enfermeros que estén dispuestos para venir en cuanto los llamen.

El médico desnudó completamente a Sir Moreland. No tenía más que una herida en un costado; pero era horrible.

El proyectil que se la causó, probablemente un casco de granada, había magullado y rasgado la carne, formando un hondo surco, que tenía más de veinte centímetros de largo.

La sangre se escapaba en abundancia por la herida, amenazando con desangrar rápidamente al desgraciado.

—¿Qué dice usted, señor Held?—preguntó Yáñez mirándole como si quisiera adivinar su pensamiento.

—La herida es más dolorosa que grave—res-

pondió el médico.—Ha perdido mucha sangre; pero este inglés es robusto.

—¿Puede usted asegurarme que curará?

—Aseguro a usted que no corre peligro la vida de este hombre.

Sandokan estuvo un rato silencioso mirando el cadavérico rostro del inglés; después, y como si hablara consigo mismo, dijo:

—¡Es mejor así; ese hombre puede sernos útil algún día!

Iba a marcharse, cuando de pronto exhaló el herido un profundo suspiro, al que siguió un gemido ronco.

El doctor había puesto las manos sobre la herida para unir sus bordes, y al sentir aquella presión el comandante del crucero se estremeció; después abrió los ojos.

Echó en torno suyo una mirada apagada, deteniéndola primero en el doctor y en seguida sobre Yáñez, que estaba al otro lado de la cama.

Abrió los labios, y murmuró apenas con voz imperceptible:

—¡Usted!

—¡No hable usted, Sir Moreland; no hable!—dijo el portugués. —¡Se lo prohibe el doctor!

El comandante hizo un movimiento negativo con la cabeza, y recogiendo todas sus fuerzas, añadió con voz más clara, pero muy fatigosa:

—Mi... espada... está... en mi... barco...

—No se la hubiera aceptado a usted, caballero—dijo Sandokan.—Lo que siento es que se haya ido a pique con el barco, y que por eso no pueda restituírsela. ¡Es usted un valiente, y le estimo como merece!

Haciendo un heroico y supremo esfuerzo, el jo-

ven levantó la diestra y se la tendió a su adversario, que la estrechó suavemente.

—¿Y mis... hombres...? — volvió a decir Sir Moreland, a tiempo que se le descomponía otra vez el rostro.

—Los hemos salvado. ¡Pero basta! ¡No se fatigue usted!

—¡Gracias! — murmuró el herido.

Se desplomó, y cerró los ojos nuevamente: había vuelto a desmayarse.

—¡Doctor, ahora usted! — dijo Sandokan.

—No dude que le curaré y que me tomaré tanto cuidado por él como si se tratase de un hijo de usted. ¡A ver; que vengan los enfermeros!

Mientras los llamados entraban con desinfectantes, rollos de algodón fenicado y varios frascos, Sandokan, con Yáñez y Tremal-Naik, subían lentamente la escalera y volvían a la cubierta.

Darma, que los esperaba en la puerta de la cámara, se acercó al portugués:

—¡Señor Yáñez! — susurró, procurando hacer firme la voz.

El portugués se quedó mirándola un momento sin contestar, y al cabo le estrechó en silencio la mano.

—¿Se salvará? — le preguntó con angustia Darma.

—Así lo espero — repuso Yáñez. — ¿Te interesa mucho ese joven, Darma?

—¡Es un valiente!

—¡Sí; y algo más también!

—Si se cura, ¿le retendrán ustedes prisionero?

—Veremos qué es lo que decide Sandokan; pero es probable.

Darma se reunió con Surama, que se había alejado un poco, y Yáñez fué al encuentro de Sando-

kan, que hablaba animadamente con Tremal-Naik.

—¿Qué te parece de ese joven?—le preguntó.

—¿Es el que mandaba el fuerte de Macrae?

—Sí—contestaron a un tiempo Tremal-Naik y Yáñez.

—¡Pues es un hombre valeroso!—dijo Sandokan. —Para nosotros ha sido una verdadera fortuna que haya caído en nuestras manos. Si tuviese el *rajá* media docena de hombres como él, nos darían mucho que hacer. No debe de ser inglés de pura sangre: es demasiado obscuro de color.

—Me ha dicho que solamente era inglesa su madre—dijo Tremal-Naik.— Formaba parte, según creo, de la marina inglesa. Eso me dijo una noche. Tenía el grado de teniente.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer con él?—preguntó Yáñez.

—Le tendremos como huésped—contestó Sandokan.—Pudiera sernos útil el día menos pensado. En cuanto a los demás prisioneros, haré que se embarquen en una chalupa, y los dejaré en libertad para que vayan a cualquier punto de la costa.

—Y ahora, ¿adónde diriges tus miras?—preguntó Tremal-Naik.

—Yáñez y yo hemos trazado ya nuestro plan de guerra—repuso Sandokan.—Nuestro primero y principal cuidado es no dejarnos sorprender por la escuadra de Sarawak ni por las inglesas. Seguramente que procurarán reunirse para deshacernos de un solo golpe; pero si encontramos el medio de tener carbón siempre a nuestra disposición, con la velocidad del *Rey del Mar*, podemos reirnos del *rajá* y también del gobernador de Labuan.

—Por eso os aconsejaría que ante todo, y sin dar

tiempo a que se reúnan las dos escuadras, deis un golpe de mano contra los depósitos de carbón que hay en la boca del Sarawak—dijo Tremal-Naik.

—Precisamente eso es lo que vamos a intentar—respondió Sandokan. – Después iremos a destruir los depósitos que tienen los ingleses en la isleta de Mangalum. Privados de poder abastecerse, nosotros quedaremos en condiciones de superioridad con respecto a unos y a otros, y libres para arrojarnos sobre las líneas de navegación y dar un golpe mortal al comercio de los ingleses con el Japón y con China. ¿Aprobáis esta idea?

—Sí—contestaron Yáñez y Tremal-Naik.

—Pero además tengo otro proyecto – continuó Sandokan, después de breve silencio.—Tengo el proyecto de insurreccionar a los dayakos de Sarawak. Conservamos entre ellos muy buenos amigos, que son precisamente los que nos ayudaron a derrotar a James Brooke. Con nosotros en el mar y con aquellos terribles cortacabezas a la espalda, no se encontrarán seguramente muy a gusto el *rajá* ni el hijo de Suyodhama.

—¿Crees que se encuentre con el *rajá* el hijo del jefe de los *thugs*?

—No estoy seguro – contestó Sandokan.

—Ni yo tampoco—añadió Yáñez.

—¿Has mandado ir a algún sitio al *Mariana*? — preguntó el indio.

—Nos espera en el cabo Tanion-Dàtu, cargado de carbón, municiones y armas.

—¿Habrá llegado ya?

—Lo supongo.

—En ese caso vamos a Sarawak.

CAPÍTULO V

A LA CAZA DEL «REY DEL MAR»

Momentos después se mandó embarcar en una chalupa a los supervivientes del crucero, proveyéndoles de víveres en abundancia para que pudiesen llegar hasta Redjang sin correr el riesgo de pasar hambre. Por su parte, el *Rey del Mar* se lanzó a través del golfo de Sarawak, puesta la proa al Sur.

Reinaba una calma casi completa; soplaba muy de tarde en tarde la brisa, que en aquellas latitudes parece de fuego, y la temen los veleros porque suelen quedarse inmóviles durante largas semanas. Tan sólo de cuando en cuando una ondulación anchísima que procedía del Este engrosaba gradualmente, y después de pasar bajo el crucero, al que imprimía una brusca sacudida, iba a perderse en la dirección opuesta.

Pasada aquella ola enorme, que arrancaba de las lejanas costas de las islas de Sonda, el Océano volvía a recobrar su inmovilidad.

No se veía buque alguno al Oeste, ni al Este, ni al Norte, ni al Sur. En cambio, abundaban los pájaros de los trópicos, voladores incansables que a veces se encuentran a centenares de millas de las costas. Eran en su mayor parte *prianfinus ciscercus*, especie de procelarios, los cuales —cosa verdaderamente extraña—llevan casi siempre cogidos a las plumas del abdomen cangrejitos de mar y pequeñísimos moluscos, obligándolos a vivir en el aire

a pesar suyo. Sin embargo, parece que no se encuentran muy a disgusto en aquellos viajes aéreos, porque no se advierte en ellos sufrimiento alguno.

De cuando en cuando aparecían entre dos aguas, a un metro escaso de profundidad, largas filas de magníficas medusas en forma de paraguas transparentes, que se dejaban blandamente transportar por el flujo y el reflujo. Otras veces marchaban delante del barco, rápidos como flechas, los *prontoporsas*, que son los delfines más pequeños de la especie, armados con un pico larguísimo, y las espléndidas doradas, cuyas escamas parecen pintadas de azul y oro, enemigos terribles de los peces voladores, y que cuando van a morir pierden sus colores y se vuelven grises.

El *Rey del Mar* bogaba con rapidez; hacía más de doce nudos, y marchaba en línea recta hacia la costa de Sarawak, con objeto de destruir los depósitos de carbón de la escuadra del *rajá*.

Verdaderamente era un barco soberbio, dotado de extraordinarias cualidades marineras, a pesar de su coraza, de sus torres y de su artillería: un corsario absolutamente moderno: el único, probablemente, que podía emprender aquella terrible correría contra la poderosa flota inglesa sin hallar un puerto en que poder refugiarse.

—Y bien, Tremal-Naik—preguntó Sandokan, que salía entonces a la cubierta de haber hecho una ligera visita a Sir Moreland;—¿qué me dices de nuestro *Rey del Mar?*

—Que es el crucero mejor y el más poderoso que he visto: ¡una verdadera maravilla!—contestó entusiasmado el indio.

—Sí; los americanos son magníficos constructores. Hace veinte años tenían que recurrir al ex-

tranjero para crear su escuadra, y ahora tienen mejores astilleros que nadie. Sólidos y poderosos son sus navíos en la actualidad. Con éste, yo te aseguro que hemos de dar que hacer a nuestros enemigos.

—¿Y si Inglaterra te echase encima los mejores barcos de su marina? ¿Has pensado en eso, Sandokan?

—Los haremos correr, querido—contestó el Tigre de la Malasia.—El Océano es muy grande, y nuestro buque, el más veloz. Además, habrá transportes ingleses a quienes podamos atacar y privar de combustible. No creas que tengo la presunción de poder sostener indefinidamente esta lucha; pero antes del día en que, por una causa o por otra, deba terminarse, habremos causado a nuestros enemigos daños tan grandes, que lamentarán habernos arrojado de nuestra isla.

Encendió su magnífico narguile, se cogió a un brazo del indio y después de haber paseado durante algunos minutos desde la rueda del timón hasta la torre de popa, dijo:

—¿Sabes que va mejorando el capitán?

—¿Sir Moreland? – preguntó Tremal-Naik.

—Sí; a pesar de lo horrible de la herida, tiene una fiebre muy ligera. El señor Held está asombrado, y yo creo que con razón. ¡Qué fibra tan magnífica tiene ese hombre!

—¿Te ha reconocido?

—Sí.

—Debe de haberse quedado estupefacto al verse en nuestras manos. Seguramente que no creía que iba a encontrarse tan pronto con sus antiguos prisioneros. ¿Duerme?

—Sí; y muy tranquilamente por cierto.

—¿No te estorbará ese hombre?

—Pudiera suceder que sí; pero tengo algunos proyectos acerca de él.

—¿Cuáles?

—Todavía no lo sé—dijo Sandokan.—Pensaré en qué podrá sernos útil. Ante todo procuraremos hacerle amigo nuestro. Yo creo que nos debe algún reconocimiento por haberle salvado de la muerte.

—Adivino lo que piensas—dijo Tremal-Naik:—esperas que te dé algunas noticias acerca del hijo de Suyodhama.

—Ciertamente que sí—respondió Sandokan.—Combatir a un enemigo desconocido que no se sabe dónde se encuentra ni qué está tramando, es para inquietar a cualquiera. ¡Bah! Un día u otro saldrá del misterio en que se envuelve y se nos mostrará, y ese día el Tigre devorará también al tigrecito de la India.

En aquel momento apareció el doctor Held en la puerta de la cámara.

El americano, que, como hemos dicho, había aceptado las proposiciones que le hizo Sandokan, proposiciones que podían costarle la vida, era un arrogante joven de veintiséis o veintiocho años, de estatura elevada, delgado, de mirada inteligente, frente espaciosa, rostro tan rosado como el de una jovencita, y llevaba la barba rubia cortada en punta.

—¿Qué nos dice usted, señor Held?—le preguntó Sandokan yendo solícitamente a su encuentro.

—Que ya puedo responder de la curación del prisionero—respondió el médico:—dentro de quince días tendremos a nuestro hombre perfectamente bien. ¡Esos anglo-indios tienen muy duro el pellejo!

La campana anunciando la comida interrumpió la conversación.

—¡A la mesa, porque si no, se impacientará Yáñez! —dijo Sandokan.

Mientras tanto el *Rey del Mar* continuaba caminando hacia el Sudoeste.

El Océano seguía desierto, pues la zona que el barco recorría apenas era frecuentada por veleros y vapores, los cuales se remontaban generalmente más al Norte o más al Sur, unos para evitar las calmas chichas, y otros los bancos submarinos, que abundan extraordinariamente en las cercanías de las costas de Borneo.

De cuando en cuando bandadas de volátiles se posaban en las cofas de los mástiles tomando posesión de ellas, y dejaban que se acercasen los marineros sin mostrar la menor inquietud.

Eran aquellos pájaros una especie de las aves procelarias gigantes, de plumas obscuras, llamados *quebranta huesos*. Son pescadores formidables, y van armados de un pico tan agudo y tan fuerte, que les permite hacer frente a los peces de mayores dimensiones, a los cuales matan hiriéndoles en el cráneo.

También solía revolotear en derredor del barco alguno que otro magnífico albatro, que saludaba a los marineros lanzando su peculiar gruñido, muy semejante al de un cerdo, y atravesaba sin apresurarse por la toldilla, a pesar de los tiros que les disparaban los malayos.

Como caza, estos pájaros son detestables; porque si bien miden de punta a punta de las alas tres metros y medio, apenas si su cuerpo pesa más de ocho o diez kilogramos, sin contar además con que su carne es coriácea y se halla impregnada de un olor desagradable.

Viéndolos en el aire, son dignos de admiración por su vuelo maravilloso. Durante algunos momentos quedaban casi inmóviles encima del crucero, haciendo vibrar casi imperceptiblemente sus alas gigantescas; en seguida partían como rayos, caían en el mar, y pescaban en un abrir y cerrar de ojos, pequeños cefalópodos y calamares, que son su preferente nutrición.

No faltaban presas para aquellos avidísimos volátiles, porque las aguas de esa parte del Océano son extraordinariamente ricas en pescados, cosa que contentaba también a los marineros, que se ingeniaban para cogerlos a pesar de la velocidad de su marcha, utilizando pequeñas redes y aumentando así el menú de a bordo.

Por otra parte, bogaban casi en la superficie bandadas de doradas, delfines pequeños y serpientes de mar de un metro de largo, forma cilíndrica, piel obscura y negra y cola amarilla; flotaban multitud de *trotones*, pescados tan extraños que casi siempre navegan con el vientre hacia arriba, y que se hinchan a placer hasta tomar la forma de una bola.

Por millares de millares subían de los abismos del Océano *trotones*, mostrando las agudas espinas que los cubren por completo asemejándolos mucho a los erizos terrestres; pero sus colores son distintos, pues los hay blancos, violáceos y manchados de negro. Por en medio de los *trotones*, y con los tentáculos extendidos para aprovechar el menor soplo de aire, desfilaban largas filas de nautilus.

De cuando en cuando un movimiento de terror dispersaba a tantos habitantes del Océano tropical. Las doradas desaparecían precipitadamente; los *trotones*, se desinflaban a escape, dejándose ir a

fondo, los nautilus replegaban sus tentáculos, volvían su concha, en la que navegaban como en pequeños barcos, y se sumergían.

Era que había aparecido en medio de ellos un enemigo terrible, de insaciable voracidad, abriendo su boca formidable, erizada de dientes tan agudos como los de los tigres: ese enemigo es el *charcharios,* un pez-perro de cinco o seis metros de largo. Su aparición de improviso sembró el terror. El *charcharios* es temible aun para el hombre.

Con la rapidez del relámpago se tragaba los peces que se habían retrasado un instante en huir; en seguida desaparecía, precedido siempre por su piloto, que es un lindísimo pescadito de piel azul y púrpura, con estrías negras, de unos veinticinco centímetros de largo, y que sirve de guía a su terrible patrono y protector.

Desaparecido el peligro, volvían a reaparecer las doradas jugueteando, los *trotones* subían hechos una bola a la superficie, y las espléndidas conchas ribeteadas de nácar de los nautilus enderezaban de nuevo sus ocho tentáculos, ligeramente redondeados en la extremidad.

Hacia el anochecer Yáñez y Sandokan entraron en el camarote donde iba el anglo-indio, y vieron con placer que el herido se encontraba bastante mejor que por la mañana.

La fiebre casi había desaparecido, y la herida, sabiamente cuidada por el hábil americano, apenas sangraba.

Cuando entraron, Sir Moreland estaba hablando en voz bastante clara con el señor Held, pidiéndole noticias acerca del poder del buque corsario.

Al verlos entrar el anglo indio hizo un esfuerzo

para sentarse; pero Sandokan se lo impidió con un gesto.

—No; Sir Moreland— dijo:—está usted demasiado débil, y por ahora debe abstenerse de hacer el esfuerzo más pequeño. ¿No es verdad, mi querido Held?

—Puede volver a abrirse la herida—contestó el doctor.—Ya sabe usted, Sir, que le he prohibido todo movimiento.

El anglo-indio tendió la mano al doctor, a Yáñez y a Sandokan, diciéndoles:

—Muchas gracias, señores, por haberme salvado; aun cuando yo hubiera preferido irme a pique con mi barco, en compañía de mis desgraciados marineros.

—Un marino siempre tiene mil ocasiones de morir—contestó Yáñez sonriendo.—Todavía no ha concluído la guerra, puesto que para nosotros apenas ha comenzado.

Una nube obscureció la frente del anglo indio.

—Yo creía que había terminado la comisión de ustedes con el rescate de aquella niña y de su padre.

—Para eso no hubiese comprado yo un barco del poder de éste—dijo Sandokan:—con mis paraos me hubiera bastado.

—¿De modo que continuarán ustedes haciendo el corso?

—Indudablemente; mientras haya un solo hombre y un solo cañón disponibles.

—Señores, admiro a ustedes; pero creo que esas correrías van a terminar pronto. El *rajá* e Inglaterra los perseguirán con sus escuadras. ¿Cómo van ustedes a poder resistir tales ataques? Carecerán ustedes de carbón, y se verán en la precisión de

rendirse o de hacerse echar a pique después de una resistencia inútil.

—¡Ya lo veremos!

Sandokan cambió bruscamente de tono y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra usted, Sir Moreland?

—Relativamente bien: el doctor me ha asegurado que dentro de unos días podré levantarme.

—Tendré un gran placer en ver a usted paseando por el puente de mi barco.

—¿De modo — dijo sonriendo el anglo-indio — que cuentan ustedes con retenerme prisionero?

—Aun cuando quisiera devolver a usted la libertad, no podría hacerlo en este momento, porque estamos muy lejos de la costa.

—¿Vamos hacia el Norte?

—No, Sir Moreland; al contrario: vamos hacia el Sur. Tengo ganas de ver la boca del Sarawak.

—Lo comprendo perfectamente. Pretenden ustedes dar un golpe de mano en los depósitos de carbón del *rajá*.

—Todavía no lo sé.

—Señor Sandokan, si usted me lo permite, desearía que me explicara usted una cosa.

—Hable usted, Sir Moreland—contestó el Tigre de la Malasia.—Después, si a su vez me lo permite usted, le haré algunas preguntas.

—Lo que deseo saber es por qué ha envuelto usted también en esta guerra al *rajá* de Sarawak.

—Porque estamos convencidos de que es el protector del hombre misterioso que ha lanzado contra nosotros a los ingleses de Labuan, y que en un mes tan sólo nos ha causado tantos perjuicios.

—¿Y quién es ese hombre?

Sandokan clavó en el anglo-indio una agudísima

mirada, como si quisiera leer en el fondo de su corazón, y después dijo:

—Es imposible que usted, que pertenece a la marina del *rajá*, no le haya conocido.

Sir Moreland quedó silencioso durante algunos instantes.

—No—dijo al cabo;—no he visto nunca al hombre a quien alude usted. Sin embargo, he oído contar que un individuo misterioso, que, según parece, posee riquezas fabulosas, ha visitado al *rajá*, poniendo a su disposición hombres y barcos para vengar a James Brooke.

—Un indio, ¿no es verdad?

—No lo sé—contestó Sir Moreland,—porque no le he visto nunca.

—¿Y ese hombre ha sido el que ha lanzado contra nosotros al *rajá* y a los ingleses?

—Así me lo han contado.

—¿El hijo de un jefe famoso de los *thugs* indios?

—Eso no lo sé.

—¿Quiere medirse con los tigres de Mompracem?

—Y, según creo, está seguro de vencer a ustedes.

—¡Caerá, como cayó su padre, y como ha caído toda la secta!—dijo Sandokan.

En los negros ojos del anglo-indio brilló un relámpago. Otra vez quedó silencioso, como si un pensamiento repentino le turbase; después dijo:

—¡El porvenir lo dirá!

Y cambiando bruscamente de conversación preguntó:

—¿Siguen a bordo aquel indio y su hija?

—Ya no nos separaremos de ellos, porque su suerte está ligada a la nuestra — contestó Sandokan.

Sir Moreland lanzó un suspiro y dejó caer la cabeza en la almohada.

—Descanse usted tranquilo —le dijo Sandokan.— Esta noche no sucederá nada.

Acompañado por Yáñez salió del camarote, y ambos subieron a la cubierta. Surama y Darma estaban tomando el fresco y charlando con Tremal-Naik.

Al ver a Yáñez, Darma se apresuró a interrogarle con la mirada.

—¡Todo va bien!—le susurró el portugués con su acostumbrada sonrisa.

—¿Podré visitarle?

—Mañana nada te impedirá que lo hagas, si...

Le cortó la palabra un grito del vigía instalado en la cofa del trinquete:

—¡Humo en el horizonte! ¡Mira al Oeste!

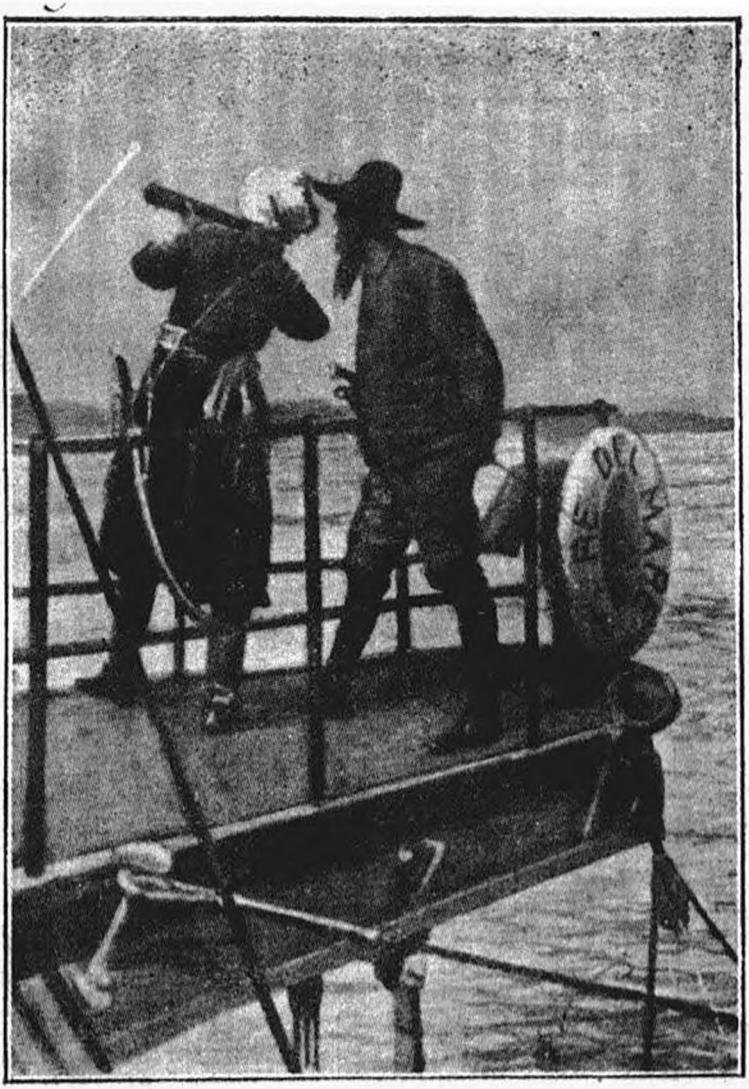
Aquel grito hizo ponerse en pie de un salto a Sandokan, que acababa de tomar asiento al lado de Tremal-Naik, y correr a la cubierta a toda la tripulación.

Sobre el cielo, todavía iluminado por el Sol, que no había concluído de ocultarse, se elevaba una sutilísima columna de humo, que se destacaba en la límpida y tranquila atmósfera.

—¿Será algún barco de guerra que venga en busca nuestra—preguntó Yáñez,—o un pacífico vapor que vaya con rumbo á Sarawak?

—Más bien creo que sea un barco de guerra —dijo Sandokan, que había dirigido el anteojo hacia aquella mancha de humo.—¡Ah! ¡Ta! ¡Ta! Parece que se aleja hacia el Oeste: el humo se ha replegado hacia nosotros.

—¿Creéis que nos haya descubierto?—preguntó Tremal-Naik, que se había reunido con ellos.



—Más bien creo que sea un barco de guerra: el humo se ha replegado hacia nosotros.

—Así como nosotros nos hemos dado cuenta de su presencia, lo mismo puede haberle sucedido a su comandante; habrá visto el humo de nuestro barco.

—Me ocurre una sospecha—dijo Yáñez.

—¿Cuál?

—Que sea un barco explorador.

—Es posible, Yáñez—contestó Sandokan.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—Seguirle a distancia. Mañana al amanecer nos pondremos a darle caza, y tanto peor para él si pertenece a la escuadra del *rajá* o de Labuan. Pasaremos la noche en la cubierta.

La noche caía rápidamente, y las tinieblas impidieron seguir viendo aquel penacho de humo; pero el *Rey del Mar* había puesto la proa a Poniente para seguirle en su ruta.

Estaba seguro de alcanzarle con sus poderosas máquinas antes de que amaneciese, y de capturarlo o de echarlo a pique con su formidable artillería.

Por precaución se dispuso que quedara sobre cubierta la guardia franca, pues podría darse el caso de que durante la noche ocurriesen graves acontecimientos.

—¡A doce nudos!—ordenó Sandokan.—¡Le seguiremos de cerca!

La noche era espléndida; una verdadera noche de los trópicos, llena de fascinación y de encantos, como tan sólo se pueden ver en aquellas regiones de calma casi perpetua.

Aun cuando el Sol había desaparecido hacía ya algunas horas, parecía como si hubiera dejado tras sí un rastro de luz, porque no imperaba por completo la obscuridad en el firmamento. Una vaga

claridad, una transparencia increíble reinaba allá arriba proyectándose en las aguas del Océano, y permitía que los marineros de cuarto pudieran ver a larga distancia.

Las aguas parecían incendiarse a trechos. Desde los profundos abismos del mar subían las medusas por batallones, y las magníficas anémonas abrían y extendían sus brillantes corolas rosáceas, blancas, azules, amarillas y violetas, ondeando muellemente sus franjas fulgurantes.

En medio de aquellas oleadas de luz submarina se deslizaban de cuando en cuando grandes monstruos que esparcían el terror y la confusión entre los moluscos.

Unas veces eran *charcharios*, peligrosos y siempre hambrientos escualos; otras eran calamares gigantescos con pico de papagayo, ojos glaucos y fijos y los tentáculos cubiertos de ventosas. En cambio, otras veces una masa enorme aparecía a flote, lanzaba a lo alto chorros llameantes, y volvía a caer con un golpe sordo y profundo.

Era un ballenato con el dorso negro y verduzco, de una quincena de metros de longitud; cetáceo bastante común en los mares tropicales, no obstante la persecución encarnizada con que le acosan los barcos balleneros.

Aun cuando el día había sido bastante fatigoso y no amenazaba, por lo menos en la apariencia, ningún peligro al buque, Sandokan y Yáñez no se acostaron. No era, ciertamente, para gozar de aquella noche magnífica, ni para admirar los fulgores de las anémonas, espectáculo, por otra parte, muy conocido de los antiguos navegantes de los mares de la Malasia.

Un secreto temor les retenía en el puente. Pa-

seaban con cierta agitación, deteniéndose a menudo para mirar hacia Poniente.

Aquel humo los preocupaba mucho, pues temían que fuese el de un barco destacado de alguna escuadrilla.

—¿Has visto algo?—preguntó Yáñez a Sandokan a eso de la media noche, viéndole detenerse por décima vez y dirigir el anteojo hacia el Oeste.

—Juraría que hace algunos minutos había visto brillar un punto blanco muy luminoso en la dirección por donde desapareció el penacho de humo—contestó pensativo el Tigre.

—¿Sería el farol del trinquete de ese barco, ó una estrella?

—No, Yáñez; ni una cosa ni otra.

—¿Crees que no andará en busca nuestra la escuadra de Labuan? Ten por seguro que no estará ociosa en el puerto de Victoria después de nuestra declaración de guerra. Con la velocidad de que disponemos, no nos será difícil dejarla a nuestra espalda.

—Y el carbón se nos acabará muy pronto—contestó Sandokan:—nuestras carboneras están ya medio vacías.

—Las llenaremos a cuenta del *rajá*.

—Si podemos llegar hasta la boca del Sarawak.

—¿Qué es lo que temes?

Sandokan no contestó. Seguía mirando siempre hacia Poniente en toda la línea del horizonte.

De pronto bajó el anteojo.

—¡Un relámpago!—dijo.

—¿Dónde, Sandokan?

—Ha brillado en la dirección que tomó aquel barco. Me parece que ha sido un relámpago de luz eléctrica.

—Sí, señor—afirmó el americano Horward, que había salido un momento de la sala de máquinas. —También lo he visto yo.

—¿Entonces, ese barco está comunicándose con otro?—preguntó Yáñez.

—Eso es lo que temo—respondió Sandokan.—Afortunadamente, está muy claro el horizonte y podemos ver en seguida al enemigo.

—Señor Horward, hágame usted el favor de dar orden en la máquina para que fuercen la marcha a catorce nudos. Tengo curiosidad por saber quién es el que puede navegar con nosotros.

Apenas había transmitido la orden al americano, cuando volvió a brillar un nuevo relámpago en la dirección del primero. Una lámpara eléctrica de gran potencia había proyectado sobre el Océano un amplísimo haz luminoso.

Un instante después una sutil columnilla de humo se elevó en el horizonte.

—¡Un cohete!—dijo Yáñez.—Son dos barcos que se hablan, y uno de ellos debe ser el que huyó al acercarnos nosotros. Está indicando el rumbo que llevamos.

—Señor Sandokan—dijo el americano,—si no me engaño, veo deslizarse por el Océano un punto negro. Ahora atraviesa un trecho de agua fosforescente.

—¡Un punto! Entonces, no puede ser un barco.

—Y, á lo que parece, camina con una velocidad extraordinaria.

—¿Será alguna chalupa de vapor?

Asestó de nuevo el anteojo, manteniéndole horizontal durante algunos minutos. El punto negro, que se agrandaba rápidamente, había atravesado la zona fosforescente, confundiéndose con el color

obscuro del agua; pero se acercaba a otra formada por millares de nautilus, anémonas y medusas.

—Me parece una gran chalupa de vapor—dijo Sandokan,—y no está a más de dos mil metros de distancia. ¡La enviaremos a que haga compañía a las medusas! ¡Nostramo Sloher!

CAPÍTULO VI

LOS MISTERIOS DE SIR MORELAND

Un viejo cabo de cañón de larga barba canosa y cuadradas espaldas se adelantó, marchando con ese balanceo particularísimo de los viejos lobos de mar.

—El capitán que nos ha vendido este barco me ha dicho que eres un artillero de fama—dijo Sandokan, mientras el nostramo se quitaba de la boca un pedazo de cigarro que masticaba y saludó gravemente.

—Los ojos todavía los tengo buenos, comandante—contestó el viejo.

—¿Serías capaz de enviar una bala a aquel curioso que trata de acercarse? Si le tocas y le echas a pique, tendrás cien dólars de premio.

—No pido más, comandante, sino que mande usted parar el *Rey del Mar* por unos cinco minutos.

—Te pido un tiro de maestro.

—¡Probaremos, comandante!

El punto negro, convertido ya en una raya muy

visible, entraba entonces en la segunda zona fosforescente.

—¿Lo ves?—le preguntó Sandokan.

—Debe de ser una de esas máquinas que han inventado mis compatriotas, y que llevan un torpedo fijo en un asta—dijo el viejo.—Si se acercan, son peligrosos.

—¡A tu puesto!

Yáñez había dado la orden de echar atrás.

El *Rey del Mar* corrió todavía unos doscientos metros, a pesar de que la hélice funcionaba en sentido contrario; en seguida se detuvo y conservó una inmovilidad absoluta, pues el Océano estaba como una balsa.

El cabo de cañón se había colocado ya detrás de una de las grandes piezas.

En la toldilla de la nave reinaba un silencio profundo. Todos esperaban el tiro llenos de ansiedad, y tenían fijos los ojos en la chalupa, la cual bogaba a todo vapor por en medio de la fosforencia, procurando acercarse al crucero sin ser vista.

De pronto rompió el silencio un grito que salió de la torre:

—¡Pronto!

La chalupa de vapor se encontraba en aquel momento a unos mil quinientos metros de distancia del *Rey del Mar*. Su casco negro se dibujaba claramente en la luminosa superficie del agua.

Resonó una detonación, y un relámpago iluminó las tinieblas.

Durante algunos instantes se oyó por el aire un ronco silbido, que fué debilitándose rápidamente. El proyectil, de buen calibre, se alejaba rozando las ondas.

De improviso resonó otra detonación a larga

distancia. En la chalupa torpedera se elevó una llama, seguida de un haz de chispas.

Casi en el mismo instante se apagó bruscamente la fosforescencia. Los nautilos, las medusas y las anémonas, asustados por aquel estruendo, desaparecieron prontamente en las misteriosas profundidades del mar.

—¡Tocada!—gritó Sandokan.

Un grito de triunfo estalló a bordo del crucero. El veterano artillero se adelantó con cara risueña hacia Sandokan.

—Comandante—le dijo,—he ganado mis cien dólars.

—¡No; doscientos!—replicó el Tigre de la Malasia.

De pronto dió algunos pasos hacia adelante, exclamando:

—¡Lo sospechaba! ¡Sea! ¡Os haré correr!

Algunos puntos luminosos, que apenas se distinguían, aparecieron en el horizonte un momento después de la inmersión de los moluscos fosforescentes.

No debían de ser estrellas, para los ojos de aquellos marinos envejecidos sobre el Océano, sino faroles de barco: probablemente, barcos de guerra lanzados sobre la pista del *El Rey del Mar*.

—¿Será la escuadra del *rajá*, o la de Labuan?—había preguntado Yáñez.

—Esos barcos me parece que vienen del Septentrión—contestó Sandokan.—Apostaría a que la inglesa trata de reunirse con la de Sarawak. Alguien ha debido decirles que estamos recorriendo estos mares, y se han puesto a darnos caza.

—Eso destruye nuestros proyectos.

—Es verdad, Yáñez, porque nos veremos forza-

dos a huir hacia el Norte. *El Rey del Mar* es poderoso; pero no tanto que pueda hacer frente a una escuadra.

—¿Qué es lo que intentas hacer?

—Dejar para tiempo más oportuno la destrucción de los depósitos de carbón de Sarawak, y remontarnos hasta el cabo Taniong-Datu, con objeto de encontrar el *Mariana*, y en seguida echarnos sobre las líneas de navegación antes de proveernos de combustibles en Monzalm. En cuanto la escuadra vaya a buscarnos a los parajes de Labuan, volveremos para ajustar las cuentas al *rajá* y al hijo de Suyodhama.

—¡Has nacido gran almirante! — dijo Yáñez riendo.

—¿Apruebas mi proyecto?

—Por completo. ¿Y el *Mariana*?

—Le enviaremos a esperarnos en la boca del Redjang, y encargaremos que armen a nuestros amigos los dayakos.

—¡Ahora, boguemos pronto, hermanito! ¡Los barcos se aproximan!

—¡Señor Horward!—gritó Sandokan.—¡A toda máquina!

—Iremos a tiro forzado, comandante—contestó el americano.

El *Rey del Mar* había vuelto a emprender su carrera. Toneladas de carbón cayeron en los hornos, y las máquinas funcionaron de un modo rabioso, imprimiendo al casco un retemblor sonoro

Todos habían subido a cubierta, incluso Darma y Surama. Podía darse el caso de que de un momento a otro se encontrara el crucero con algún buque destacado en exploración hacia Levante, y todos querían estar dispuestos para la lucha.

Sin embargo, en aquella dirección no se veía brillar ninguna luz.

Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik, de pie en el puente de órdenes, miraban con gran atención los puntos luminosos, los cuales parecían haber cambiado de posición. Era que los comandantes de los buques ingleses, al ver que el corsario huía hacia el Norte, cambiaron de rumbo con la esperanza de capturarle.

Pero la distancia, en lugar de disminuir, aumentaba de minuto en minuto, y aun cuando forzaban la máquina, aquellos barcos no podían navegar con la velocidad del corsario.

Después de una carrera furiosa que duró más de una hora, los puntos luminosos fueron haciéndose casi invisibles.

—Creo que ya es tiempo de que volvamos a tomar de nuevo nuestro rumbo hacia el Noroeste —dijo Sandokan a Yáñez.—Los ingleses seguirán persiguiéndonos siempre hacia el Norte.

Mandó apagar todos los faroles y el *Rey del Mar*, después de describir una gran curva, se dirigió otra vez hacia el Noroeste.

La maniobra dió un resultado completo, porque durante algunos minutos se vió brillar los faroles de los otros barcos en los confines del horizonte, desapareciendo en seguida.

—¡Vamos!—dijo Yáñez muy satisfecho.—¡Todo va bien! ¡Creo que podemos ir a dormir algunas horas! ¡Nos hemos ganado el descanso!

Cuando alboreó el día, el mar estaba desierto por completo. No se veía más que a los pájaros marinos revoloteando sobre las olas que agitaba la brisa matutina.

El *Rey del Mar* había reducido su marcha a

ocho nudos. Por instantes se hacía más preciado el combustible.

Sandokan subió a cubierta coincidiendo con los primeros rayos del Sol. Todavía estaba algo inquieto, aun cuando ya no le quedaba duda del buen resultado obtenido con la maniobra nocturna.

—Los hemos engañado perfectamente—dijo a Yáñez, que, acompañado de Darma, se había reunido con él.—Llegaremos hasta el cabo Taniong sin que tengamos ningún mal encuentro. A propósito: ¿qué habrá pensado Sir Moreland del cañonazo que hemos disparado esta noche?

—Me dijo el doctor Held que se había sobresaltado mucho por temor de que hubiésemos echado a pique algún barco - contestó Yáñez.

—Vamos a verle.

—¿Me permiten ustedes que vaya yo también?—preguntó Darma.

—No veo ningún inconveniente — respondió Sandokan.—Antes al contrario, se alegrará de volver a ver a su bella prisionera. ¡Ven, niña!

—Esa visita le producirá mucha alegría..., y a ti también—añadió Yáñez en voz baja acercándose a la joven.

Cuando entraron en el camarote Sir Moreland ya se había despertado y estaba charlando con el médico.

Al ver a Darma, que iba detrás de Sandokan y de Yáñez, la mirada del indio se animó vivamente, y por algunos instantes no pudo apartar los ojos de la joven.

—¡Usted, señorita!—exclamó.—¡Qué feliz soy en volver a verla!

—¿Cómo se encuentra usted, Sir Moreland?—preguntó Darma ruborizándose.

—¿Cómo se encuentra usted, Sir Moreland?...

—¡Oh! La herida va cicatrizándose rápidamente; ¿verdad, doctor?

—Dentro de ocho o diez días estará cerrada por completo—respondió el americano.—Es una curación verdaderamente milagrosa.

—Hubiera preferido no verle herido, Sir Moreland—dijo Darma.

—Entonces, no me hubiera visto usted aquí—contestó el anglo-indio.—Me hubiera dejado ir a pique con mi barco, al lado de la bandera de mi patria.

—Estoy más contenta con que hayan podido salvarle de la muerte.

El joven capitán la miró sonriendo, y después dijo:

—Muchas gracias, señorita; pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué es lo que quiere usted decir, Sir Moreland?

—Que también estaría yo más contento si hubiera salvado mi buque y mis marineros. ¡Ah, señorita; no esperaba que había de ser derrotado por los protectores de usted de un modo tan desastroso! Y, sin embargo, puede usted creérmelo, no lamento mi prisión.

—Sir Moreland—dijo Sandokan,—¿no sabe usted que esta noche por poco nos sorprenden los barcos ingleses?

—¿La escuadrilla de Labuan?—preguntó emocionado el herido.

—Supongo que sería ella; pero hemos logrado engañarla y eludir con felicidad el peligro.

—No imagine usted que siempre haya de tener la misma fortuna—dijo el anglo-indio.—Un día cualquiera, probablemente el menos pensado, se encontrará delante de un hombre que no le dará cuartel.

—¿Alude usted al hijo de Suyodhama?—preguntó Sandokan.

—No puedo darle más explicaciones. Es un secreto que no puedo violar—contestó el anglo-indio.

—Nadie puede ser más que él—dijo Yáñez,—aun cuando haya afirmado usted que no sabe nada de ese obstinado y misterioso enemigo.

Sir Moreland no parecía haber oído a Yáñez; estaba mirando a Darma con expresión de angustia.

Sandokan, Yáñez y la joven permanecieron hablando todavía algunos minutos en el camarote, cambiando algunas palabras con el doctor.

Pero antes de que la joven se marchase, le dijo Sir Moreland mirándola con cierta tristeza:

—Señorita, espero que volveré a verla pronto y que no me mirará usted siempre como a un enemigo.

Así que salió la joven, el anglo-indio, que había permanecido largo tiempo sentado mirando fijamente a la puerta del camarote y con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud pensativa, dijo al doctor dando un profundo suspiro:

—¡Qué cosa tan triste es la guerra! ¡Siembra el odio, incluso entre corazones que podían latir al unísono animados por un mismo afecto!

—Y el de usted hubiera latido mucho; ¿verdad, Sir Moreland?—dijo el americano sonriendo.

—¡Sí, doctor; lo confieso!

—Por la señorita Darma, ¿no es eso?

—¿Por qué he de ocultarlo?

—Es una joven muy bella y muy animosa, digna de su padre y de usted.

—¡Y que nunca será mía!—dijo Sir Moreland con acento extraño.—¡El Destino ha abierto entre nos-

otros, y sin que en ello tengamos la menor culpa, un abismo que nada logrará salvar!

—¿Por qué motivo?—preguntó el doctor Held, asombrado por el tono con que había hablado el herido, y en el cual parecía advertirse una gran angustia y un odio profundo.—Estos hombres son enemigos del *rajá* y de los ingleses; pero no de usted.

Sir Moreland miró al americano sin contestarle, pero su rostro tenía una expresión tan terrible, que le llamó vivamente la atención.

—Cualquiera diría que en la vida de usted hay algún secreto—dijo el americano.

—¡Maldigo al Destino; eso es todo!—contestó con voz sorda el joven.

En seguida, cambiando de tono, preguntó bruscamente:

—Doctor, ¿adónde nos conduce el comandante?

—Por ahora vamos hacia el Noroeste.

—¿A Sarawak? ¿Querrá desembarcarme?

—Qué, ¿lo sentiría usted?

—Puede que sí.

—¿Por alejarse de la señorita Darma?

—Por otros motivos más graves—contestóle el anglo-indio.

—¿Cuáles, si no es una indiscreción mi pregunta?

—Porque el *rajá* me enviará de nuevo contra ustedes, y probablemente, me estará reservado darles un golpe mortal y echar a pique a la mujer a quien amo—dijo Sir Moreland.

— Ese día puede ser que aún tarde mucho en llegar.

—Yo creo lo contrario, porque el barco de ustedes no va a poder estar en el mar eternamente, y no siempre encontrará medio de proveerse de víveres, de municiones y de combustible, máxime no teniendo un puerto amigo.

—¡Sir, el Océano es inmenso!

— Es verdad; pero cuando diez, veinte navíos encierren a ustedes en un círculo de hierro, ¿qué esperanza les quedará? Admiro la audacia de estos piratas de la Malasia, como admiro su buque, una obra maestra de la ingeniería naval; pero permítame usted que dude del buen éxito del crucero que están realizando. No niego que podrán causar graves daños a la marina mercante inglesa, muchos disgustos al *rajá*, siendo como es el *Rey del Mar* el barco más rápido que quizás exista, y también el mejor armado; pero no por eso durará mucho tiempo este estado de cosas.

—Estos formidables corsarios, Sir Moreland, no tienen la presunción de tener en jaque muchos años a las escuadras inglesas. Saben muy bien la suerte que los espera, y no ignoran que un día cualquiera sus cadáveres irán a dormir el eterno sueño en las tenebrosas profundidades del mar o en el fondo de cualquier abismo.

—¿Y lo sabe también la señorita Darma? —preguntó estremeciéndose el anglo indio.

—Lo supongo, Sir Moreland.

—¡Ah! ¡No! ¡Desembárquela usted! ¡Sálvela!

—Es imposible. Aquí combaten su padre y sus protectores, a los cuales, según tengo entendido, les debe la vida, y no los abandonará—contestó el americano.

Sir Moreland se pasó una mano por la frente, y dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Sería mejor que mañana las escuadras nos echasen a pique a todos! ¡Por lo menos habríamos terminado, y yo no oiría ya más el grito de la sangre que clama venganza!

CAPÍTULO VII

EN EL MAR DE LA SONDA

Seis días después el *Rey del Mar*, que había navegado siempre a poca velocidad con objeto de economizar el precioso combustible, llegaba al cabo Taniong-Datu, vasto promontorio que cierra por Poniente el golfo, o, por mejor decir, el mar de Sarawak.

El *Mariana* ya se encontraba allí, escondido en una pequeña rada resguardada por elevadísimas escolleras que hacían invisible el barco para los que pasaban de largo.

Lo mandaba uno de los piratas más viejos de Mompracem que había tomado parte en todas las empresas del Tigre de la Malasia y de Yáñez; un hombre muy fiel y de un valor extraordinario como guerrero y como marino. Según las órdenes que recibiera, llevaba un buen cargamento de armas y municiones para aprovisionar al *Rey del Mar* en caso de que tuviera necesidad de ellas; pero en lo tocante al carbón, a duras penas había podido reunir unas treinta toneladas, porque después de la declaración de guerra de Sandokan los ingleses de Labuan habían monopolizado todo el combustible que había en Bruni, capital del sultanato de Borneo.

Aquella partida de carbón apenas podía bastar al barco para un par de días, y aun así, navegando a muy pequeña velocidad; sin embargo, se embarcó rápidamente en las carboneras.

Con el temor de que le persiguiesen, Sandokan se apresuró a dar las últimas órdenes al comandante del *Mariana*. Debía dirigirse sin titubear a Sedang, remontar el río hasta la ciudad del mismo nombre, fingiendo que era una tranquila embarcación mercantil que arbolaba bandera holandesa, verse con los jefes de los dayakos que tomaron parte en la expulsión de James Brooke, tío del actual *rajá*, darles armas y municiones, hacer atacar a hierro y fuego las fronteras del Estado, y en seguida ir a esperar al *Rey del Mar* en la boca del río.

Algunas horas después, y mientras el *Mariana* se disponía para salir a la vela, el crucero se alejaba de Taniong-Datu para continuar su ruta con velocidad moderada hacia el Noroeste, a fin de ir a Mangalum para proveerse en abundancia en aquel depósito carbonífero, destinado a los buques que hacen la travesía directa en los mares de la China.

Al cabo de siete días, habiendo navegado continuamente con muy poca rapidez, para no encontrarse sin carbón en el caso de un encuentro con cualquiera de las escuadras enemigas, el *Rey del Mar*, que siempre se había mantenido bastante lejos de la costa, pasaba a través del banco de Vernon. Aquel mismo día Sir Moreland, sostenido por el doctor, hizo su primera aparición en el puente.

Todavía estaba muy pálido y muy débil; pero la herida se le había cicatrizado casi por completo, gracias a su constitución robusta y a los asiduos cuidados del americano.

Era una mañana hermosa y no muy cálida. Del Sur soplaba una brisita fresca que rizaba la inmensa superficie del mar de la Sonda, y que susu-

rraba dulcemente entre las escotillas y el cordaje metálico del crucero.

Gran número de pájaros, la mayor parte de ellos de los llamados pedreros, que son unas aves marinas dotadas de agilidad pasmosa y cuyo vuelo es ligerísimo, revoloteaban sobre el barco, juntamente con los *phoebetrie fuliginoso*, los más pequeños de la familia de los diomedeos, persiguiendo a los peces voladores que las voraces doradas arrojaban de su elemento, obligándolos a volar largo trecho sobre las olas para ponerse en salvo.

Al ver aparecer al anglo-indio apoyado en el brazo del doctor, Yáñez, que estaba paseando por el puente al lado de Surama, se apresuró a ir a su encuentro.

—¡Vaya; ya le veo a usted restablecido!—le dijo.—¡Crea que me alegro mucho, Sir Moreland! ¡A los hombres de mar les hace más provecho el aire libre del puente que el del camarote!

—¡Sí, señor Yáñez; ya estoy bien, gracias a los cuidados y a las atenciones de este buen doctor!—respondió el capitán.

—Desde este momento considérese usted, no como nuestro prisionero, sino como nuestro huésped. Está usted en libertad completa para hacer lo que mejor le plazca e ir donde mejor le acomode. Para usted, nuestro barco no tiene secretos.

—¿Y no teme usted que pueda abusar de su generosidad?

—No; porque le creo a usted un caballero.

—Piense usted en que el mejor día nos encontraremos frente a frente como enemigos terribles.

—Entonces combatiremos con lealtad.

—¡Ah; eso sí, señor Yáñez!—dijo Sir Moreland con cierta aspereza.

Después de decir esto, de haber echado al mar una larga mirada y de haber aspirado afanosamente el aire marino, dijo:

—Han salido ustedes de la región cálida. Esta brisa es del Norte. ¿Dónde estamos, si no hay inconveniente en decírmelo?

—Muy lejos de Sarawak.

—¿Huyen ustedes de los lugares que frecuentan los barcos del *rajá*?

—Por ahora sí, porque tenemos que renovar nuestras provisiones.

—Entonces, ¿tienen ustedes puertos amigos?

—No, ciertamente. A nosotros nos bastan los de los enemigos para aprovisionarnos—contestó sonriendo el portugués.—Sir Moreland, colóquese usted donde crea que pueda aspirar mejor esta hermosa brisa.

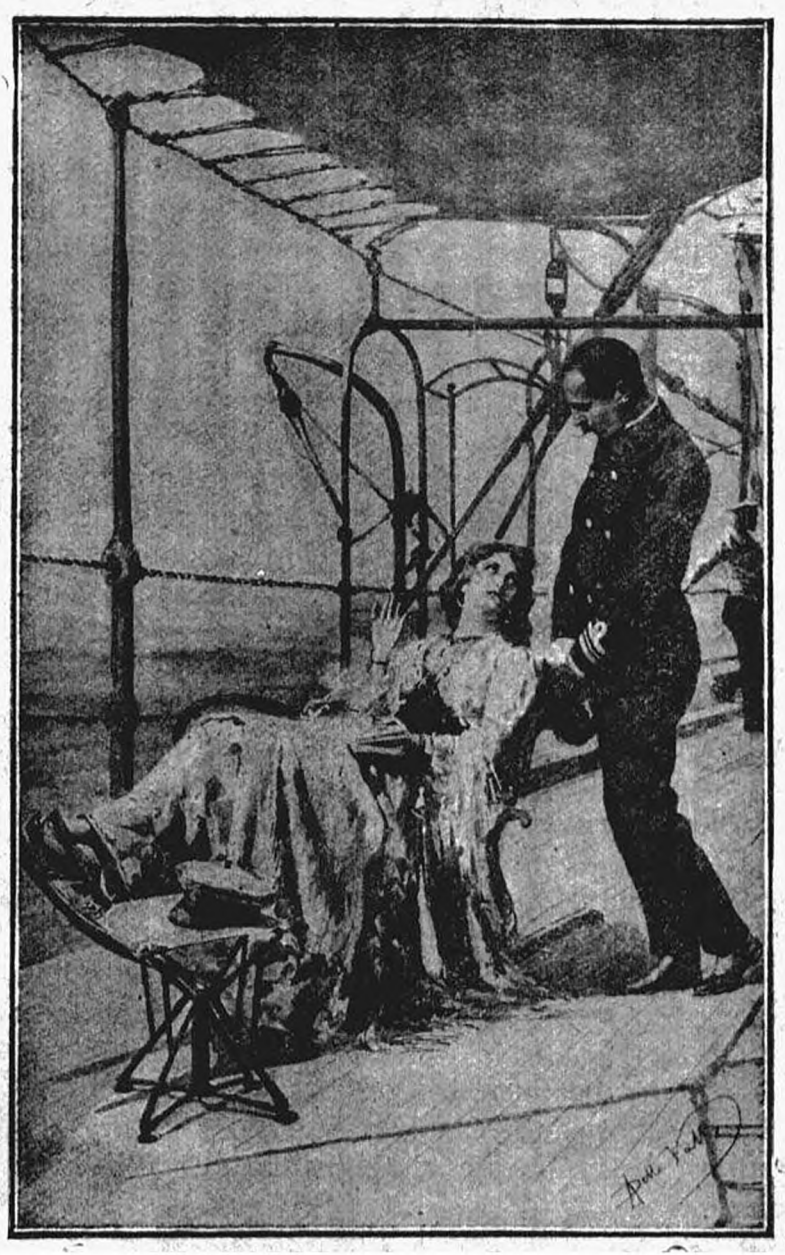
El anglo indio se inclinó para dar las gracias y subió a la toldilla de la cámara, donde había visto a Darma sentada en una mecedora colocada bajo el toldo extendido a la altura de las guías.

La joven fingía leer un libro; pero no había dejado de mirar al capitán a través de sus largas pestañas.

—Señorita Darma—dijo Moreland acercándose a la joven,—¿me permite usted que me siente a su lado?

—Esperaba a usted—contestó la hija de Tremal-Naik, ruborizándose ligeramente. — Estará usted mejor aquí que en el camarote. Allí hace calor.

El doctor Held ofreció una silla al convaleciente, encendió un cigarro, y fue a reunirse con Yáñez, que, juntamente con Surama, se divertía en mirar los saltos que daban los pobres peces vola-



—Señorita Darma—dijo Moreland acercándose a la joven,—¿me permite usted que me siente a su lado?

dores, perseguidos en el mar por las doradas y por los pájaros marinos en el aire.

El anglo-indio estuvo silencioso durante algunos instantes mirando a la joven, entonces más hermosa que nunca; al cabo dijo con voz en que se advertía una vibración extraña:

—¡Qué felicidad encontrarme aquí al cabo de tantos días de prisión; y al lado de usted todavía, cuando ya pensaba que no volvería a verla después de su fuga de Redjang! ¡Me la jugó usted de veras, señorita!

—¿No me ha guardado usted rencor, Sir Moreland, por haberle engañado?

—Ninguno, señorita; estaba usted en su derecho de recurrir a cualquier astucia para recobrar la libertad. Sin embargo, yo hubiera preferido tenerla prisionera.

—¿Por qué?

—No lo sé; me sentía feliz cerca de usted.

El capitán exhaló un largo suspiro, y después dijo con voz triste:

—¡Y sin embargo, el Destino me impondrá el deber de olvidarla!

Al oir Darma aquellas palabras se puso muy pálida; sin embargo, dijo:

—Sí, Sir Moreland; será preciso inclinarse ante la adversidad del Destino.

—Aún no sé—repuso el capitán—lo que haré para romper con los decretos del hado.

—No olvide usted, Sir, que entre nosotros está la guerra, y que la guerra nos separará para siempre. ¿Qué dirían mi padre, Yáñez y Sandokan si supieran que aceptaba la mano de uno de sus enemigos? ¿Y qué dirían las gentes de usted, cuyo odio hacia nosotros es todavía más profundo, más

encarnizado, más despiadado? ¿Ha pensado usted en eso, Sir Moreland? Usted, uno de los más brillantes oficiales de la marina del *rajá*, a quien su patria ha armado para suprimirnos sin misericordia, ¿podría casarse con la protegida de los piratas de Mompracem? Ve usted perfectamente que es imposible, que es un sueño que nunca se convertirá en realidad, porque el abismo que nos separa es demasiado profundo.

—Nuestro amor colmaría ese abismo, porque el amor no tiene patria.

—Quisiera que así fuese—dijo Darma tristemente. - Sir Moreland, olvídeme usted. El día que esté usted libre, olvídese de mí; vuelva usted al mar, y obedezca a la voz del deber, que le manda exterminarnos. Olvide que en este barco se encuentra una muchacha a quien ha querido, y sin misericordia haga tronar la artillería contra nosotros, y échenos a pique o háganos saltar por los aires. Nuestro destino está escrito con letras de sangre en el gran libro de la vida, y todos estamos dispuestos a afrontarlo.

—¡Yo matar a usted!—exclamó el anglo-indio —¡A todos los demás, sí; pero a usted, no!

Las palabras «los demás» las había pronunciado con tal acento de odio, que Darma le miró con espanto.

—¡Cualquiera diría que tiene usted rencores secretos contra Yáñez y Sandokan, y también contra mi padre!

Sir Moreland se mordió los labios, como si se hubiera arrepentido de haber pronunciado aquellas palabras, y contestó en seguida:

—Un capitán no puede perdonar a los que le han vencido y han echado a pique su barco. Yo es-

toy deshonrado, y necesito el desquite, sea cuando sea.

—¿Y los ahogaría usted a todos?—preguntó Darma espantada.

—¡Hubiera sido mejor que yo me hubiese ido a fondo con mi nave! – dijo el capitán rehuyendo la pregunta de la joven. —¡No volvería a oir ese grito terrible que me persigue!

—¿Qué es lo que usted dice, Sir Moreland?

—¡Nada!—respondió el anglo-indio con voz sorda.—¡Nada, señorita Darma! ¡Divagaba!

Se levantó y empezó a pasear agitadamente, como si ya no sintiese los dolores que debía de producirle la herida, no cerrada por completo.

El doctor Held, que se encontraba cerca, al verle tan agitado se le acercó.

—¡No, Sir Moreland!—le dijo. ¡Esos esfuerzos pueden acarrear graves consecuencias, y por ahora le prohibo que los haga! ¡Todavía no ha cesado mi autoridad sobre usted!

—¿Qué importa que vuelva a abrirsela herida? dijo el anglo indio.—¡Desearía que la vida se me escapase por ella! ¡Así, por lo menos, todo habría terminado!

—No se lamente usted de que le hayamos salvado, Sir—dijo el doctor, cogiéndole del brazo y llevándoselo hacia la cámara.—¿Quién puede decir lo que la suerte le tiene reservado?

—¡Amarguras; nada más que amarguras!—contestó el capitán.

—Sin embargo, ayer parecía que estaba usted contento por hallarse vivo todavía.

El anglo-indio no contestó y se dejó conducir al camarote, pues se había levantado un viento muy fresco.

El *Rey del Mar* continuaba su ruta hacia el Nordeste, sosteniendo siempre una velocidad de siete nudos.

Al mediodía Yáñez y Sandokan tomaron la altura, y vieron que los separaba de Mangalum una distancia de ciento cincuenta millas; distancia que podían recorrer en poco más de veinticuatro horas sin tener que forzar la máquina.

Ambos tenían prisa en llegar, pues el tiempo tendía rápidamente a descomponerse, a pesar de haber amanecido un día magnífico.

Hacia el Sur aparecieron unos *cirrus* blanquecinos, que se iban ensanchando y avanzando lentamente: eran la vanguardia de nubes mucho más densas, y a los dos piratas no les agradaba la perspectiva de dejarse sorprender por un huracán en aquellos parajes llenos de bancos y de escolleras aisladas.

En efecto; el mar de la Sonda, tan abierto a los vientos fríos del Sur y del Oeste, es uno de los peores para los navegantes, porque se forman en él olas tan gigantescas, que ni en el mismo Océano Pacífico se ven de tales dimensiones.

Además, Mangalum no podía ofrecer refugio seguro a un barco de gran porte, pues no tenía más que una rada muy pequeña, solamente accesible a los paraos.

Muy pronto tuvieron confirmación los temores de los dos viejos lobos de mar.

Por la tarde el Sol desapareció entre un espeso velo de vapores de color muy obscuro, y la brisa se había trocado en viento fuerte y bastante fresco.

La calma que reinó en el mar hasta entonces, se había turbado; de cuando en cuando largas oleadas del Sur se estrellaban contra el crucero mu-

giendo sordamente, y le levantaban imprimiendo una brusca sacudida.

—Mañana tendremos mar muy fuerte —dijo Yáñez al doctor Held, que había vuelto a subir a la cubierta.—Si se desencadena el huracán, el *Rey del Mar* va a bailar de un modo terrible. Yo he hecho un crucero por estos parajes y sé lo terribles que son cuando soplan los vientos del Sur y del Oeste.

—Creo que se levantan olas verdaderamente monstruosas; ¿verdad, señor Yáñez?

—De quince metros, y algunas veces alcanzan una altura de diez y ocho; su longitud es inconmensurable.

—Pero Mangalum no debe de estar ya muy lejos.

—Es preciso rodear la isla y alejarse de ella, mi querido señor Held. Mangalum no es más que un gran escollo, y las otras dos isletas que lo flanquean, dos puntas rocosas.

—En ese caso, será una vida poco envidiable la de sus habitantes. Y, sin embargo, no parece que estén descontentos de su tierra, aun cuando se hallan poco menos que aislados del resto del mundo, pues no ven sino de vez en cuando algún que otro barco que va a aprovisionarse de carbón. Tan pocos son los buques que entran en la rada de Mangalum, que el depósito de combustible sólo se renueva cada dos o tres años.

—Dicen que es la colonia más pequeña que existe en el Globo.

—Es verdad, doctor; su población no pasa de cien personas. El año pasado no eran más que noventa y nueve. Cierto que hace años llegaron a contarse ciento veinticinco.

—¿Y por qué ha disminuído?

—Por efecto de un huracán tremendo que arrojó las olas a través de la isla, las cuales asolaron muchas casas y arrastraron multitud de habitantes.

—¿Y por qué no han abandonado la isla los supervivientes?

— Porque a pesar de lo ingrato y mal seguro del suelo, le quieren; además de que en ninguna otra parte podrían gozar de la libertad que tienen en su isla. Aun cuando pertenecen a diversas razas, pues los hay ingleses, americanos, malayos, bugueses, de Macasar y chinos, viven en perfecta armonía y bajo el régimen de una igualdad absoluta.

»Se puede decir que esos isleños han resuelto a su satisfacción el famoso problema social, pues practican algo parecido al comunismo.

»Su jefe es el habitante más viejo de la isla, y sus poderes son limitados. Trabajan para la comunidad, se instruyen unos a otros, y no conocen el valor de la moneda, que para ellos es solamente una curiosidad.

»Hasta las mujeres, que están en mayor número que los hombres, se han dedicado a los trabajos masculinos, con objeto de evitar el peligro que podría acarrear el que se desequilibrase la producción y el consumo.

—¡Es una isla maravillosa!— exclamó el doctor.

—Considerándola desde cierto punto de vista, es admirable, en efecto—dijo Yáñez.

—¿Hace muchos años que está poblada?

—Desde 1810. Antes no había más habitantes que grandes bandadas de pájaros marinos.

»Un desertor inglés llamado Granvill fué el primero que en unión de otro compatriota suyo y de un americano arribó a esa isla.

»Más fuerte que sus compañeros, se proclamó rey de la Mangalum y de los dos islotes vecinos.

»Sin embargo, la realeza que había decretado no le sirvió para gran cosa, porque cuando en 1818 el Gobierno inglés envió un barco para que tomara posesión de la isla, solamente vivía el americano.

»Este poseía mucho oro, mercancía inútil entre aquellas rocas, y que en su patria le hubiera proporcionado grandes goces; pero al invitarle para que volviese a América, se negó terminantemente.

»Poco a poco fueron desembarcando malayos, bugueses e ingleses. En 1865 aumentó la población de golpe, pues un corsario americano que durante la guerra de Secesión había hecho cuarenta prisioneros, los desembarcó en la isla.

»Aquel aumento inesperado hizo durísima la vida de los isleños, pues el buque corsario se olvidó de desembarcar víveres. A pesar de eso, la colonia fué prosperando poco a poco, y continuó aumentando. Probablemente a estas horas el señor Griell, que es el actual gobernador de la isla, tiene más de un centenar de administrados.

—¡Un reyezuelo!

—Que rige bien su reino, sobre todo desde que recibió la visita de un almirante de la escuadra inglesa de la China, que la invistió con el poder supremo por encargo de la reina de Inglaterra.

—¡Sería cosa de ver los honores que habrán rendido al almirante!

—No, señor Held; los honores tuvo que hacerlos él ofreciendo a la colonia un banquete pantagruélico, que aún recuerdan con gran placer los glotones de la isla; y al banquete siguieron muchos regalos, entre ellos el de una bandera inglesa, que Griell conserva como oro en paño.

—Tengo grandes deseos de ver ese reinecito. Supongo que tendremos buena acogida—dijo el doctor.

—Lo dudo—respondió Yáñez,—porque esos isleños no han de querer que disminuyan su provisión de carbón, que ellos consumen en gran parte. Sin embargo, lograremos calmarlos, teniendo, como tenemos, argumentos muy persuasivos. Estamos en guerra, y se la haremos, sin excepción ninguna, a todos los súbditos ingleses.

CAPÍTULO VIII

LA ISLA DE MANGALUM

Durante toda la noche las olas batieron con fuerza los costados del crucero.

El viento había ido en aumento; pero todavía no era tanta su violencia que hiciese difícil la navegación de aquel buque, dotado de magníficas condiciones marineras, no obstante el enorme peso de su artillería gruesa y de las torres blindadas.

Por la mañana apareció el tiempo más amenazador. Las olas se sucedían furiosas, con las crestas llenas de espuma, mugiendo sordamente y rompiéndose con estruendo en el espolón del barco.

Al pasar por encima de la cresta de las olas el viento, levantaba verdaderas cortinas de agua que recorrían el Océano, danzando de un modo desordenado, y que al chocar con la arboladura y las torres del crucero se deshacían en lluvia.

Nubes enormes cubrían el cielo, interceptando

por completo la luz del Sol y proyectando una sombra tétrica sobre el mar.

Los pájaros marinos, verdaderos pájaros de los temporales, se solazaban en el seno y en la cresta de las olas, dejándose conducir por el viento y saludaban a la tempestad con gritos ensordecedores.

Corrían los albatros por entre las olas, y en seguida se elevaban de repente, describiendo vertiginosos círculos; los quebranta-huesos atravesaban las montañas de agua que rodaban por el Océano y volteaban en el aire los llamados fragatas.

Pero el *Rey del Mar* afrontaba admirablemente el huracán, remontando con facilidad las olas que le asaltaban por la proa, y que mugían y bramaban a sus costados.

Sandokan y Yáñez dieron orden a Horward para que activase los fuegos de las calderas, con objeto de poder llegar a Mangalum antes de que el huracán se desencadenase, porque entonces sería peligrosísimo intentar la arribada.

Por la tarde estalló con furor la borrasca, y todavía no se veía el pico de la isla.

La prudencia aconsejaba internarse en el mar, pues así no se exponía el barco al peligro de que el viento lo arrojase contra una roca.

—Esperaremos a que esto se calme antes de acercarnos a Mangalum—dijo Sandokan; —todavía tenemos combustible para un par de días.

El *Rey del Mar* había puesto la proa a Poniente, pues en aquella dirección no había bancos ni escollos. El huracán le batía entonces con inaudita violencia, y le imprimía espantosas sacudidas.

Todo el mundo estaba en la cubierta, incluso Darma y Sir Moreland.

Las olas, que parecían montañas, se volcaban

encima del crucerro lanzando mugidos ensordecedores, oponiéndose a su marcha, y amenazando con llevarle muy lejos de la ruta que seguía.

—Es una borrasca terrible—dijo Sir Moreland a Darma, que se resguardaba entre la torre de popa y la amura del *coffedarm*.—Su barco de usted tiene mucho que hacer para poder dominarla.

—¿Qué? ¿Hay peligro de ir a pique?—preguntó la joven sin que en su voz pudiera observarse el menor indicio de miedo.

—Por ahora, no, señorita. El *Rey del Mar* es un barco a prueba de escollos, y no puede deshacerlo ninguna ola.

—Sin embargo, ¡qué olas tan gigantescas!

—Enormes, señorita. Precisamente en estos parajes alcanzan una elevación espantosa. Retírese usted; éste no es su sitio, señorita. Aquí se corre inminente peligro.

—Si los demás lo afrontan, ¿por qué he de huir yo?

—Son hombres de mar. Retírese usted, señorita, porque ahora se dispone el crucero a virar de bordo, las olas van a barrer la popa, y alguna podría hacer irrupción en la torre.

—¡Me causa tanta pena no poder admirar este huracán en el apogeo de su cólera terrible! ¡Ah! ¡Qué espectáculo! ¡Mire usted, Sir Moreland; mire usted qué olas! ¡Parece que van a envolvernos y a arrastrarnos! ¡Espere usted un minuto más!

—¡Cuidado, señorita; las olas asaltan la popa! ¿Lo ve usted?

El *Rey del Mar*, que luchaba para tomar el largo, encontrándose con frecuencia con la hélice fuera del agua, parecía una mísera cáscara de nuez. Saltaba sobre aquellas montañas líquidas

dando tales bandazos, que hacían temer que perdiese estabilidad en el momento menos pensado; otras veces caía en el abismo, en el cual parecía que se hundía para simpre.

Los golpes de mar se sucedían sin tregua y barrían la toldilla, con grave peligro de los marineros, a quienes arrojaban contra la obra muerta, arrastrándolos algunas veces.

Yáñez y Sandokan miraban indiferentes aquellos furores de la naturaleza. Aferrados al balaustre o pasamanos del puente, tranquilos, impasibles, daban las órdenes con voz tan tranquila como de ordinario.

Tenían demasiada confianza en su barco, y no dudaban que habían de salir incólumes de la tormenta.

Además, habían tomado todas las precauciones para poder afrontarla ventajosamente.

Redoblaron el personal de máquinas y el del timón, hicieron reforzar los cabos de las chalupas, atar la artillería ligera, asegurar la gruesa y cerrar todas las portas, escotillas, etc., para que no entrase en el interior del barco ni una gota de agua.

Durante toda la noche afrontó valerosamente el *Rey del Mar* las iras del huracán, sin alejarse demasiado de los parajes de Mangalum; hacia el mediodía siguiente el viento se calmó, y el barco volvió a tomar su primitiva ruta.

El cielo, sin embargo, seguía amenazador, y todo hacía creer que la tempestad tendría más tarde una segunda parte.

—Apresurémonos, para poder aprovechar estos momentos de relativa calma—dijo Sandokan a Yáñez y a Tremal-Naik.—Las carboneras están casi vacías, y sería una imprudencia muy grave dejar-

se coger por otro huracán con los fuegos medio apagados.

No debían de estar muy lejos de la isla, porque el *Rey del Mar*, sosteniéndose aguas adentro por temor de ser arrojado contra aquella tierra o contra las escolleras que la rodeaban, no se había acercado mucho a las costas del Oeste.

A eso de las diez de la mañana se desgajaron las masas de vapores que aborregaban el cielo, y una montaña se dibujó claramente en el horizonte.

—¿Es Mangalum?—preguntó Tremal-Naik a Yáñez, que la miraba con el anteojo.

—Sí—respondió el portugués.—Apresuraremos la marcha, y haremos rabiar a esos isleños y a su minúsculo gobernador.

El *Rey del Mar* aumentó la velocidad de la marcha, consumiendo sus últimas toneladas de carbón. La montaña iba agrandándose a ojos vistas. Era una gran ondulación del terreno cubierta por una vegetación muy espesa y verdeante, y en su base y en un repliegue de la costa se veía el puertecito.

—Dentro de dos horas llegaremos—dijo Yáñez al indio.

El portugués no se había engañado: todavía no era mediodía, cuando el *Rey del Mar* se encontró frente a la pequeña rada, en cuya playa se veían grupos de cabañas y barcas en seco.

—¡Arrojar el escandallo!—gritó Sandokan.—A ver si tenemos agua suficiente para entrar.

Sambigliong, con varios marineros armados de sondas, había ido a proa para medir la profundidad del agua, mientras que el *Rey del Mar* moderaba rápidamente su velocidad.

Al ver aparecer aquel enorme barco, los habi-

tantes de la isla, en su mayoría pertenecientes a la raza blanca, se apresuraron a salir de sus cabañas, y, creyéndole inglés, fueron corriendo a enarbolar en la entena de señales la preciosa bandera que les había regalado el almirante del Mar Amarillo.

Eran unos cincuenta, entre hombres, mujeres y niños; éstos saltaban alegremente por los montones de algas gigantescas que cubrían las orillas de la minúscula bahía, creyendo quizás que iban a regalarlos con un nuevo banquete digno de Gargantúa, como el que les ofreciera el almirante británico.

Después de haber recomendado a los timoneles que tuvieran siempre al *Rey del Mar* al largo de la playa, Sandokan dió orden de echar al agua la chalupa de vapor y las dos balleneras mayores, pues las olas seguían siendo muy fuertes.

—Veo el carbón—dijo.

—Y yo, los bueyes que están paciendo en los cercados—contestó el portugués.

—Me parece que la carrera que hemos dado no habrá sido en balde—añadió el Tigre de la Malasia.—Por lo menos aquí no habrá que temer que hagan resistencia.

En las chalupas había ya treinta malayos armados con fusiles y *kampilangs;* el embarque había costado gran trabajo por efecto del oleaje.

El *Rey del Mar* se colocó de través; en seguida se echó una buena cantidad de aceite bajo viento y contraviento, lográndose obtener así una calma relativa.

El agua se encalmó en el trozo comprendido entre el buque y la isla, y el desembarco pudo efectuarse con facilidad.

Por mandato de Yáñez, la chalupa de vapor to-

mó a remolque las dos balleneras y se dirigió rápidamente hacia la playa, en la cual se abría una pequeña cuenca llena de algas, que daba paso a otra más amplia y completamente limpia.

La travesía la habían hecho en cinco minutos.

Yáñez, que asumió el mando de la expedición, fué el primero que desembarcó entre la minúscula población de isleños, preguntando por el gobernador.

—Soy yo, señor—contestó un viejo que vestía un traje de tambor mayor del ejército inglés por lo solemne de las circunstancias. -- Soy muy feliz en ver y saludar a un capitán de Su Majestad la Reina de Inglaterra.

—Señor gobernador, la Reina de Inglaterra no tiene nada que ver con nosotros.—respondió Yáñez, mientras que sus hombres desembarcaban y cargaban sus fusiles.—Quiero decir, que no soy representante del Imperio británico.

—¿Qué es lo que dice usted, señor?—exclamó el viejo inquieto.

—¿Según parece, no tiene usted noticias frescas de lo que sucede en el mundo?

—Por aquí no viene más que algún que otro barco, y no han vuelto a dejarse ver los almirantes ingleses.

—Entonces, tengo el disgusto de informar a usted que nosotros estamos en guerra con Inglaterra, por cuya razón debe usted considerarnos como a enemigos.

—¿Y vienen ustedes a conquistar la isla?—exclamó el gobernador palideciendo.—¿Quiénes son ustedes? ¿Holandeses quizás?

—Nosotros somos los tigres de Mompracem.

—He oído hablar vagamente de ustedes.

—¡Tanto mejor! Pero puede usted tranquilizarse: no tenemos intención de destituir a usted, y mucho menos de apoderarnos de su isla, señor Griell.

—Entonces, ¿qué es lo que desean?—preguntó temblando el gobernador.

—¿Es cierto que tienen aquí los ingleses un pequeño depósito de carbón?

—Sí, señor; pero nosotros no podemos disponer de él, sino el Gobierno de la Gran Bretaña: por lo tanto, comprenderá usted que no puedo tocarle sin antes haber recibido una orden del Almirantazgo.

—Esa orden haré que se la den más tarde—respondió Yáñez.—Ese carbón que no puede usted defender, es nuestro por derecho de guerra; y si quiere usted evitar daños, dentro de una hora es preciso que me traigan agua dulce y víveres: pasado ese tiempo, mis hombres destruirán las viviendas y las plantaciones de todos ustedes.

—¡Señor—exclamó el pobre gobernador,—protesto contra esa violencia!

—Debía usted protestar contra el Almirantazgo, que no ha pensado en enviar aquí una escuadra para defenderlos—dijo Yáñez con voz seca.—¡Vamos; aquí espero reloj en mano!

—¡Es un acto de piratería!

—Llámelo usted como quiera, que a mí me tiene sin cuidado. ¡Que se retiren todos, o mis hombres harán fuego!

Esta amenaza, formulada en lengua inglesa, obtuvo un resultado inmediato. Los isleños, que ya miraban de través a los corsarios, ante el miedo de que efectivamente les hiciesen una descarga, se

dispersaron en seguida, yendo a refugiarse en sus viviendas.

Únicamente el gobernador, por el prestigio de su dignidad, se retiró el último, llamando a consejo a tres o cuatro colonos viejos, que serían, a no dudarlo, los personajes más influyentes y respetados de la isla.

Sin tomarse el trabajo de esperar las decisiones del gobernador, Yáñez se dirigió hacia el depósito de carbón, que se hallaba situado en el extremo de la bahía bajo un gran cobertizo.

Había acumuladas allí por lo menos seiscientas toneladas de combustible: provisión no despreciable; pero su transbordo había de exigir mucho tiempo.

Volvieron a bordo dos chalupas, con objeto de conducir a tierra otros ochenta hombres de refuerzo, y comenzó el acarreo, a pesar de lo pésimo del tiempo y de los furiosos aguaceros que se sucedían a cada cuarto de hora.

Mientras que trabajaban de un modo febril malayos y dayakos, Yáñez, que se había sentado bajo el cobertizo, contaba los minutos reloj en mano y con el cigarrillo entre los labios, resuelto a tomar una determinación violenta.

Reunió cerca de sí una docena de fusileros que no esperaban más que una orden para entrar a saco en las viviendas de los isleños y destruir sus plantaciones.

Pero no había transcurrido todavía la hora cuando aparecieron algunos colonos conduciendo hacia la bahía unas cincuenta cabras y otras tantas ovejas, animales todos ellos de buen aspecto y hermosa raza, con los cuales se podrían hacer soberbios biftecs.

El gobernador, acompañado por sus consejeros,

los precedía. El pobre hombre parecía muy afligido; pero también manifestaba la cólera de que se hallaba poseído.

—Señor—dijo acercándose a Yáñez,—cedo a la fuerza; pero haré presente mi queja al Almirantazgo.

En lugar de contestarle, el portugués sacó de su cartera un talón y se lo dió.

—¿Qué es esto?—preguntó sorprendido el gobernador.

—Es un *cheque* de quinientas libras esterlinas, que puede usted cobrar o hacer que se lo cobren en Pontianak, donde residen nuestros banqueros. Esos animales pertenecen a los administrados de usted, y se los pagamos; el carbón pertenece al gobierno inglés, y se lo cogemos. Ahora déjenos usted tranquilos y no vuelva a cuidarse de nosotros.

—Hubiera preferido quedarme con mis animales, que nos son bastante más útiles que el dinero de usted—respondió irritado el gobernador.

Probablemente, no sería sólo esto lo que habría querido decirle si hubiese podido; pero al ver que los fusileros levantaban los fusiles, se batió en retirada prudentemente, seguido de sus consejeros.

Mientras tanto desembarcaron más hombres con más chalupas; y como entre el *Rey del Mar* y la playa las aguas estaban bastante tranquilas, pues el buque se oponía con su masa al embate del oleaje, la operación de estibar el combustible prosiguió con actividad febril.

Todos rivalizaban en apresuramiento. Mar afuera, las olas se encrespaban por momentos, deshaciéndose con rabia contra los escollos; el tiempo por su parte no tendía a aclarar ni mucho menos,

y el embarque de aquella masa de combustible requería muchas horas de trabajo.

Montes de carbón cayeron en las carboneras durante el día y buena parte de la noche. Al día siguiente fué Tremal-Naik a relevar a Yáñez. El mar se había calmado algo, aun cuando el tiempo seguía amenazador, y el portugués propuso a Sir Moreland hacer una correría por una de las dos isletas que flanqueaban a Mangalum, con objeto de cazar pájaros marinos. Como Surama se hallaba indispuesta por efecto del mareo que la atormentaba, dijo a Darma si quería acompañarlos; tanto más, cuanto que la joven era una gran cazadora.

Después de almorzar, el anglo-indio, el portugués y la muchacha, armados con escopetas, se embarcaron en una ballenera pequeña y se dirigieron a la isleta de Poniente, que era un enorme escollo cuya cumbre alcanzaba una altura de setecientos a ochocientos pies, y que caía a plomo sobre las aguas por tres de sus lados.

En los salientes de las rocas se veían revoloteando miles de pájaros. La mayor parte eran albatros blancos y negros, que aun cuando viven juntos en los islotes desiertos, se hallan separados según el color de sus plumas. Sin embargo, no faltaban otras muchas clases de aves de mar, mucho mejores desde el punto de vista del arte culinario.

Yáñez dirigía la chalupa, y en menos de media hora aproaron en la base del escollo y en una playa de algunos centenares de metros.

Atada la embarcación detrás de una línea de rocas que la resguardaba de las acometidas de las olas, Darma y los dos cazadores treparon por los costados del gran peñasco, y comenzaron a disparar sobre las espesas bandadas de pájaros, que re-

voloteaban en tal número sobre su cabeza que algunas veces obscurecían el Sol.

Albatros blancos y negros, quebranta huesos, los llamados gavieros y gaviotas caían por docenas en la playa, las demás aves ni siquiera se tomaban el trabajo de abandonar las altas grietas en las cuales habían anidado.

La cacería se prolongó hasta muy cerca de la puesta del Sol, con gran contentamiento de Sir Moreland, que también era un magnífico tirador; pero como estaba la mar gruesa y se había levantado un viento muy violento, decidieron emprender la vuelta a toda prisa.

Iban á embarcarse, cuando oyeron la sirena del crucero que silbaba con insistencia.

—Nos llaman—dijo Yáñez.—Ya han concluído de cargar, y el *Rey del Mar* se dispone para hacerse a la mar.

Pero de pronto arrugó el entrecejo, al ver las olas que se estrellaban en el escollo con violencia terrible.

—¿Habremos cometido una imprudencia en tardar tánto? - se preguntó.—¡Qué malo está el mar!

—¡Apresurémonos, señor Yáñez! - dijo Sir Moreland mirando a Darma con inquietud.

—¡Me parece que va a costarnos trabajo poder llegar a bordo!

La sirena del crucero continuaba silbando, y se veía a los marineros que les hacían señales.

—Parece que nos indican que no salgamos a mar abierto – dijo Yáñez. – ¿Estará peor de lo que creíamos del otro lado de las escolleras? ¡Bah! ¡Hagamos la prueba!

Agarró los remos, y lanzó resueltamente a la chalupa fuera de la minúscula ensenada; pero

apenas rebasaron la línea de los escollos una ola enorme, una verdadera montaña de agua cayó sobre ellos, y por poco los echa a pique.

Casi en aquel mismo instante vieron que el crucero, acometido por otra oleada más grande todavía procedente del Sur, salía bruscamente empujado hacia la embocadura de la rada de Mangalum. El terrible golpe de mar debía de haber roto la cadena del ancla.

—¡Señor Yáñez!— gritó Darma llena de espanto. —¡Huye el *Rey del Mar!*

Nuevas montañas de agua se debatían con furor entre la isla y el crucero, al propio tiempo que la noche caía rápidamente.

—Volvámonos, señor Yáñez—dijo Sir Moreland. —El crucero ha sido empujado hacia fuera, y...

No concluyó la frase. Una ola enorme que se precipitó sobre la chalupa, la volcó y arrojó a todos al agua.

Rápido como el pensamiento, Yáñez se abalanzó al salvavidas que iba atado al banco de popa, y sujetó a Darma por un brazo.

Apenas pasada la ola, vió que también el anglo indio se sostenía cogido al otro salvavidas de proa.

—¡Sir Moreland!— gritó.—¡Ayúdeme usted!

Se le había escapado Darma; pero el traje azul que vestía la joven volvió a aparecer a poca distancia de ambos.

El portugués, que era un admirable nadador, se puso en un par de brazadas al lado de la niña, llegando a tiempo de agarrar el vestido.

—¡Sir, ayúdeme usted!— repitió con voz ahogada.

El capitán parecía que había recobrado de golpe todas sus fuerzas en aquel instante supremo.

.. una ola enorme, una verdadera montaña de agua cayó sobre ellos.

Mientras con la mano izquierda apretaba el salvavidas, con el brazo derecho suspendió a la joven por el cuello y le levantó la cabeza.

—¡Señorita, agárrese usted bien! ¡Estamos aquí el señor Yáñez y yo! ¡La salvaremos!

Al sentirse cogida y suspendida, Darma abrió los ojos. Estaba tan pálida como un lirio, y sus miradas expresaban un terror profundo.

Al ver el salvavidas que el anglo-indio empujaba hacia ella, se agarró a él con una energía colosal.

—¡Usted, Sir!...—balbuceó.

—¡Y yo también, Darma!—dijo Yáñez.—¡No te sueltes! ¡Cuidado! ¡Nos embiste otra ola!

—¡Una cuerda!—gritó el capitán.—¡Ate usted el salvavidas!

—¡Mi cinturón!—contestó el portugués.—¡Usted! ¡Tómelo usted! ¡Cuidado!... ¡La ola!...

El anglo-indio ató con rapidez verdaderamente maravillosa los dos anillos de corcho. Apenas había hecho el nudo, cuando se les fué encima una ola gigantesca.

Instintivamente los dos hombres apretaron contra sí a la muchacha, sosteniéndola con un brazo.

Se sintieron arrebatados, después lanzados a lo alto entre torbellinos de espuma que los cegaban, y, por último, precipitados en una sima espantosa que parecía no tener fondo.

—¡Señor Yáñez!... ¡Sir Moreland!—gritó la joven.—¿Adónde descendemos?

—¡Ánimo, señorita!—respondió el capitán.—¡No está lejos la tierra, y las olas nos empujan! ¡Ya vuelve a elevarnos otra ola!

—El islote se halla frente a nosotros y a menos

de quinientos metros—dijo Yáñez.—Sir Moreland, ¿podrá usted resistir?

—Así lo espero—respondió el capitán.

—¿Y la herida?

—¡No se preocupe usted de ella! Está bien fajada y casi cerrada. ¡Otra ola!

Otra ola, en efecto, los cogió por debajo, los levantó casi hasta tocar las nubes, y volvió a precipitarlos con vertiginosa rapidez.

—¡Dios mío, qué golpes!—dijo Darma.

—¡No deje usted el salvavidas!—dijo el capitán. —¡Nuestra salvación está en estos anillos de corcho!

—¿Se ve todavía el *Rey del Mar?*

—Ha desaparecido, empujado por el huracán—contestó Yáñez.—Pero no tengas cuidado: Sandokan y Tremal-Naik no han de abandonarnos. ¡Aquí está el escollo! ¿No iremos a parar contra las rocas? Sir Moreland, no se deje usted arrastrar.

El capitán no contestó. Miraba hacia el enorme escollo, cuya cumbre aparecía cubierta de nubes tempestuosas.

De pronto lanzó un grito de alegría.

—¡La calma, el aceite!—exclamó.—¡Brahma nos protege!

¿Se había vuelto loco el anglo-indio? No; Sir Moreland había visto bien.

Delante de ellos se calmaban las olas repentinamente.

Durante el embarque del carbón, Sandokan había mandado derramar en derredor del buque algunos barriles de aceite para tranquilizar las aguas y que pudiesen abordar las chalupas cargadas de combustible.

Aquella materia oleosa, empujada por alguna corriente, se había acumulado delante del terrible

escollo formando una zona brillante de varios kilómetros de longitud y de algunos cables de anchura.

Bien conocida es la propiedad milagrosa que tienen las materias grasas para apaciguar las olas enfurecidas. Con algunos barriles hay a menudo suficiente para obtener una calma relativa en derredor del barco, pues el aceite tiende a extenderse mucho. El derramado por la tripulación del *Rey del Mar* en aquellas catorce o quince horas fué bastante para establecer cierta tranquilidad entre las tres islas.

—¡Sí, el aceite!—contestó Yáñez,—¡Otra ola, y llegaremos a la zona pacífica!

Una nueva ola llegaba mugiendo y bramando. Tenía una altura de quince metros por lo menos, y su cresta estaba llena de espuma. Su longitud alcanzaba varias millas.

Cogió a los náufragos, los elevó hasta la cumbre y en seguida los arrojó hacia adelante; pero apenas penetró en la zona oleaginosa, perdió de repente su ímpetu y se deslizó bajo el aceite, transformándose como por arte de encantamiento en una larga ondulación, privada de toda violencia.

—¡Estamos en salvo!—gritó el portugués.—¡Sir Moreland, un esfuerzo más, y llegaremos al islote!

El anglo indio le miró sin abrir la boca. Estaba muy pálido y de sus labios salía un ronco silbido.

Probablemente había vuelto a abrírsele la herida recién cerrada, con los esfuerzos incesantes que había hecho, y también por lo prolongado de su inmersión en el agua. Sus fuerzas se agotaban rápidamente.

—¡Sir—dijo Darma, que se hizo cargo en seguida de lo que sucedía,—usted está malo!

—¡No es nada...! La herida...—contestó el capitán con voz apagada.—¡Bah! ¡Resistiré... cerca... de usted... señorita...! ¡La tierra... está... allí...!

Las oleadas que siguieron les empujaban con suavidad hacia el escollo, cuya imponente mole se alzaba gigantesca a menos de un cable de distancia.

Si el Océano parecía tranquilo en el espacio adonde había llegado la grasa, más allá estaba hecho una furia.

Olas enormes se sucedían unas a otras con espantoso estruendo, y sobre los náufragos rugía el viento con rabia sin igual en competencia con los truenos que retumbaban en las nubes.

Los náufragos estaban ya casi a cubierto de los furores de la borrasca, y se dirigían siempre hacia el centro de la mancha de aceite abriéndose paso por entre enormes aglomeraciones de algas.

—¡Salgamos pronto de aquí, Sir Moreland!—dijo Yáñez, que nadaba con gran vigor remolcando los dos salvavidas.—¡Estas aguas saturadas de aceite van a dejar nuestras ropas en un estado lastimoso! ¡Pareceremos balleneros o cazadores de focas!

—¡Sí; apresurémonos!—contestó Darma.—¡Sir Moreland ya no puede más!

—¡Cierto, no puedo negarlo!—respondió el anglo-indio, que se movía fatigosamente.

—Otro menos robusto y menos enérgico que usted, se hubiera ido a fondo a estas horas—dijo Yáñez.

—¡Ah! ¡Siento las algas bajo los pies! ¡Dejémonos llevar por las olas!

Su buena suerte los había empujado hacia la playa donde habían estado cazando por la tarde.

Algunos montones de hierbas marinas de las llamadas por los isleños *beccalumgas* asomaban por entre las hendiduras de las rocas; más arriba no había nada: las peñas, de color negruzco, estaban desnudas por completo, y parecía como si las hubiesen teñido torrentes de pez que descendieran de la cumbre.

Los tres náufragos fueron a caer dulcemente en la tierra arenosa empujados por la última oleada. Ya era tiempo: Sir Moreland estaba a punto de soltarse.

Yáñez ayudó a Darma a subir a la playa, pues el anglo-indio apenas tenía fuerzas para moverse.

—¡Los salvavidas!—balbuceó Sir Moreland.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Es verdad!—contestó Yáñez.—¡Son demasiado útiles para que los dejemos perderse!

Volvió a descender a la playa, y los sacó a la arena.

—¿Cómo se siente usted, Sir Moreland?—preguntó Darma en seguida.

—Un poco débil, señorita; pero todo pasará. Afortunadamente, no ha vuelto a abrirse la herida.

—Busquemos un sitio donde resguardarnos—dijo Yáñez.—Con este huracán, que cada vez se hace más violento, no podrá el *Rey del Mar* volver tan pronto.

—¿Correrá algún peligro, señor Yáñez?

—No lo creo, Darma. Resistirá maravillosamente esta segunda prueba. Por fortuna, ha completado a tiempo su provisión de combustible.

—¿De modo que nos veremos precisados a pàsar aquí la noche?—dijo Darma.

—Nadie vendrá a importunarnos; en estas rocas no habrá panteras negras. Refugiémonos en este saliente, y esperemos a que amanezca.

El portugués cogió un brazado de algas, y se dirigió hacia una roca cuya cima ofrecía un resguardo bastante grande para que pudieran estar a cubierto los tres náufragos.

Sir Moreland y Darma le siguieron llevando cada uno otro brazado de algas para tener un asiento menos duro que el que podía proporcionarles la dura peña.

CAPÍTULO IX

LA TRAICIÓN DE LOS COLONOS

El huracán persistió con extraordinaria violencia durante toda la noche, acompañado de aguaceros como diluvios, los cuales, corriendo a lo largo de los flancos del gigantesco escollo, se precipitaban en la playa en forma de pequeñas cascadas y empapaban a los tres náufragos.

Los truenos eran ensordecedores; retumbaban entre las nubes tempestuosas, y en lo alto de la cumbre del islote se oía rugir el viento con furor inusitado.

El mar estaba espantoso entre las tres islas. Montañas de agua se volcaban incesantemente sobre la playa, mugiendo en derredor de la escollera, saltando, cabalgando unas en otras. La espuma, arrastrada por las ráfagas, llegaba hasta debajo de la peña donde se habían refugiado los tres náufragos, con gran disgusto de Darma.

—¡Qué horrorosa noche! —decía la niña.— ¿Qué le habrá sucedido a nuestro barco? ¿Podrá el señor Sandokan hacer frente a la tempestad? ¿Qué me

dice usted, Sir Moreland: usted, que también es marino?

—Que el barco no corre ningún peligro—contestó el anglo-indio. – Habrá sido empujado bastante lejos, probablemente, y el Tigre de la Malasia se habrá visto forzado a ponerse a la capa para huir del huracán. Esta es la región de las tempestades.

—Así, pues, ¿no sabemos cuándo podré volver a ver a mi padre?

—En estos lugares los huracanes son muy violentos; pero, en cambio, no duran mucho – dijo Yáñez. —Los hay, sin embargo, tan furiosos, tan grandes, que muchas veces ni los mismos barcos de vapor pueden resistirlos. Después de todo, aquí no se está muy mal; noches peores he pasado. ¡Lo peor es que mis cigarros se han puesto inservibles! ¡Bah; ya me resarciré de este ayuno!

—Señor Yáñez—dijo el anglo-indio,—¿nos habrán visto arribar los isleños?

—Es probable.

—¿No ha pensado usted que pueden venir a hacernos prisioneros para vengarse de nosotros por el carbón que les han cogido?

—¡Por Júpiter!—exclamó el portugués.—¡Me pone usted en cuidado, Sir Moreland! También podría usted llamarlos en su cualidad de súbdito inglés, y mandar que me detuviesen. Estaría usted en su derecho, siendo, como es, enemigo nuestro.

El anglo-indio le miró sin responder, y por último dijo casi secamente:

– Eso no lo haré, señor Yáñez. Por hoy debo estarle reconocido: lo que me pesa bastante; pero no por eso he de olvidarlo.

—Otro que no fuese usted, no desperdiciaría una ocasión como ésta.

—Ocasión que no sería muy oportuna, porque no tardaría el *Rey del Mar* en venir a libertar a usted y en tomar dura venganza.

—¡Eso sí que no lo dudo!—respondió riendo el portugués.—En fin, dejemos esta conversación y procure usted descansar. Está usted mucho más fatigado que yo, y la noche va a ser larga.

Darma y el anglo indio tenían, en efecto, gran necesidad de reposo; y a pesar de los rugidos del mar y de los formidables estampidos de los truenos, no tardaron en caer rendidos sobre las algas.

Yáñez, más robusto y más acostumbrado a las vigilias, quedó de guardia.

De cuando en cuando se levantaba, y sin cuidarse del diluvio que caía y de las oleadas de espuma que las olas arrojaban sobre la roca, descendía hasta la playa para mirar al mar.

Esperaba que de un momento a otro vería lucir entre las tinieblas los faroles del crucero; pero su esperanza se desvanecía siempre: no aparecía ningún punto luminoso entre aquel antro de aguas mugidoras.

Cuando no iluminaba el horizonte la luz de los relámpagos, aquella masa líquida parecía negra, como si los torrentes que caían de las nubes fuesen de alquitrán.

Ya cerca del alba comenzó a ceder algo la tempestad alejándose hacia el Este, o sea en la dirección seguida por el crucero. El viento había cedido, aun cuando siguiera oyéndosele bramar en la cumbre de aquel gigantesco escollo.

También las olas comenzaban a decrecer, y ya no se rompían en las rocas con la furia con que lo habían hecho durante la noche.

Suponiendo Yáñez que Darma y el anglo indio seguirían durmiendo, salió del refugio en busca de algo con que desayunarse.

—Nos contentaremos con huevos de pájaros marinos—pensó.—Después de todo, no son tan malos como se cree.

Había visto en una especie de plataforma que se extendía a unos cuarenta metros de altura algunos nidos de pájaros; el portugués comenzó a subir por las grietas y resaltos que hacían accesible por aquel lado el colosal escollo, por lo menos hasta cierta altura.

Había ascendido ya unos quince metros, cuando de improviso llegaron hasta él gritos que parecían venir de lejos.

Presa de repentina inquietud, Yáñez se volvió rápidamente, agarrándose con fuerza a la punta de una roca.

Una larguísima chalupa montada por media docena de isleños entraba en aquel momento en la minúscula rada.

—¡Por Júpiter!—exclamó al mismo tiempo que se dejaba escurrir por la roca abajo.—¡Nos han estropeado la combinación! ¿Cuánto apostamos a que me hacen pagar el carbón metiéndome una onza de plomo en la cabeza?

Así que estuvo abajo se precipitó en el refugio, gritando:

—¡En pie, Sir Moreland!

—¿Ha llegado el *Rey del Mar?*—preguntaron a una voz el capitán y Darma.

—Lo que ha llegado ha sido otra cosa muy distinta—respondió Yáñez.—¡Son los isleños, que van a desembarcar!

—¿Nos han visto?—preguntó Sir Moreland.

—Lo temo, porque yo estaba hace un momento en lo alto de las rocas.

—¿Y dónde están?—preguntó Darma.

—Remontando la escollera: dentro de un momento los veremos aquí.

—¿Nos harán prisioneros?

—Es probable—respondió el anglo-indio, en cuyos ojos brilló una luz extraña.

—Voy a espiarlos—dijo Yáñez metiéndose entre las dunas.

—Sir Moreland—dijo Darma así que se quedaron solos y viéndole pensativo,—¿se vengarán esos isleños en el señor Yáñez?

—No lo dudo: le harán pagar caro el carbón.

—Pero usted que viste el uniforme británico, podrá salvarle.

—¡Yo!—dijo el anglo-indio, como si le causara asombro lo que acababa de oir.

—¡Qué! ¿No se opondrá usted a que le arresten?

Sir Moreland cruzó los brazos y se quedó mirando a Darma. Su frente se había nublado, su rostro tomó una expresión de dureza casi salvaje, y brilló en sus ojos un fuego sombrío.

—¿No hará usted eso, Sir Moreland?—repitió la niña.—¡No olvide usted que ese hombre le ha salvado de la muerte, y que le ha tratado, no como a un enemigo, sino como a un huésped!

El capitán seguía callado; parecía librarse en su corazón un áspero combate, a juzgar por las diversas emociones que se reflejaban en su rostro.

—¡Es un enemigo!—dijo al cabo con voz sorda.

—¡Sir Moreland! ¡No me obligue a perderle el cariño que le tengo! Yo también debo al señor Yáñez mi vida y la de mi padre.

El anglo-indio hizo un gesto que parecía indicio

de una explosión de cólera; pero lo reprimió en seguida.

—¡Sea!—dijo.—¡De ese modo no tendré que agradecerle nada!

En seguida salió del refugio, y lleno de colérica agitación, iba murmurando con tétrico acento:

—¡Algún día lograré encontrarle frente a frente!

En aquel momento desembarcaban los hombres de la chalupa, que eran todos blancos e iban armados de fusiles. Entre ellos figuraba uno de los consejeros del gobernador.

Uno de los isleños, que debía de haber visto a Yáñez, remontó la duna detrás de la cual trataba de ocultarse el portugués, y gritó con voz amenazadora:

—¡Es inútil que te escondas, corsario! ¡Muéstrate!

El portugués no se hizo repetir la invitación y se levantó, diciendo con aire de burla:

—¡Buenos días, señor mío, y muchas gracias por esta visita tan matutina!

—¡Tienes una frescura sin límites, ladrón!—dijo el isleño.—¿No eres tú uno de los que se nos han llevado el carbón?

—¡Un ladrón! ¡Un ladrón de carbón!—exclamó el portugués.—¿Qué quieres decir? ¡No te entiendo!

—¿No formaba usted parte de la tripulación de aquel barco de piratas?

—¿Qué piratas? Yo soy un náufrago, y no he robado nunca nada a nadie. Soy un hombre honrado, un caballero.

—¡No; usted debe ser uno de aquellos ladrones!

Una voz que parecía muy indignada gritó en aquel instante detrás de la duna: era Sir Moreland que llegaba casi corriendo.

—¿Es a nosotros a quienes llama usted ladrones?—gritó.—¿Quién es usted para atreverse a ofender a un capitán de la marina anglo-india y del *rajá* de Sarawak?

Al ver aparecer aquel nuevo personaje que vestía el uniforme de comandante, aun cuando se hallaba en un estado deplorable después del baño en las olas de aceite, el isleño se quedó mudo.

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Por qué nos amenaza?—preguntó el anglo-indio simulando viva cólera.

—¡Un capitán inglés!—exclamó por fin el isleño.—¿Qué lío es éste?

Hizo portavoz con las manos, y volviéndose hacia la playa, gritó:

—¡Eh! ¡Compañeros! ¡Venid acá!

Otros cinco hombres, también armados con fusiles viejos de los que se cargaban por la boca, corrieron hacia la duna en actitud amenazadora; pero al ver a Sir Moreland bajaron en seguida las armas y se quitaron los sombreros de tela encerada.

—Capitán—interrogó el jefe,—¿cuándo ha arribado usted?

—Anoche, juntamente con mi hermana y este compañero mío. Nos hemos librado de un naufragio espantoso—contestó Sir Moreland.

—Los conduciremos a Mangalum, y allí tendrán ustedes hospitalidad. Además, no estarán ustedes mucho tiempo entre nosotros.

—Qué; ¿debe arribar pronto algún barco?

—Hemos visto un pequeño buque de guerra, que parece inglés, hacia las costas septentrionales de la isla. Pero el huracán que se desencadenó en seguida que se marcharon los piratas ha debido de empujarle hacia alta mar.

—¿Cuándo le han visto ustedes?

—Ayer tarde, un poco antes de la puesta del Sol. ¿Sería quizás el de usted?

—No; el mío se ha ido a pique a cuarenta millas de distancia de aquí, algunas horas antes de que apareciese el otro.

—¿Iba usted dando caza al corsario?

—Trataba de eso.

—¡Qué desgracia! ¡Si hubiera usted llegado primero, no se hubieran atrevido a importunarnos aquellos ladrones!

—Ya volveremos a perseguirle.

—Pero, perdóneme usted, capitán, ¿dice usted que este hombre es amigo suyo?

—Y es verdad—contestó Sir Moreland.—Se salvó conmigo y con mi hermana.

—Pues se parece a uno de aquellos ladrones.

—Este hombre es un honrado negociante de Labuan.

—¡Ah!—dijo el jefe de la chalupa.

Durante este coloquio había llegado Darma. Al verla los isleños la saludaron cortésmente y la ayudaron a embarcarse. Yáñez, que había quedado impasible, se había colocado a proa y procuraba en vano encender un cigarro.

Sin embargo, su tranquilidad era ficticia, pues le preocupaba mucho la inminencia de la arribada de aquel pequeño barco de guerra avistado por los isleños.

—¡Se enreda el asunto!—murmuraba.—Este anglo-indio tomará el desquite, no hay que dudarlo, y me conducirá prisionero a ese barco, si no me sucede algo peor. ¡Además, estos isleños me miran con unos ojos!... ¡Dudo mucho que hayan creído la historieta de Sir Moreland!

A todo esto la chalupa se había alejado de la playa. Cuatro hombres empuñaban los remos, el quinto se puso a proa al lado de Yáñez, y el jefe tomó la barra del timón.

Este último era un hermoso viejo, muy barbudo y bronceado. Yáñez le reconoció como uno de los cuatro consejeros del gobernador.

No se equivocaba, porque el isleño fijaba de cuando en cuando sobre él con verdadera obstinación sus ojos azules. Sin embargo, hasta entonces no había dado muestra alguna de desconfianza, ni tampoco respecto de Darma; antes bien, le había ofrecido el puesto de honor a popa, y le echó su chaqueta de tela encerada sobre los hombros.

Fuera de la ensenada, el mar estaba muy agitado todavía. Frecuentes olas levantaban la chalupa bruscamente, sacudiéndola de un modo brutal, y precipitándola de improviso en el vacío.

Sin embargo, los remeros luchaban con gran vigor, sin desfallecer ante el ímpetu de la marejada. Eran todos hombres robustísimos y acostumbrados a aquellas luchas, casi eternas en derredor de sus islas, batidas por los vientos impetuosos del Sur.

Ya fuera de las escolleras, izaron una pequeña vela triangular, y, mejor equilibrada la chalupa, vogó con mucha velocidad hacia Mangalum, que no estaba muy lejos.

Durante el viaje no pronunciaron los isleños una sola palabra. El jefe miraba con frecuencia de soslayo a los tres supuestos náufragos, deteniendo especialmente la vista en Yáñez.

La travesía se realizó con toda felicidad, aun cuando ya cerca de Mangalum arreció el ímpetu de las olas; por fin, después de mediodía la chalupa se detuvo en la extremidad del puertecito.

—Desciendan ustedes—dijo el jefe ayudando a Darma.—Aquí estarán mejor que en las rocas del islote.

Pronunció estas palabras con acento casi burlón, que no se le ocultó a Yáñez.

—¡Este viejo tunante debe de haberme reconocido!—murmuró el portugués.—¡Si el *Rey del Mar* no vuelve pronto, me parece que la aventura no va a terminar muy bien para mí; y por su parte, Sir Moreland se ha metido en un verdadero lío!

También el anglo-indio debía de haberse hecho cargo de que había jugado una mala carta, porque parecía muy preocupado.

Los isleños dejaron en seco la chalupa para que no pudiera arrastrarla la resaca, que se hacía sentir con gran violencia aun dentro de la ensenadita; se echaron los fusiles al hombro, se reunieron a toda prisa con los náufragos y los rodearon.

—¿Adónde nos conducen ustedes?—preguntó Sir Moreland, que a cada momento aparecía más inquieto.

—A mi casa—respondió el jefe.

No había salido ningún isleño de sus habitaciones, las cuales se veían escalonadas a lo largo del declive. Probablemente, no se percataron del regreso de la chalupa y preferían estar en sus cabañas, pues comenzaba a llover otra vez.

El jefe atravesó una especie de plaza y condujo a los náufragos a una casita de bonita apariencia, parte de ella construída con madera y parte con piedra. En lo alto de su tejado, que terminaba en punta, flameaba una tela roja, restos, probablemente, de una bandera inglesa.

Abrió la puerta e invitó a entrar al anglo-indio, a Darma y a Yáñez; en seguida, mientras sus hom-

bres armaban precipitadamente los fusiles, se volvió hacia un viejo que estaba fumando en un ángulo de la habitación cerca de una ventana, y le preguntó, indicándole a Yáñez:

— Señor gobernador, ¿conoce usted a este hombre? Mírele bien, y dígame si no es uno de los que robaron la provisión de carbón que nos confiara el Gobierno inglés.

—¡Ah, bribón! – exclamó furioso el portugués.

El viejo se levantó rápidamente.

—¡Sí, es uno de ellos!—gritó el gobernador.

—¡Ahora no te nos escaparás, y haremos que te ahorquen los marineros ingleses en el mástil más alto de sus barcos! ¡Pirata!

—¡Yo pirata!—exclamó Yáñez levantando el puño.

Sir Moreland se interpuso rápidamente.

—Un capitán de Su Majestad la Reina de Inglaterra no puede permitir que en su presencia se cometa violencia alguna. Señor gobernador, este hombre es un corsario, y no un pirata.

El viejo, que parecía que hasta entonces no se había dado cuenta de la presencia del anglo indio, le miró con asombro.

—¿Quién es usted?— preguntó.

—Vea usted el traje que llevo y las insignias de mi graduación.

—¿Ha arribado el barco de usted?

Mi barco se ha ido a pique frente a Mangalum después de un combate terrible con el corsario.

—¿No pertenece usted al barco que hemos visto ayer tarde?

—No, porque ayer fuí conducido por las olas a las escolleras del islote.

—¿En compañía de este hombre?—preguntó el gobernador cuyo asombro iba en aumento.

—Sí, juntamente con él y con esta señorita, a quien hemos salvado del huracán.

—¡Y usted, un capitán inglés, estaba en compañía de los corsarios! ¡Vaya, vaya! ¡Es usted un comediante muy hábil; pero yo no soy tan tonto que vaya a hacer caso de su cháchara!

—Primero nos contó que había naufragado—dijo uno de los isleños.

—Afirmo a ustedes por mi honor que soy James Moreland, capitán de la marina anglo-india, ahora al servicio del *rajá* de Sarawak—dijo el joven comandante.

—Pruébemelo usted, y entonces lo creeré.

—Ahora no puedo dar ninguna prueba, porque mi barco se ha ido a pique.

—¿Y este hombre? ¿Cómo se encuentra con usted, cuando hace dos días estaba con los piratas?

—Porque se salvó conmigo en una chalupa durante el abordaje, y mientras al buque corsario lo empujaba al Océano el huracán, mi barco se hundía.

—Me parece que es usted el jefe de esos piratas, metido en la piel de un inglés.

—¡Viejo!—gritó Yáñez.—¡Concluye ya de llamarnos piratas! ¡Este señor es un capitán anglo-indio!

—¡Ustedes son piratas!

—¿Qué es lo que te he quitado?

—El carbón.

—¡No era tuyo; era del Gobierno!

—¡Y los animales!

—¡Que te han sido pagados!—replicó Yáñez, perdiendo ya la calma.—Todavía tienes en el bol-

sillo, estoy seguro de ello, el *cheque* sobre Pontianak; y cuenta que hubiéramos podido llevarnos todos tus animales sin darte una sola libra esterlina.

—¿Y cree usted por eso que voy a dejarlos ir?—dijo el gobernador con una sonrisa irónica.—El buque inglés no tardará en arribar, y entonces ya veremos cómo se las componen con su comandante. ¡Espero que he de verlos bailar la última danza con una buena cuerda al cuello!

—¡Y yo le digo a usted que, al menos por lo que se refiere a mí, habrá de pedirme mil perdones!—dijo Sir Moreland, que también comenzaba a irritarse.—Y le advierto entretanto que si tocan a un solo cabello de esta señora o de este hombre, ¡palabra de James Moreland, que mando bombardear esta aldea por los cañones ingleses!

—¡Bien, bien!—dijo el gobernador riendo.—Pero mientras eso suceda serán ustedes nuestros prisioneros por derecho de guerra. ¡Ah, señores piratas; pagaréis el carbón que nos había confiado el Gobierno inglés, y otra vez los animales! ¡No se engaña así como así a un hombre como yo!

—¡Sea; ya lo veremos!—dijo Sir Moreland.—Pero vaya usted a indicar al barco de guerra, si es que todavía está a la vista, que tiene que hacerle importantes comunicaciones.

—¡Parece que tienen ustedes mucha prisa para que los ahorquen!—respondió el gobernador.—¡Haré lo posible por darles gusto!

Se volvió hacia sus súbditos, que habían asistido al coloquio apoyados en sus fusiles, y les dijo:

—Os los confío; tened cuidado de que no se escapen. Esto nos hará ganar un premio, y además el reconocimiento del Gobierno inglés. Llevadlos

al almacén, y cerrad con llave. ¡Vamos!—dijo el jefe empujando rudamente a Yáñez hacia la puerta.—¡Por ahora ha terminado la comedia!

El anglo-indio, el portugués y Darma se dejaron conducir sin intentar resistencia alguna, pues sabían que sería inútil, y además peligroso con aquellos hombres rudos y brutales. Atravesaron nuevamente la plaza, y los introdujeron en una maciza construcción de piedra que servía de almacén a los colonos. Era un cuadrilátero de unos cincuenta metros de longitud, entonces casi vacío, pues no había en él más que montones de pescado seco y barriles que contenían, probablemente, aceite o grasa. El techo lo sostenían gruesas pilastras de piedra arrancada de las salinas de la isla.

—¿Tienen ustedes hambre?—preguntó el jefe.

—No me desagradaría tomar un bocadito antes de que me ahorquen—dijo Yáñez burlonamente.

—¡Hasta después! Les advierto que a la primera tentativa de fuga hacemos fuego sobre ustedes.

Y dicho esto cerraron la puerta, atrancándola por fuera.

Sir Moreland, Yáñez y Darma, ésta menos asustada de lo que pudiera creerse, se miraron casi sonriendo.

—¿Qué me dice usted de esta aventura, Sir Moreland?—preguntó la joven.

—Que si ese barco inglés está cruzando realmente las aguas de la isla, concluirá pronto—respondió el capitán.

—Para usted; pero no para nosotros.

—¿Y por qué, señorita?

—En cuanto los de usted sepan que somos corsarios, ¿no nos ahorcarán?

—O por lo menos nos conducirán a Labuan para

ser juzgados—dijo Yáñez.—Cosa que agradaría bastante a aquel gobernador que tiene contra mí antiguos rencores.

— Procuraré evitar que eso suceda—respondió el capitán.—Sería peligroso, especialmente para el señor de Gomera.

—Vamos a poner a usted en un grave compromiso, Sir Moreland - dijo Darma.

—No lo creo, señorita. ¿Quién me dice que el comandante de ese barco no sea amigo mío? En ese caso, nos entenderíamos fácilmente. El señor de Gomera se ha portado conmigo como un caballero, y yo no he de serlo menos con él.

—¿Ha olvidado usted la aventura nocturna de Redjang?

—Una astucia de guerra, señorita, por la cual no conservo rencor alguno a usted ni a sus protectores.

—¡Es usted muy bueno, Sir Moreland!

—No soy mejor ni peor que los demás. ¡Ah!

De pronto resonó un cañonazo que hizo retemblar la paredes del almacén.

—¡Un barco de guerra!—exclamó el anglo indio.

—¿Es el *Rey del Mar*, o el buque que esperan los isleños?—preguntó Yáñez.

—¡Pronto lo sabremos!

Ambos se lanzaron hacia la puerta, y la golpearon gritando:

—¡Abrid! ¡Queremos ver desembarcar a los ingleses!

—¡Silencio!—tronó una voz amenazadora.—¡Si fuerzan ustedes la puerta, hago fuego!

CAPÍTULO X

EL REGRESO DEL «REY DEL MAR»

Al cañonazo contestaron clamores ensordecedores y varios tiros de fusil. Pero no eran gritos de guerra, sino de alegría, señal evidente de que no se trataba del *Rey del Mar*, sino de la nave inglesa que había sido avistada.

Yáñez y Sir Moreland intentaron trepar hasta el techo, donde había algo como un ventilador; pero tuvieron que desistir de su empeño a causa de la elevación de los muros.

—¡Bah!—dijo el anglo-indio.—¡Será una espera de pocos minutos!

—¿Será un barco perteneciente a la flotilla de Labuan?—preguntó Yáñez.

—Lo supongo. Parece que mis compatriotas han desembarcado: ¿no oye usted esos *hurras?*

—Sí; los saluda la población.

—Dentro de algunos momentos la comedia se cambiará en farsa, con gran asombro de ese gobernador estúpido que se ha empeñado en no creer que soy un capitán auténtico. Los gritos se aproximan: mis compatriotas vienen a felicitarnos.

—En cambio, los isleños supondrán que vienen en busca nuestra para ahorcarnos—dijo Darma.

—¡Son capaces de haber preparado las cuerdas!—dijo Yáñez bromeando.

Se oyó rumor de voces cerca de la puerta. Un momento después cayeron al suelo las traviesas

que la sujetaban, y un torrente de luz inundó el almacén.

El gobernador apareció en el umbral, juntamente con un hombre joven todavía, de larga barba rubia y ojos azules, que vestía el uniforme de teniente de marina.

Detrás de ellos iba un pelotóu de marineros armados con la bayoneta calada y rodeados por muchos isleños.

—¡Aquí estan los piratas!—gritó el viejo señalando a los prisioneros.—¡Merecen diez brazas de cuerda bien enjabonada! ¡Préndalos usted!

Asombrado el teniente, en lugar de mandar avanzar a sus marineros se precipitó hacia Sir Moreland con los brazos abiertos y gritando:

—¡Comandante! ¡Es posible! ¡Usted todavía vivo! ¿Yo sueño?

—¡No, mi querido Leyland!—exclamó Sir Moreland.—¡Yo soy en carne y hueso! ¡Abráceme usted, amigo mío!

Mientras el teniente y el capitán se precipitaban uno en brazos del otro, el gobernador, completamente atontado por aquel inesperado golpe teatral, se rascaba furiosamente la cabeza, repitiendo:

—¡Pero si es un aliado de los piratas! ¡Mírelo usted bien, señor teniente! ¡También quiere engañar a usted!

Sin hacer caso de las protestas del viejo ni de las imprecaciones ni de los gritos de asombro de los isleños, el teniente había preguntado:

—¿Cómo es que se encuentra usted aquí, capitán, cuando todos le creíamos sepultado con su barco? ¡Porque esto se halla a una gran distancia de Sarawak!

—¿No se lo han referido los marineros que dejó en libertad el corsario?

—Sí; pero nadie quiso creer lo que decían.

—Señor Leyland, ¿qué es lo que ha venido á buscar usted aquí?

—El corsario.

—Ha llegado usted demasiado tarde; y además, le aconsejo que no mida usted sus fuerzas con ese buque. Es preciso bastante más que un crucero. ¿Quiere usted que le dé un consejo de amigo? Tome pronto rumbo y evite encontrarse con el *Rey del Mar* de los Tigres de Mompracem. Vámonos a bordo, y allí se lo contaré todo; pero antes déjeme que le presente dos amigos: la señorita Darma Praat y su hermano.

Al ver que el teniente tendía la mano al portugués, el gobernador saltó como una bomba.

—¡Es una mixtificación!—gritó.—¡Ese es el pirata que nos había robado! ¡Ahórquele usted!

—¡Silencio, vieja comadreja!—dijo Sir Moreland.—¡Esos asuntos no le importan a usted! ¡El carbón no era de su propiedad!

—¿Y nuestros animales?

—Mande usted cobrar el *cheque* en Pontianak—dijo con ironía Yáñez.

—Pero ¿qué historia es esa, capitán?—preguntó el teniente.

—Más tarde le daré a usted mayores explicaciones—contestó Sir Moreland.—Haga usted que sus marineros protejan a esta señorita y a su hermano.

—¡Ahórquelos usted!—bramaba el gobernador enfurecido.—¡Todos ellos son piratas!

—¡Silencio!—gritó, ya impaciente, el oficial.—Si estos señores son piratas, como usted dice, ya

los juzgará el Consejo de guerra. ¡Marineros, haced el cuadro, y a bordo corriendo!

—¡Señor teniente!—gritó el viejo.

—¡Basta! ¡Se le juzgará! ¡Adelante, en línea cerrada!

Los marineros, que eran unos treinta, todos muy bien equipados, cerraron filas en derredor de Sir Moreland, Yáñez y la joven, y descendieron hacia la playa seguidos por el gobernador y el pueblo, que comentaba desfavorablemente la conducta del teniente, creyendo de buena fe que quería proteger a unos piratas vulgares.

En la ensenada había tres chalupas; mar afuera se veía un hermoso crucero de pequeñas dimensiones, todo pintado de negro, que navegaba lentamente entre los dos promontorios.

El capitán, el teniente, Yáñez y Darma se embarcaron en la mayor de las chalupas con diez marineros, y el resto de la gente, en las otras dos.

En pocos instantes recorrieron la distancia y abordaron a la escala de estribor, que había quedado tendida.

—Capitán—dijo el teniente así que Sir Moreland puso el pie en la cubierta, saludado por los *hurras* estrepitosos de la tripulación,—pongo mi barco a la completa disposición de usted.

—No deseo más que un camarote para mí y otro para cada uno de mis compañeros. Después que usted me haya oído dirá si ha de tratárseles como a prisioneros de guerra. Señorita Darma, y usted, señor de Gomera, espérenme un momento.

La embarcación volvió a emprender la marcha, y el capitán y el teniente descendieron a la cámara, donde sostuvieron un largo coloquio.

Cuando regresaron, Sir Moreland aparecía sonriente como si estuviese muy contento.

—Señorita, señor de Gomera — dijo acercándose, — no irán ustedes a Labuan, porque el buque tiene que detenerse indefectiblemente en Sarawak.

—¿Y allí nos entregará al *rajá?*—preguntó Yáñez.

—Eso es todo cuanto podemos hacer, aunque yo hubiera deseado otra cosa—replicó el capitán dando un suspiro.

—¿Qué es lo que dice usted, Sir Moreland?—preguntó Darma.

El anglo-indio movió la cabeza sin contestar, y ofreciendo el brazo a la joven y conduciéndola hacia la popa, le dijo con cierta agitación:

—¡Quisiera arrancar a usted una promesa, señorita!

—¿Cuál, Sir Moreland?—preguntó Darma.

—¡Que no vuelva usted a embarcarse en el *Rey del Mar!*

—¿Estoy prisionera?

—El *rajá* pondrá a usted en libertad en seguida.

—Es imposible, Sir: allí está mi padre y tengo por seguro que no abandonará el *Rey del Mar*. Su suerte está unida a la de los últimos piratas de Mompracem.

—Piense usted que el mejor día me encontraré de nuevo ante el barco de Sandokan, y que, probablemente, tendré que echarlo a pique y matar a todos, incluso a usted misma; ¡yo, que daría por usted toda mi sangre! ¿Qué resuelve usted, señorita Darma?

—Dejemos que la suerte lo disponga todo, Sir Moreland—contestó la joven.

—¡Y, sin embargo, usted me ama!

—Sí—murmuró ella con voz tan tenue que parecía un suspiro

—¿Jura usted que no me olvidará?

—¡Se lo juro!

—Tengo confianza en nuestro destino, Darma.

—En cambio, yo temo que haya de sernos fatal a los dos. Nuestro cariño ha nacido bajo el influjo de una mala estrella, Sir Moreland; lo presiento.

—¡No hable usted así, Darma!

—¿Qué quiere usted, Sir Moreland? Veo muy obscuro nuestro porvenir. Me parece que no tardará mucho en suceder la catástrofe que nos amenaza. Esta guerra será fatal también para nosotros.

—Usted puede evitar ese peligro, Darma; peligro que se esconde en los abismos del Atlántico.

—¿Cómo puedo evitarlo?

—Ya se lo he dicho: abandonando a su suerte el *Rey del Mar*.

—No, Sir Moreland: mientras ondée la bandera de los Tigres de Mompracem, Darma, la protegida de Sandokan y de Yáñez, no abandonará su barco.

—¿No sabe usted que esos hombres están destinados a perecer? Los mejores y más poderosos navíos de la marina inglesa vendrán muy pronto a estos mares, y harán pedazos al corsario. Huirá, vencerá quizás en otra batalla; pero, más pronto o más tarde, sucumbirá bajo nuestra artillería.

—Ya se lo he dicho a usted, y vuelvo a repetírselo una vez más; nosotros sabremos morir como los valientes, al grito de ¡Viva Mompracem!

—¡Es usted bella y animosa como una verdadera heroína!—exclamó Sir Moreland mirándola admirado.—¡Ese río de sangre será fatal para todos!

Yáñez se acercó en aquel momento precipitadamente.

—¡Sir Moreland!—exclamó.—Viene hacia nosotros un barco de vapor: ya ha sido visto por el comandante.

—¿Será el *Rey del Mar?* –exclamó Darma.

—Se sospecha que sea un barco de guerra. Mire usted: los marineros se preparan para combatir.

La frente de Sir Moreland se obscureció, y sobre su rostro se extendió una intensa palidez.

—¡El *Rey del Mar!*—murmuró con voz sorda.—¡Viene a destrozar mi felicidad!

Se le acercó el teniente con un anteojo en la mano.

—Sir James, si no me equivoco, se dirige hacia nosotros un buque de alto bordo.

—¿Será alguno de los nuestros?—preguntó el capitán.

—No, porque viene del Nordeste, y nuestra escuadrilla se ha dirigido hacia Sarawak, con la esperanza de encontrar al corsario en el camino.

En el horizonte apareció un punto negro coronado por dos grandes columnas de humo, que se agrandaba con rapidez. Al parecer, se dirigía a toda velocidad hacia el grupo de las islas de Mangalum.

Sir Moreland había asestado el anteojo, y miraba con gran atención. De pronto se le escapó de las manos el instrumento de óptica.

—¡El *Rey del Mar!*—exclamó con voz ronca mientras miraba tristemente a Darma.

—¡Sandokan!—dijo Yáñez.—¡Por esta vez todavía no me ahorcarán!

—¿Es el corsario?—preguntó el teniente.

—¡Sí!—respondió Sir Moreland.

—¡Le daremos la batalla, y lo hundiremos!—añadió el teniente.

—¡Quél ¿Quiere usted irse a pique? Porque, si usted quiere, dentro de muy pocos minutos este barco y su tripulación estarán en el fondo del mar de la Sonda. Es preciso algo más que un crucero de tercera clase para hacer frente a ese buque, el más moderno, el más rápido y el más poderoso de cuantos existen.

—Sin embargo, yo no me dejo capturar sin combatir—contestó el teniente.

—Ni tampoco quiero yo eso, amigo mío: espero que podremos evitarlo, porque si no, serían desastrosas para nosotros las consecuencias.

—¿Y cómo vamos a arreglarnos?

—Mande usted echar una chalupa al agua, y déjeme que vaya antes a parlamentar con el Tigre de la Malasia. Usted perderá los dos prisioneros, y yo perderé mucho más, se lo juro a usted; pero se salvarán este barco y sus tripulantes.

—Le obedezco, Sir James.

Mientras los marineros echaban al agua una ballenera, el *Rey del Mar*, que corría con una velocidad de doce nudos, se echaba encima del crucero.

Ya había apuntado los poderosos cañones de la torre de proa, y se preparaba a cubrir de balas y metralla a su minúsculo enemigo, para echarlo a pique a la primera andanada.

El larguísimo gallardete de combate había sido izado y ondeaba en el mástil de proa, al propio tiempo que en el de popa se izaba la bandera roja de Mompracem, adornada con una cabeza de tigre.

Al ver que el crucero inglés se detenía, que arbolaba bandera blanca y echaba al agua una chalupa, Sandokan ordenó que diesen contravapor, deteniéndose también a unos mil doscientos metros del enemigo.

—¡Parece que los ingleses no se sienten lo bastante fuertes para pelear con nosotros!—dijo a Tremal-Naik, que se había reunido con él en la torrecilla.

—¿Querrá rendirse? ¿Qué es lo que vamos a hacer con ese barco?

—Le cogeremos la artillería y las municiones, y además el carbón—contestó el indio.—Podrían servir a nuestros amigos los dayakos de Sarawak.

—Sí; pero también me desagradaría perder el tiempo—dijo el Tigre de la Malasia.—Tenemos que ir en busca de Yáñez y de Darma.

—¿Crees que todavía los encontraremos en el escollo?—preguntó lleno de angustia Tremal-Naik.

—No lo dudo. Los he visto arribar antes de que la obscuridad envolviera aquel islote. ¡Oh! ¡Un capitán en la ballenera! ¿Vendrá a entregar su espada? ¡Hubiera preferido un combate, para aplacar esta manía furiosa que tengo de destruirlo todo!

—¿Es posible?—dijo en aquel momento Sambigliong, que había apuntado un anteojo hacia la chalupa.—¡Tigre de la Malasia, o yo me equivoco, o es él realmente! ¡Mire usted! ¡Mire usted!

—¿Qué es lo que has visto?

—¡Es él! ¡Le digo a usted que es él!

—¿Pero quién?

—¡Sir Moreland!

—¿Moreland?—exclamó Sandokan palideciendo y enrojeciendo en seguida, mientras que un relámpago de esperanza iluminó sus ojos.

—¡Moreland a bordo de aquel barco! Entonces, Yáñez, Darma... ¿Cómo pueden encontrarse ahí? ¡Es imposible; tú te has equivocado, Sambigliong!

—¡No, señor! ¡Mírele usted! ¡Nos ha visto, y nos saluda agitando la gorra!

Sandokan se lanzó fuera de la torrecilla exhalando un grito de gozo:

—¡Sí! ¡Es él; Sir Moreland!

La ballenera avanzaba rápidamente al impulso de doce remeros.

El anglo-indio, de pie en la popa y sin abandonar la barra del timón, seguía saludando.

—¡Abajo la escala! —gritó Sandokan.

Apenas se ejecutó la orden, abordó la ballenera. Sir Moreland subió a bordo con rapidez y dijo con cierta frialdad:

—Tengo mucho gusto en volver a ver a ustedes, señores, y en poder darles una noticia que me agradecerán bastante.

—¿Yáñez, Darma? - gritaron a un tiempo Sandokan y Tremal-Naik.

—Están a bordo de aquel barco.

—¿Y por qué no los ha traído usted?—preguntó Sandokan arrugando el entrecejo.

El anglo indio, que se había puesto sumamente serio y que hablaba casi imperiosamente, contestó:

—Vengo para entablar negociaciones, señores.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el comandante de ese barco les entregará a ustedes el señor Yáñez y la señorita Darma, con la condición de que ustedes dejen tranquilo su buque, el cual, como pueden ver, no tiene fuerzas para medirse con el *Rey del Mar*.

Sandokan tuvo un momento de vacilación, y al cabo contestó:

—Sea, Sir Moreland; ya sabré encontrarle más adelante.

—Mande usted bajar la bandera de combate. De ese modo comprenderá el comandante que ha

aceptado usted su proposición, y enviará en seguida los prisioneros.

Sandokan hizo una seña a Sambigliong, y pocos momentos después el gallardete descendía sobre la cubierta. Casi en el mismo instante se destacó del costado del crucero una segunda chalupa: en ella iban Yáñez y Darma.

—Sir Moreland—dijo Sandokan,—¿dónde recogió a usted ese buque?

—En Mangalum—respondió el anglo-indio sin apartar los ojos de la chalupa, que se acercaba a gran velocidad.

—¿Se habían salvado ustedes en el escollo?

—Sí—contestó secamente el capitán, que parecía haber perdido su cordialidad habitual y ser presa de profundas preocupaciones.

Llegó la segunda chalupa. Yáñez y Darma subieron precipitadamente la escala, y cayeron el uno en brazos de Sandokan y la segunda en los de su padre.

Sir Moreland, muy pálido, miraba tristemente aquella escena. Cuando se separaron se volvió hacia el Tigre de la Malasia, y le preguntó:

—Y ahora ¿seguirá usted reteniéndome prisionero?

—No, Sir Moreland; es usted libre. Vuélvase a bordo de ese buque—contestó Yáñez.

Sandokan no pudo ocultar un gesto de asombro. No creía, ni mucho menos, que fuera aquella la contestación que debía darse al anglo indio; sin embargo, no replicó.

—Señores—dijo entonces el capitán con voz grave y mirando fijamente a Sandokan y a Yáñez,—espero que volveremos a vernos pronto; pero entonces como enemigos encarnizados.

—Le esperamos a usted—respondió fríamente Sandokan.

Sir Moreland se acercó a Darma y le tendió la mano, diciendo con triste acento:

—¡Que Brahma, Sivah y Visnú la protejan, señorita!

La muchacha, que estaba profundamente conmovida, le apretó la mano sin decir palabra. Parecía que tenía un nudo en la garganta.

El anglo indio fingió no ver las manos que le alargaban Yáñez, Sandokan y Tremal-Naik; saludó militarmente, y descendió a toda prisa la escala sin volver la vista atrás.

Sin embargo, cuando la chalupa que le conducía hacia el crucero pasó por delante de la proa del *Rey del Mar* levantó la cabeza, y viendo a Darma y a Surama en el castillo, las saludó con el pañuelo.

—Yáñez—dijo Sandokan llevándose a un lado al portugués,—¿por qué le has dejado marchar? ¡Podía ser un huésped precioso!

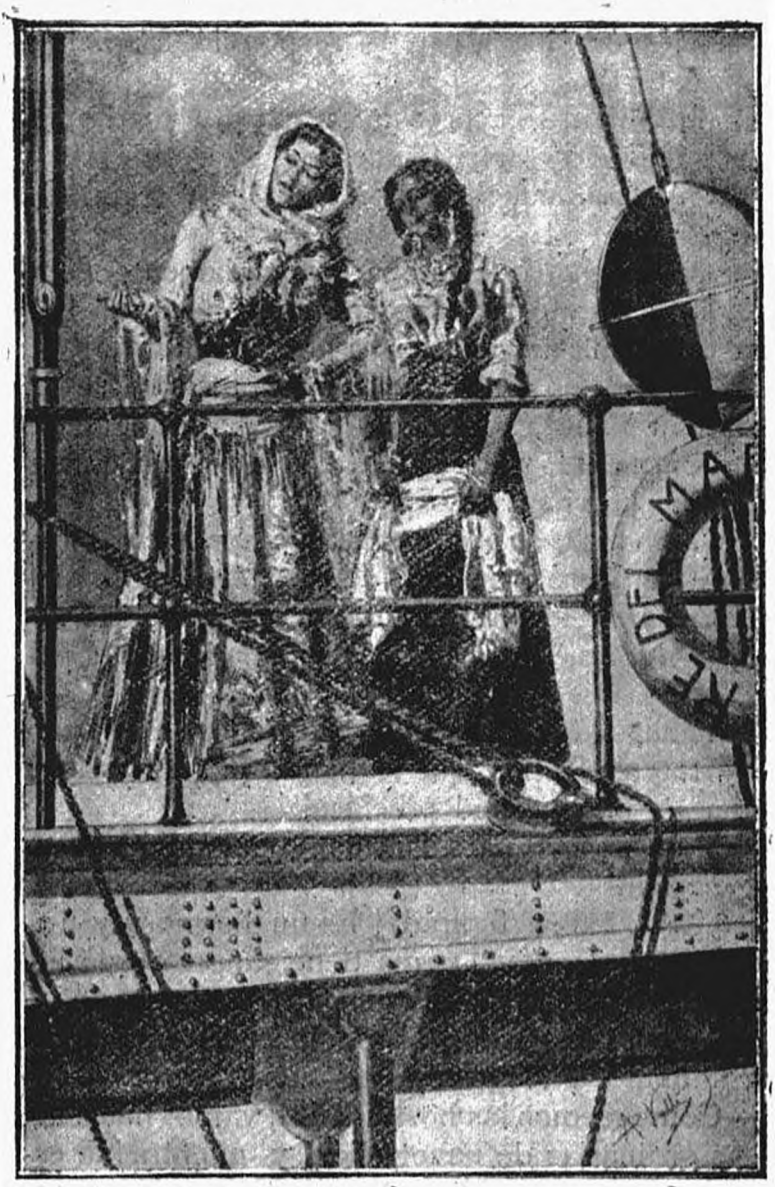
—Y un peligro para Darma—respondió Yáñez.

—¡Se aman!

—¡Me lo había figurado! Es un hermoso y valiente joven. Como Darma tiene sangre anglo-india en las venas... Quizás después de la campaña...

Se quedó abstraído un momento en un hondo pensamiento, y luego repuso:

—Comencemos las hostilidades: vamos hacia las líneas ordinarias de navegación, y mientras la escuadra nos busca en las aguas de Sarawak, procuremos causar a nuestros adversarios los mayores daños posibles.



Levantó la cabeza, y viendo a Darma y a Surama en el castillo, las saludó con el pañuelo.

CAPÍTULO XI

EL CRUCERO DEL «REY DEL MAR»

Cuarenta y ocho horas después el *Rey del Mar*, que había tomado la dirección de Poniente para esperar al pairo a los barcos que venían de la India, de las grandes islas de Java y de Sumatra, y que se dirigían directamente por los mares de la China y del Japón, avistó un penacho de humo a quinientas millas del grupo de las Burguram.

—¡Barco de vapor!—dijo Kammamuri, que estaba de guardia en la cofa del trinquete.

Sandokan, que en aquel momento comía con sus amigos y con el jefe de máquinas, se apresuró a subir al puente, al mismo tiempo que mandaba:

—¡Reavivad los fuegos! ¡Los artilleros, a los cañones de las torres!

La tripulación en masa subió a cubierta, sin excluir la guardia franca, pues nadie podía suponer con qué clase de barco iba a vérselas el *Rey del Mar*.

Como el crucero se encontraba todavía a muy poca distancia de las costas de Borneo, podía darse el caso de que se encontrara de improviso y de manos a boca con algún buque de guerra en camino para Labuan o para Sarawak.

El Tigre de la Malasia escudriñaba el Océano utilizando un anteojo de gran alcance. Por el momento no se veía más que una columna de humo que se destacaba en el luminoso horizonte; pero el barco no debía de tardar en aparecer, pues el *Rey*

del Mar iba a su encuentro con una velocidad de doce nudos.

—¿Qué es, Sandokan?—preguntó Tremal-Naik, que se le había acercado.

¡Un poco de paciencia, querido mío!—contestó el formidable pirata.

—¿Y si ese barco no es inglés?

—Se le saluda y se le deja marchar, pues no vamos a ponernos en guerra con el mundo entero.

—¿Le ves?

—Comienzo a distinguirle, y me parece que es un vapor mercante, porque no veo el gallardete rojo de los buques de guerra. Ya se destaca en el horizonte la arboladura. Bastará disparar un cañonazo sin bala para detenerle. Manda que Sambigliong disponga cuatro chalupas con algunas ametralladoras, y que se armen sesenta hombres.

—¿Le abordaremos?— preguntó Kammamuri.

—Si es inglés como me lo parece, sí. Nuestro crucero comienza mejor de lo que esperábamos, teniendo en cuenta los pocos días que hace que hemos dado principio a las hostilidades.

La distancia se acortaba rápidamente, pues el *Rey del Mar* aumentaba la velocidad, con objeto de estar pronto para impedir la fuga al vapor, que parecía de muy buena marcha.

Los hombres de vigía en la plataforma reconocieron la bandera desplegada en el asta de popa, y la noticia fué saludada con un grito de júbilo.

—¡No me había equivocado!—dijo Sandokan.—¡Ese barco es inglés!

Inspeccionó rápidamente las chalupas, que ya habían bajado hasta las portas, y los sesenta hombres que debían ocuparlas; en seguida dió la orden

de dirigir el crucero sobre el vapor de modo que le atajase el camino.

Aquel barco debía de proceder de los puertos de la India. Era un gran vapor de más de dos mil toneladas, con dos mástiles y dos chimeneas.

Sobre la toldilla había una multitud de gente que se agolpaba a la obra muerta, atraída por la presencia de aquel buque de guerra que con tanta velocidad se dirigía hacia ellos.

Así que estuvieron a mil metros de distancia Sandokan mandó desplegar su bandera en el palo de mesana y disparar un cañonazo sin bala, lo cual significaba:

—¡Deteneos!

Al oir aquella intimación inesperada se produjo gran confusión a bordo del vapor. Vióse a los marinos y a los pasajeros correr hacia la proa, y sus gritos llegaban claramente hasta el buque corsario.

La vista de aquella bandera, tan conocida en los mares de la Malasia, debió de producir en todos una impresión enorme, y mucho más porque el *Rey del Mar* continuaba corriendo como si quisiera pasar por ojo al pobre barco.

Durante algunos minutos se vió que el buque viraba unas veces hacia babor, otras sobre estribor, como si dudara acerca del camino que debía emprender; pero una bala disparada por una de las piezas de càza, y que pasó silbando sordamente sobre la toldilla, los decidió a detenerse.

—¡Máquinas atrás!—ordenó Sandokan.—¡Al agua las chalupas, y a sus puestos los hombres de desembarco! ¡Tú, Yáñez, encárgate del mando!

El portugués se ciñó el sable que le había llevado Sambibliong, se puso en el cinto las pistolas, y

descendió en la chalupa más grande, tomando asiento junto a Tremal-Naik.

El vapor se había detenido a ochocientos metros de distancia, considerando inútil toda resistencia contra aquel crucero formidable, que con una sola descarga le hubiera echado a pique

Los pasajeros agolpados en la toldilla proferían gritos ensordecedores, creyendo que había llegado su última hora.

Las cuatro chalupas montadas por los sesenta hombres armados con carabinas y *kampilangs* se pusieron rápidamente en marcha dirigiéndose al vapor, mientras que los artilleros del *Rey del Mar* apuntaban dos piezas de las torres de babor, dispuestos a hacer fuego al menor indicio de resistencia por parte de los ingleses.

Llegadas las chalupas a treinta pasos de distancia, Yáñez ordenó imperiosamente a los marinos ingleses que bajasen la escala, amenazando con hacer fuego si no le obedecían.

A bordo hubo momentos de confusión y de duda. Algunos marineros aparecieron en las bordas armados de fusiles, como si tuviesen intención de oponer resistencia, pero los furiosos gritos de los pasajeros, que no querían, como es de suponer, exponerse al peligro de que la formidable artillería del corsario los echase a pique, les obligaron a retirarse, y la escala descendió de un solo golpe.

Yáñez, seguido de Tremal-Naik, Kammamuri y doce hombres, se lanzó en la plataforma desenvainando el sable.

El capitán del barco le esperaba rodeado de sus oficiales, mientras que los pasajeros, que serían unos cincuenta, se agolpaban detrás, mudos y aterrorizados.

Era un hombre arrogante, de alta estatura, rostro enérgico y bronceado por el Sol de los trópicos, con el pelo negro y la barba rizada; en fin, un tipo soberbio de marino.

Al ver aparecer a Yáñez con el sable desenvainado, palideció, y en seguida arrugó el entrecejo.

—¿A qué debo el honor de esta visita?—preguntó con voz temblorosa por la ira.

—¿Ha visto usted los colores de nuestra bandera?—preguntó a su vez el portugués saludando irónicamente.

—Sé que los piratas de Mompracem tenían en otro tiempo un estandarte rojo con una cabeza de tigre.

—Entonces, me permitirá usted que le notifique que esos piratas han declarado la guerra a la nación de ustedes y al *rajá* de Sarawak.

—Me habían asegurado que ya no hacían el corso.

—Y es verdad, señor mío; pero el Gobierno de ustedes ha provocado a los tigres de Mompracem, y éstos han vuelto a tomar las armas.

—En conclusión, ¿qué es lo que quiere usted?

—Concederles veinte minutos para que puedan embarcarse en las chalupas, y echar a pique este barco.

—¡Eso es un acto de piratería!

—Llámelo usted como mejor le plazca; eso no me importa—respondió Yáñez.—¡U obedecen ustedes, ó se ahogan! ¡Ustedes escogerán!

—Concédame usted algunos minutos para que pueda consultar a mis oficiales.

—No le concedo más que veinte; transcurridos que sean, nos retiraremos y el crucero abrirá el

fuego, estén ustedes a bordo o no. Apresúrense, porque tenemos prisa.

El capitán, que tascaba el freno interiormente, llamó a Consejo a sus subordinados; en seguida dió las órdenes para echar las chalupas al mar, y mandó descender ante todo a los pasajeros.

—Cedo a la fuerza, porque no puedo hacer resistencia—dijo a Yáñez; —pero apenas hayamos llegado a Natuna o a Banguram, daré parte telegráficamente al gobernador de Singapoore.

—Nadie se lo impedirá a usted—contestó Yáñez.—Mientras tanto, debo hacerle observar que ya van diez minutos transcurridos, y que permito que los pasajeros y la tripulación se lleven consigo lo que posean.

—¿Y la caja de a bordo?

—Nosotros no sabríamos qué hacer con ella; si a usted le desagrada perderla, puede llevársela.

Mientras tanto los marineros habían echado al agua todas las lanchas, después de haberlas provisto de víveres para varios días, remos y velas.

Dió el capitán la orden de embarco, y éste comenzó, haciendo bajar primero a las mujeres y después a los demás pasajeros. Los últimos en embarcarse fueron los oficiales, que llevaban los papeles de a bordo y la caja.

—¡Inglaterra vengará este acto de piratería!—dijo el capitán del vapor, que estaba muy conmovido.

Yáñez saludó sin contestar.

Así que el barco quedó desierto, los malayos de las chalupas subieron a bordo, mientras que las chalupas de vapor del *Rey del Mar* se acercaban rápidamente.

Se abrieron las carboneras con objeto de sacar el

combustible, que era muy escaso, porque el vapor debía hacer escala en Saigón para renovar sus provisiones, y comenzó a toda prisa la faena.

Dos horas después dejaban los malayos el buque. Todavía estaban a la vista las chalupas que conducían a la tripulación y a los pasajeros.

—¡Dos cañonazos en la línea de flotación!—ordenó Sandokan.

Poco después dos granadas hundían el costado de babor del buque abriéndole dos enormes brechas, a través de las cuales se precipitó el elemento líquido.

Al cabo de cuatro minutos desaparecía la nave en los abismos del mar de la Sonda, produciéndose una explosión tremenda al estallar sus calderas. El *Rey del Mar* volvió a emprender su crucero, alejándose hacia el Sudoeste.

A la mañana siguiente sufría la misma suerte un velero inglés, después de haberle tomado una parte de su cargamento, que consistía en pescado seco, y que iba consignada a los puertos de Hainan. Igual fin tuvieron otros buques de vapor y de vela, yendo a hacerse compañía en los profundos senos del Océano.

El crucero batía las líneas de navegación sin que nadie se lo estorbase, llevando el corso desde las costas de Borneo hasta dar vista a la isla de Anaba, atajando en su camino a los barcos que procedían del estrecho de Malaca directamente, de los mares de la China y del Japón.

Ya habrían echado a pique a cañonazos otros treinta barcos, causando enormes pérdidas a las Compañías navieras, cuando un día un parao bornés anunció a aquellos terribles destructores que

había visto en aguas de Natuna una escuadra compuesta de varios buques de guerra.

Debía de ser, seguramente, la de Singapoore, enviada para cañonear al buque corsario. Aquel mismo día tuvieron Consejo Sandokan, Yáñez, Tremal-Naik y el ingeniero Horward, que decidieron suspender el crucero y dirigirse sin vacilar a Sarawak en busca del *Mariana*, que debía de estar esperándolos en la boca del Sedan.

Además, sus amigos y antiguos aliados los dayakos debían de haber comenzado ya a invadir el sultanato; por lo tanto, aquél era el momento preciso para atacar por mar al *rajá* y hacerle pagar cara su cooperación en la conquista de Mompracem.

En vista de esta determinación, el *Rey del Mar*, que tenía llenas las carboneras y llevaba también gran cantidad de combustible en la estiba, hizo rumbo hacia el Sudeste, pues antes quería Sandokan cerciorarse de si los ingleses seguían todavía en su isla.

Dió orden de marchar con el máximum de velocidad, y el crucero devoraba las millas. Durante cuarenta y ocho horas navegó hacia Borneo, sin tener un mal encuentro, a pesar de que todos estaban seguros de que por aquellos mares, y con objeto de sorprenderlos, cruzaba una gran escuadra.

Hacia la puesta del Sol del segundo día llegaba el *Rey del Mar* a la vista de Mompracem, el antiguo refugio de los tigres de la Malasia.

Profundamente emocionados, Sandokan y Yáñez volvieron a ver su isla, desde la cual, y con sólo sus paraos, habían hecho temblar durante largos años al poderoso leopardo inglés.

Cuando se acercaron al cabo oriental, en que se abría una rada pequeña, ya la noche había cerrado hacía algunas horas; pero la espléndida luz de la luna permitía distinguir la gran roca en que había ondeado orgullosamente en otros días la terrible bandera del Tigre de la Malasia.

La casa que sirvió de refugio a los dos jefes piratas ya no se veía. En su lugar se alzaba un fortín, probablemente bien artillado, para impedir a los últimos tigres, errantes por el mar, la reconquista de su madriguera. En el fondo de la rada se distinguían también confusamente obras de defensa, bastiones y elevados recintos.

Apoyado en la borda de popa, sin decir palabra, con los ojos turbados y ensombrecido el rostro, Sandokan miraba su antigua morada; por la expresión de su cara adivinábase fácilmente que sangraba su corazón en aquellos momentos.

Yáñez, que estaba a su lado, le puso una mano en la espalda y le dijo:

—El día menos pensado la reconquistaremos; ¿verdad, Sandokan?

—¡Sí! –contestó el pirata tendiendo el puño hacia la isla de un modo amenazador.—¡Sí! ¡Y ese día los arrojaremos a todos al mar; pero sin misericordia!

Volvió la mirada hacia el Océano, que brillaba bajo los rayos de la luna.

—¡De nuevo vuelve a acometerme un deseo furioso de destrucción!— dijo.—¡Delante de mí veo sangre!

Casi en aquel mismo instante se oyeron gritos que venían de la parte de proa:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Miren ustedes!

Sandokan y Yáñez se precipitaron hacia la amu-

ra de babor al ver que los hombres de guardia se lanzaban a través de la toldilla.

—¡Faroles!—exclamó el portugués.

—¡La sangre que buscaba!—gritó Sandokan, en cuyo corazón parecían haberse despertado de golpe sus antiguos instintos de ferocidad.

Hacia Levante, y en dirección de la isla Romadés, cuyas cumbres ya se divisaban, aparecieron distintamente y casi a flor de agua, seis puntos luminosos, verdes y rojos, y en lo alto, otros dos blancos.

—Son dos barcos de vapor—dijo Yáñez,—y apostaría a que vienen de Labuan.

—¡Tanto peor para ellos!—contestó Sandokan tendiendo la mano hacia aquellos puntos luminosos.—¡Pagarán lo de Mompracem! ¡Da orden para que activen los fuegos!

—¿Qué es lo que quieres hacer, Sandokan?—preguntó el portugués, impresionado por la luz siniestra que brillaba en los negros ojos de aquel hombre terrible.

—¡Echar a pique esos barcos con toda la gente que llevan!

—Sandokan, no olvidemos que no somos piratas, sino corsarios. Además, todavía no sabemos si esos barcos son de guerra o mercantes, y si enarbolan bandera inglesa.

En lugar de responder, el Tigre de la Malasia mandó apagar las luces, llamar «¡todos a cubierta!», y dirigir el crucero sobre los dos barcos.

A las once el *Rey del Mar* viraba de bordo á unos quinientos metros de distancia de los dos vapores, los cuales, bien ajenos del tremendo peligro que los amenazaba, navegaban a cuarto de máquina y muy cerca uno de otro.

—Parecen dos transportes—dijo Yáñez.—¡Escucha, Sandokan!

En los entrepuentes iluminados estallaba ruido de tamboriles, notas de cornetín y canciones. Aprovechando la esplendidez de la noche y la tranquilidad del Océano, los soldados se divertían. El viento, que soplaba del Septentrión, llevaba aquellos rumores hasta el *Rey del Mar*.

—Son soldados ingleses de Labuan que regresan a la patria—dijo Yáñez.—¿Oyes, Sandokan? Esas canciones las hemos oído también en los campamentos ingleses de la India durante el sitio de Delhi.

—¡Sí, soldados!—respondió el Tigre de la Malasia con acento extraño.—¡Bien! ¡Saludan a la lejana patria; pero va a caer la muerte sobre ellos!

—¡No hables así, amigo mío!

—Pero ¿no piensas que esos hombres me han arrojado de la isla después de haber hecho una horrible matanza en mis valientes?

Se había enderezado completamente, tenía el rostro inflamado por una cólera terrible, y llameaban sus ojos. El antiguo pirata, el temeroso Tigre de la Malasia, que durante tantos años había ensangrentado las aguas de aquellos mares, volvía a despertarse.

—¡Sí; reid, cantad, bailad: esas son danzas fúnebres! ¡Mañana, apenas alboree, se helará la risa en vuestros labios! ¡Os habéis olvidado demasiado pronto de mi pequeño pueblo, que sorprendísteis y degollásteis en las playas de mi isla! ¡Pero aquí os espía su vengador!

El *Rey del Mar*, que ya había virado de bordo seguía silenciosamente a los dos barcos, sosteniéndose siempre a una distancia de una milla.

Ya no les era posible huir, pues no podían competir en velocidad con un andarín de aquella fuerza. Quizás si navegaran en aguas de las islas Romadés, que estaban muy cerca, podrían conseguir algo; pero, sin embargo, aun en ese caso no hubieran logrado salvarse todos.

Inclinado sobre la borda, Sandokan no les quitaba ojo. Parecía tranquilo; pero debían de atormentarle pensamientos terribles de estrago, de sangre, de venganza.

—¿Quién me impediría—dijo de pronto—caer como una tromba sobre esos barcos, y a golpes de espolón enviarlos hechos pedazos al fondo del mar? ¡El Océano guarda muy bien los secretos que se le confían, y jamás se sabría nada!

—¡No lo harás por humanidad, Sandokan!—dijo Yáñez.

—¡Humanidad! ¡Es una palabra vacía de sentido cuando se está en guerra! ¿Acaso se acordaron de ella los ingleses cuando a sangre fría decretaban la conquista de nuestra isla y el exterminio de nuestro pequeño pueblo? ¿Qué es lo que queda hoy de los tigres de Mompracem, de aquellos tigres que tan gran servicio prestaron a esos ingleses librándolos de la infame secta de los *thugs*? ¡El reconocimiento de los voraces salteadores de los mares es ese! ¡Nos han cogido traidoramente nuestra isla, asaltándonos por la noche con fuerzas diez veces superiores, como si fuésemos bestias feroces! ¡Y eres tú, Yáñez, quien habla de humanidad! ¿Crees que si mañana cayera sobre nosotros ó sobre nuestros paraos una escuadra inglesa nos respetaría? ¡No; nos echaría a pique enviándonos a dormir el sueño eterno en los abismos del mar de la Malasia!

—Sandokan, nosotros podríamos defendernos,

disputar la victoria, mientras que esos dos barcos no pueden oponer nada a nuestra artillería poderosa y al espolón de nuestra nave.

—¡Es verdad, señor Yáñez!—dijo una voz detrás de ellos.

Sandokan se volvió impetuosamente, y se encontró ante Darma.

—Tú lo apruebas, porque...

No terminó la frase, que debía de aludir a los amores de la joven con el anglo-indio.

—¡Que prueben a defenderse ellos también, Darma!—añadió.

—No podrían hacerlo, señor Sandokan—replicó la joven.—En esos barcos es probable que vayan quinientos o seiscientos pobres muchachos que suspiran por el momento de volver á ver su patria y abrazar a sus ancianos padres. ¡No haga usted llorar a tantas madres; usted, que ha sido siempre tan generoso!

—¡Mis hombres, los viejos tigres de Mompracem, han llorado la noche que los arrojaron de su isla!—dijo Sandokan reprimiendo su ira.—¡Que lloren también las mujeres inglesas!

Sandokan se apartó de la borda y volvió hacia las dos torres de popa, de cuyas bocaportas salían las extremidades de dos grandes cañones de caza amenazando al horizonte. Iba a abrir la boca para mandar hacer fuego a aquellos dos monstruos de bronce, a tiempo que Darma puso una mano sobre los labios del terrible pirata.

—¿Qué es lo que va usted a mandar, mi generoso protector?—preguntó la anglo-india.

—¡Voy a dar la orden de muerte! ¡Quiero que esos cantos de alegría se truequen en un grito de angustia! ¡Quiero que el mar abra sus abis-

—En esos barcos es probable que vayan quinientos ó seiscientos pobres muchachos.

mos para tragarse a los conquistadores de mi isla!

—¡Eso no lo hará usted, señor Sandokan!—dijo Darma con voz firme. —Piense usted que cualquier día puede verse acometido por fuerzas superiores a las suyas y ser vencido. ¿A quién respetarán entonces los vencedores?

—Además, no debes olvidar, Sandokan—añadió con voz grave Yáñez,—que llevamos a bordo dos niñas: Surama, la primera y única mujer a quien he amado, y esta muchacha por salvar a la cual emprendimos contra los *thugs* una guerra en que tuvimos que hacer prodigios. Si haces eso, ni ellas siquiera podrían sustraerse a la ira de nuestros vencedores. ¿O es que quieres hacerlas también nuestras cómplices en este acto inhumano?

El Tigre de la Malasia se había cruzado de brazos, y miraba ya a Darma, ya a Surama, que se acercaba lentamente en aquel instante. La luz terrible que pocos momentos antes brillaba en sus ojos fué apagándose poco a poco.

De pronto tendió a Yáñez la mano sin hablar, sacudió dos o tres veces la cabeza, y en seguida se puso a pasear, deteniéndose de cuándo en cuándo para mirar a los barcos, que continuaban su rumbo pasando a la vista de las islas Romadés.

El *Rey del Mar* los seguía continuamente a la misma distancia.

Transcurrió la noche sin que Sandokan descansara un solo momento. Continuó paseando en la cubierta por entre las torres, sin volver a abrir la boca.

Cuando los primeros albores del nuevo día comenzaron a difundirse por el cielo, mandó acelerar la marcha del crucero y que los artilleros fuesen a ocupar su puesto de combate.

Por medio de una rápida maniobra se puso a distancia de pocos cables de los barcos y mandó izar su bandera, apoyando la orden con un cañonazo sin bala.

Agudos gritos resonaron en los dos transportes, cuyos puentes se cuajaron de soldados pálidos de terror.

—¡Arriad la bandera y rendíos a discreción, u os echo a pique!—mandó a decir Sandokan por medio de señales.

Al mismo tiempo ordenó apuntar los cañones, dispuesto a que a la orden siguiese la ejecución de la amenaza.

CAPÍTULO XII

EN AGUAS DE SARAWAK

Los dos transportes, que se veían en la imposibilidad de oponer resistencia alguna, pues sólo poseían piezas de artillería ligera completamente inofensivas contra la poderosa coraza del corsario, obedecieron en seguida bajando las banderas.

En su cubierta reinaba una confusión indescriptible. Los soldados, que serían unos trescientos o cuatrocientos, corrían alocados por los puentes y se agolpaban en derredor de las chalupas, creyendo que el crucero iba a hundirlos.

—¡Os concedo dos horas para desocupar los barcos!—dijo de nuevo el Tigre de la Malasia.—¡Transcurrido ese tiempo, abriré el fuego! ¡Obedeced!

Las islas de Romadés estaban a unos kilómetros de distancia mostrando sus costas desiertas por

completo y flanqueadas por abundantes bancos de arena y escolleras.

Los comandantes de ambos barcos, después de un breve Consejo, habían contestado:

—¡Cedemos ante la fuerza para evitar una matanza inútil!

Las chalupas disponibles fueron echadas en seguida al agua, tan cargadas de soldados, que parecía iban a hundirse, pues todos se apresuraban a embarcar por temor a que el corsario rompiese el fuego.

Viendo que algunos llevaban consigo los fusiles, Sandokan, siempre inexorable, indicó que los tirasen al mar ó que volviesen a llevarlos a bordo, amenazando con acribillar en el acto a las embarcaciones si no era obedecido.

Mientras el embarque se realizaba entre gritos, imprecaciones, amenazas y disputas, el *Rey del Mar* giraba lentamente en derredor de los barcos, siempre apuntándolos con los cañones.

—¿Qué es lo que vas a hacer con esos transportes?—preguntó Yáñez.

—¡Los echaremos a pique!—respondió fríamente Sandokan.—¡El mar está dispuesto a recibirlos!

—¡Qué lástima no poder remolcarlos hasta cualquier puerto!

—¿A cuál? ¡No hay ni un solo refugio amigo para los últimos tigres de Mompracem! ¡Cualquiera diría que todos los Estados de Borneo, después de habernos admirado tanto, tienen miedo al leopardo inglés! ¡No importa: no por eso dejaremos de hacer! Confiaremos al mar estas presas. ¡Ese por lo menos, no nos las devuelve nunca!

—¡Cuántos tesoros perdidos inútilmente!—dijo Darma.

—¡Así es la guerra!—contestó con sequedad Sandokan.—Yáñez, manda que echen al agua las chalupas y que abran los depósitos de carbón. ¡El *Rey del Mar* tendrá una buena provisión de combustible!

Los soldados, cuyas embarcaciones habían hecho ya varios viajes, habían acampado casi todos en la playa más próxima, dispuestos á refugiarse en los bosques en caso de peligro.

Yáñez hizo embarcar cincuenta hombres bien armados, y les ordenó que ocupasen ambos transportes antes que concluyesen de abandonarlos sus tripulaciones, con objeto de evitar cualquiera traición.

Debían de llevar los buques pólvora a bordo, y al marcharse los comandantes podrían dejar colocadas mechas encendidas en la santabárbara y hacer que volasen los transportes, y con ellos los depósitos de carbón, de que tanto necesitaban los tigres de Mompracem.

Así que salió el último inglés se dirigió a bordo de las dos naves un nuevo pelotón de malayos al mando de Kammamuri para proceder a descargar el combustible y las municiones de guerra.

Los soldados miraban con ansiedad desde la playa la maniobra de los piratas, asombrados de no verlos tomar a remolque los dos buques, que era lo que habían sospechado.

Los hombres de Sandokan trabajaron febrilmente durante todo el día, ocupados en vaciar las bien provistas carboneras de los dos transportes. Al caer de la tarde las habían vaciado casi por completo.

—¡Y ahora—dijo Sandokan,—mar, toma las presas que te ofrezco! ¡Cuando nosotros también nos vayamos a fondo, sénos clemente!

Antes de abandonar los dos barcos los malayos encendieron mechas adheridas a los barriles de pólvora, que habían dejado en la santabárbara.

Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik se apoyaron en la amura de popa para mirar tranquilamente a los dos transportes. Delante de ellos habían colocado un cronómetro.

—¡Tres minutos!—dijo de repente Sandokan, volviendo hacia sus compañeros.—¡El final!

Un instante después retumbaba una explosión espantosa, a la que siguió otra a muy poca distancia, no menos ensordecedora.

Ambas naves, cuarteadas por las voladuras, se hundían con rapidez, entre los gritos furiosos de los soldados y de las tripulaciones, que miraban la catástrofe desde la costa de la isla.

—¡He ahí la guerra!—dijo Sandokan con una sarcástica sonrisa.—¿La han querido? ¡Que la paguen! ¡Y esto no es más que el principio del drama!

En seguida, volviéndose hacia Yáñez, añadió:

—¡Ahora vámonos a Sarawak: aquel golfo será el teatro de nuestra futura campaña, y allí las presas serán más abundantes que aquí! ¡Ya lo veréis!

El *Rey del Mar* se alejó rápidamente de las Romadés, poniendo la proa al Sur.

Con las carboneras llenas y un sobrecargo en la estiba podía desafiar a correr a todos los barcos que los aliados debían de haber reunido en las aguas de Sarawak.

El potente crucero, que devoraba las millas, avistaba dos días después el cabo Taniong-Datu y pasaba por delante de la misma rada donde se había refugiado el *Mariana*. No habiendo encontrado nada en aquel sitio, volvió a emprender sin va-

cilar la carrera hacia el Sudeste para ir a la boca del Sedang.

Sandokan quería saber ante todo si la tripulación de su pequeño buque había logrado realizar la misión que le confiara, que, como ya sabemos, era sublevar y proporcionar armas a sus antiguos aliados los dayakos del interior, que tan vigorosamente le ayudaron contra James Brooke, el exterminador famoso de los piratas.

El *Rey del Mar*, que no había moderado su marcha, avistaba cuarenta y ocho horas después el monte Matang, pico colosal que se levanta cerca de la costa de Poniente de la amplia bahía de Sarawak, y cuya cumbre, llena de verdor, tiene una elevación de dos mil novecientos sesenta pies. Al día siguiente el crucero navegaba por delante de la boca del río que baña la capital del *rajá*.

Era el momento de abrir bien los ojos, porque los barcos ingleses o del *rajá* podían aparecer de una hora a otra.

Seguramente, la imprevista aparición del corsario habría sido anunciada a las autoridades de Sarawak, y, por consecuencia, se lanzarían al mar los mejores cruceros para proteger contra una acometida cualquiera a los barcos que dejaban el río en dirección a Labuan o a Singapoore, pues allí era fácil para los audaces piratas de Mompracem la captura de los buques mercantes.

Se ordenó a bordo del crucero una extrema vigilancia. Los gavieros estaban constantemente día y noche en las plataformas superiores, provistos de anteojos de largo alcance, prontos a lanzar la voz de alarma en el caso de que apareciese la menor columna de humo sobre el horizonte.

Para mayor precaución, Yáñez y Sandokan or-

denaron que después de puesto el Sol no se encendiese a bordo ninguna luz, ni siquiera en los camarotes cuyas ventanillas daban a los costados exteriores, y mucho menos los faroles reglamentarios. Querían pasar inadvertidos por delante de la boca de Sarawak, para que no los siguiesen en su camino por las costas orientales y realizar sin entorpecimiento las operaciones que se propusieran.

Instintivamente comprendían que los buscaban y que los barcos ingleses y los del *rajá* debían de estar cruzando por aquellos lugares. Quizás también podrían haber adivinado sus planes, o, lo que sería todavía peor, haberles informado alguien de lo que proyectaban.

En efecto; contra lo que era habitual en ellos, parecían los dos piratas sumamente preocupados. Se los veía pasear por el puente horas enteras, y detenerse a menudo para sondear el horizonte con ansiedad.

Sobre todo por la noche no abandonaban la cubierta, limitándose a descansar algunas horas después de salir el Sol.

—Sandokan — dijo Tremal Naik cuando ya el *Rey del Mar* rebasó algunas millas de la segunda boca de Sarawak,— me parece que estás muy inquieto.

—Sí—contestó el Tigre de la Malasia:—no te lo oculto, querido amigo.

— ¿Temes algún encuentro?

—Tengo por seguro que me siguen o que me preceden, y un marino se equivoca difícilmente. ¡Se diría que huele el humo de carbón de piedra!

—¿Crees que nos siga la escuadra inglesa, o la del *rajá*?

—La del *rajá* no me preocupa mucho, porque el

único barco que podía medirse con el mío yace en el fondo del mar.

—Entonces, ¿la de Sir Moreland?

—Sí, Tremal Naik. Los cruceros que posee el *rajá* son viejos y de segundo orden, y no valen absolutamente nada como buques de combate. La que me preocupa es la escuadra de Labuan.

—¿Será muy fuerte?

—Muy fuerte, no; pero sí numerosa. Pueden cogernos en medio y darnos bastante que hacer, aun cuando creo que nuestro crucero es lo bastante poderoso para poder medirse también con ella. Inglaterra tiene sus mejores buques en Europa.

—Esos están muy lejos—dijo Tremal-Naik.

—¿Y quién me asegura que no haya enviado algunos para darnos caza? Me han dicho también que en la India los tiene formidables. En cuanto hayan sabido los daños que hemos causado a sus Compañías de navegación, no dudarán los ingleses en lanzar sobre estos mares lo mejor de la escuadra india.

—¿Y entonces?—preguntó Tremal Naik.

—Haremos lo que podamos—contestó Sandokan.— Si no nos falta el carbón, los haremos correr mucho.

—¡Siempre es el carbón nuestro punto negro!

—Dí más bien nuestro lado débil, Tremal-Naik, porque para nosotros todos los puertos están cerrados. Afortunadamente, la marina inglesa es la más numerosa del mundo, y siempre hemos de encontrar vapores, aun cuando tengamos que ir a buscarlos en los mares de la China. ¡Ah! ¡Viene la niebla! ¡Esto es una fortuna para nosotros, ahora que vamos a pasar por las costas del sultanato!

—¿A qué distancia estamos de Sedang?

—A unas doscientas millas. Estas son las aguas más peligrosas. Si esta noche no tenemos ningún encuentro, mañana encontraremos el *Mariana*. ¡Tremal Naik, abramos los ojos y aumentemos la velocidad!

La suerte parecía proteger a los últimos tigres de Mompracem, porque en seguida que se puso el Sol cayó sobre el golfo una niebla muy densa.

Por lo tanto, el *Rey del Mar* tenía mayores probabilidades de poder huir de la caza que le daban los barcos aliados, en el supuesto de que se hubiesen movido para sorprenderle.

A pesar de esto, Yáñez y Tremal Naik habían dado las órdenes oportunas para que todo el mundo estuviese preparado. Podía aparecer cualquiera de los enemigos, empeñar la lucha, y el ruido de los cañonazos atraer la atención de la escuadra.

El crucero, que había aumentado su velocidad hasta alcanzar las trece millas, marchaba á través de la niebla, cuya densidad iba en aumento.

Sandokan, Yáñez, Tremal-Naik y el ingeniero americano estaban todos sobre la toldilla, cerca de los timoneles, procurando en vano ver algo a través de las oleadas calientes de la niebla, que de cuando en cuando rasgaba el viento.

Los artilleros se hallaban también en sus puestos, detrás de los monstruosos cañones y al lado de la artillería ligera, y resguardados por las amuras iban los malayos y los dayakos.

Todos callaban, escuchando con gran atención. No se oía otra cosa que los roncos mugidos del vapor, el de la hélice que batía las aguas, y el del espolón que las hendía.

Ya debían de haberse alejado unas cincuenta

millas de la segunda boca de Sarawak, cuando de repente se oyó silbar una sirena.

—¡Un barco en exploración que anuncia su presencia a otro!—dijo Yáñez a Sandokan.—¿Será de guerra o mercante?

—Supongo que será algún aviso del *rajá*—respondió el Tigre de la Malasia.—¿Nos esperarían?

—Manda hacer rumbo hacia Levante.

—Quisiera saber primero con qué adversarios tenemos que luchar.

—Con esta niebla, no me parece fácil, Sandokan—dijo Tremal-Naik.—¿Cuándo podremos llegar a la boca del Sedang?

—Dentro de cinco o seis horas. ¿Ves tú algo, Yáñez?

—Nada más que niebla—respondió el portugués.

—Pues nosotros no nos desviaremos. Así es que tanto peor para el que caiga bajo el espolón de nuestro barco.

Y acercándose al tubo que comunicaba con la cámara de máquinas, gritó con poderosa voz:

—¡Señor Horward! ¡Adelante a toda máquina; a tiro forzado!

El *Rey del Mar* continuaba su carrera, aumentando la rapidez.

De trece nudos por hora había subido a catorce, y todavía no era bastante. El ingeniero americano ordenó elevar la tensión al tiro forzado con objeto de llegar a los quince.

Cierto que el carbón se consumía; pero todavía tenían suficiente para navegar durante algunas semanas sin verse obligados a proveerse de combustible.

Transcurrieron dos horas más. De pronto se ilu-

minó la niebla como si la atravesara un haz de potente luz.

No podía ser luz de la Luna, porque era mucho más intensa y brillante; procedía del Este y corría de Norte a Sur, arrancando a las aguas chispas de plata.

—¡Un reflector eléctrico! — exclamó Yáñez.— ¡Nos buscan!

—¡Sí, sí; nos buscan! — dijo Tremal-Naik —¿Serán muchos?

Sandokan no había desplegado los labios; pero arrugó la frente.

Transcurrieron algunos minutos.

—¡Máquina atrás! — gritó de pronto el Tigre de la Malasia.

El *Rey del Mar*, arrastrado por la velocidad adquirida, todavía anduvo unos doscientos o trescientos metros; en seguida se detuvo, dejándose mecer por las largas oleadas del golfo.

Delante del crucero había un barco, que, probablemente, no estaría solo. Exploraba el mar, proyectando hacia todos lados un haz de luz eléctrica.

—¿Se habrá dado cuenta de nuestra presencia la escuadra de Sarawak? —dijo Tremal-Naik.

—Debe de habernos visto algún velero, o quizás algún parao que haya podido eludir nuestra vigilancia — dijo Sandokan.

—¿Qué piensas hacer, Sandokan?

—Por ahora, esperaremos; después pasaremos, aun cuando tengamos que echar a pique diez barcos a golpes de espolón. El *Rey del Mar* tiene una proa a prueba de escollos, y las máquinas son tan sólidas, que no saltarán por un encontronazo.

La luz seguía recorriendo lentamente la superficie de las aguas desde el Norte hasta el Sur, pro-

curando rasgar la niebla, que, afortunadamente, era muy densa.

De improviso, y por el lado opuesto, esto es, por la popa del crucero, apareció la luz de otro reflector, e inmediatamente otros dos, uno al Norte y otro al Sur.

De los labios del portugués que se hallaba de guardia con los timoneles, se escapó una sorda imprecación.

—¡Nos han rodeado perfectamente! ¡Malditos sean esos tiburones! ¡Me parece que dentro de pocos minutos va a hacer aquí mucho calor!

El Tigre de la Malasia había seguido atentamente la dirección de aquellos haces luminosos. Su barco estaba en el centro, y todavía no podía haber sido descubierto; pero tampoco le era posible ir hacia adelante ni hacia atrás sin que le vieran.

Llamó con un gesto a Yáñez y al ingeniero americano.

—Se trata de forzar el paso—les dijo.—Probablemente, delante no tendremos más que un barco. La carga va bien estibada.

—¿Atacaremos con el espolón?—preguntó el americano.

—Intento hacer eso, señor Horward. Mande usted que se doble el personal de la máquina.

—Bien está, comandante — respondió el yanki. —Mis compatriotas harían lo mismo en un caso como este.

—¿Están todos los artilleros en su puesto?

—Sí - contestó Yáñez.

—¡Adelante a toda máquina! ¡Pasaremos como quiera que sea!

Los raudales de luz eléctrica seguían cruzándo-

se en todos sentidos, y poco a poco se hacían más brillantes.

Probablemente, los que mandaban aquellos barcos debían haber descubierto la enorme masa del *Rey del Mar*, y se disponían a acometerle dirigiéndose hacia un mismo punto.

El momento iba a ser terrible, y, sin embargo, malayos, dayakos y americanos conservaban una tranquilidad admirable en tan supremo instante.

- ¡Todo el mundo a las baterías! —gritó Sandokan, entrando en la torre de mando con Yáñez y Tremal Naik.

El *Rey del Mar* saltó adelante. Su velocidad aumentaba por momentos, y el humo, que salía en violentas bocanadas por las dos chimeneas, se desplomaba sobre los puentes por efecto de la niebla.

Un retemblor sonoro sacudía toda la nave, los árboles de la hélice doblaban sus revoluciones, y el vapor mugía en las calderas.

Cual si fuera un proyectil gigantesco atravesó el crucero la zona luminosa; pero apenas hubo vuelto a sumergirse en la obscura niebla, nuevos torrentes de luz llegaron hasta él.

Los barcos enemigos se pusieron en su seguimiento para darle caza, y procuraban encerrarle en un círculo de fuego y de hierro.

Sandokan iba impávido, ordenando que el barco corriera siempre hacia el Este.

Retumbaron algunos cañonazos, y se oyó rasgar el aire a los proyectiles, que pasaron silbando sordamente.

—¡Dispuestos para el fuego de andanada!—gritó Yáñez.

—¡Por Júpiter! ¿Y las niñas?

—Están resguardadas en la cámara—respondió Tremal-Naik.

—Envía a alguien para que las diga que no se asusten si sienten un gran golpe—dijo Sandokan.

Sombras gigantescas se movían entre la niebla, iluminada continuamente por los reflectores.

La escuadra enemiga iba a caer sobre el crucero de los tigres de Mompracem con el intento de cortarle el paso.

De pronto una masa negra apareció casi de un modo inopinado ante la proa del *Rey del Mar* y a menos de cuatro cables de distancia. Era ya imposible detener la marcha del crucero.

—¡Con el espolón! —gritó Sandokan con voz de trueno.

El *Rey del Mar* se precipitaba como un ariete sobre el buque enemigo. Un golpazo espantoso, seguido de gritos de angustia, retumbó en la niebla, repitiéndose hasta perderse en la lejanía del Océano.

El espolón del crucero había penetrado por completo dentro del barco enemigo, abriéndole una grieta enorme.

El *Rey del Mar* se detuvo un momento inclinándose hacia proa, en tanto que en el otro buque, atacado y herido de muerte, sonaron varias explosiones. Eran las calderas que acababan de estallar.

—¡Máquina atrás!—gritó el ingeniero americano.

A proa se oyeron crujidos sordos, y en seguida el *Rey del Mar*, dando una brusca sacudida, libertó el espolón, se hizo atrás y viró sobre babor.

El buque pasado por ojo se iba a pique rápidamente, entre los clamores y la gritería ensordecedora de su tripulación.

El *Rey del Mar* había vuelto a emprender la ca-

rrera, pasando por la popa del barco que se sumergía, y echándose de nuevo en medio de la niebla.

Otras sombras aparecieron por babor y estribor. Los buques de la escuadra, aprovechando aquel momento de detención, habían llegado hasta el corsario, y proyectaban sus reflectores sobre los puentes del fugitivo.

—¡Fuego acelerado!—ordenó Yáñez.

El crucero se inflamó como un volcán en erupción con un horrendo estampido. Las gigantescas piezas de las torres rompieron el fuego casi simultáneamente, haciendo retemblar la nave desde la quilla hasta la punta de los mástiles y lanzando sobre los navíos contrarios sus enormes proyectiles; los cañones de medio calibre de las baterías siguieron el ejemplo, machacando al enemigo.

Sin embargo, los perseguidores no parecían asustarse, a pesar de que aquella tremenda descarga de la artillería gruesa moderna debía de haberles producido daños graves, irremediables en un barco pequeño o mal defendido.

Los relámpagos de los cañonazos menudeaban por todas partes. Los proyectiles y las granadas se aplastaban o se abrían sobre el sólido blindaje del barco corsario, o reventaban entre los puentes lanzando trozos de metal.

Golpeaban los flancos de babor y estribor, caían a popa y a proa, deslizándose sobre las planchas de las toldillas y rebotando en los bordes de las torres.

Pero el *Rey del Mar* no por eso se detenía: antes al contrario, contestaba con furia espantosa, enviando balas a diestro y siniestro, y por la parte de la popa.

Un barco pequeño que navegaba con velocidad

vertiginosa salió bruscamente de entre la niebla, y con loca temeridad corrió hacia el crucero.

Era una chalupa grande de vapor que llevaba un asta muy larga en la proa; la antigua torpedera Horward. El ingeniero americano, que conocía aquella arma mortífera, dió un grito:

—¡Cuidado! ¡Tratan de lanzarnos un torpedo!

Sandokan y Yáñez saltaron fuera de la torre de órdenes. La chalupa, iluminada por los reflectores eléctricos de los otros barcos, se dirigía velozmente hacia el *Rey del Mar*, tratando de alcanzarle: un hombre, el que la mandaba, iba a proa detrás del asta.

—¡Sir Morelandl—gritaron a un tiempo.

Era efectivamente el anglo-indio, que, impulsado por una loca temeridad, se proponía aniquilar al crucero.

—¡Detened esa chalupa!—gritó Sandokan.

—¡No, nadie le haga fuego!—dijo Yáñez a su vez.

—¿Qué es lo que dices, hermano?—preguntó asombrado el Tigre de la Malasia.

—¡No le matemos: Darma lloraría mucho! ¡Déjame hacer a mí!

A estribor había varias piezas de mediano calibre. Yáñez se dirigió a la más cercana, que ya habían apuntado sobre la chalupa, corrigió rápidamente la mira, y en seguida dió un tirón de la correa.

La chalupa se encontraba a unos trescientos metros; pero ya no iba a poder seguir al crucero: el proyectil le dió en la popa con una precisión matemática, arrancándole a un tiempo el timón y la hélice, y obligándola a detenerse en su vuelo.

—¡Buen viaje, Sir Morelandl—gritó con voz irónica el valiente artillero.

El anglo-indio hizo un gesto de amenaza, y el viento llevó hasta los tigres de Mompracem estas palabras:

—¡Dentro de poco encontraréis al hijo de Suyodhama! ¡Os espera en el golfo!

Ya había pasado el crucero la zona luminosa, y se refugiaba en la niebla.

Por última vez descargó sus cañones de caza en dirección de los barcos enemigos, que no podían competir con su máquina, y desapareció hacia el Este, mientras los malayos y los dayakos gritaban con voz estentórea:

—¡Viva el Tigre de la Malasia!

CAPÍTULO XIII

EL DESASTRE DEL MARIANA

Una vez más la poderosa nave de los tigres de Mompracem, construída por esos incomparables ingenieros americanos, justificó su título de invencible y de estar hecha a prueba de escollos.

A pesar del tremendo encontronazo soportado al dar aquel golpe terrible de espolón, resistieron maravillosamente tanto las máquinas como la proa, y lo mismo el blindaje, sobre cuyas planchas cayó la horrorosa granizada de tanta artillería.

Salió casi incólume de la batalla, porque, salvo alguna abolladura sin importancia, sus potentes costados podían volver a sufrir perfectamente otra prueba. Todo el daño se limitó a cuatro muertos: cuatro artilleros mutilados al reventar una granada.

El *Rey del Mar* no moderó la marcha. Sabiendo ya de un modo indudable que los seguían, y suponiendo que los aliados debían de haber adivinado la intención de aquel crucero, Sandokan y Yáñez querían llegar a la boca del Sedang con una ventaja de veinticuatro horas, por lo menos, para proteger al *Mariana* y, si era posible, ponerse al habla con los jefes de los dayakos.

Estaban seguros de que habían de encontrar el pequeño buque escondido entre las escolleras en espera de su llegada.

—Si el Diablo no mete el rabo—dijo Yáñez a Tremal-Naik,—cuando llegue la escuadra de los aliados todo estará concluído.

—¿No dejarán de darnos caza?—preguntó el indio.

—Procurarán encerrarnos entre el Sedang y el Redjang para ponernos en el trance de ir hacia la costa—respondió el portugués;—pero todavía espero que no han de llegar a tiempo.

—¿Y si nos encontramos allá abajo con el hijo de Suyodhama? ¿Has oído lo que gritó Sir Moreland?

—Pudiera ser; pero supongo que ese hombre no tendrá una escuadra bajo sus órdenes.

—¿Y si la ha armado? Los *thugs* debían de poseer inmensos tesoros, y los habrá recogido el hijo de Suyodhama después de la dispersión de la secta.

—Sí, patrón; inmensos—dijo Kammamuri, que se había acercado en aquel momento.—Durante mi prisión en el subterráneo de Raymangal pude ver una caverna llena de barriles colmados de oro. Además, me dijeron que en las principales casas de banca de la India tenían depositadas sumas incalculables.

—¡Estás amargándome el cigarro, mi querido Kammamuri!—dijo Yáñez.—¿El hijo del Tigre de la India ha podido armar varios barcos? ¡Bah!—exclamó encogiéndose de hombros.—¡Nuestro crucero puede hacer frente a varios, y daremos una lección a ese señor! ¡Por cierto que ya era hora de que se mostrase y nos dejara ver si se parece a su padre!

—¡Qué lástima que Sir Moreland no nos haya proporcionado algunas noticias acerca de nuestro enemigo!—dijo Tremal-Naik.

—¡Hum!—hizo Yáñez.—Yo sospecho que ese anglo-indio está más al servicio del hijo de Suyodhama que al del *rajá* de Sarawak.

—Razón demás para que no se le respete, señor Yáñez—dijo Kammamuri.—Usted debió dejar que disparasen toda la artillería sobre su chalupa de vapor, en lugar de tocarle tan sólo.

—¿Qué quieres? ¡Me daba pena dejar que matasen a ese joven tan valiente!—respondió Yáñez.

—Y tan amable y cortés—añadió Tremal-Naik. —Cuando Darma y yo éramos sus prisioneros, se mostró siempre como un verdadero caballero, especialmente con mi hija.

—¿Desde el primer momento?

—Desde el principio, no—contestó el indio.—En los primeros días estuvo sumamente frío: tanto, que a menudo me miraba de muy mala manera, lo cual me inspiraba inquietudes y preocupaciones; pero fué cambiando poco a poco.

—¡Ah!—replicó Yáñez sonriendo. Volvió a encender el cigarro, que se le había apagado, y se dirigió hacia la toldilla de la cámara, en la cual entraban en aquel momento Darma y Surama.

—¿No habréis tenido miedo, niñas mías?—dijo

mirando especialmente y con cierta malicia a la hija del indio.

—¡Gracias, señor Yáñez! —le susurró Darma cogiéndole la diestra y apretándosela fuertemente.

—¿Qué es lo que sabes?

—¡Lo he oído todo!

—Lo hubieras sentido mucho si le hubiesen matado; ¿verdad, Darma?

—¡Sí!—suspiró la muchacha. —¡Es un amor fatal!

—¡Bah! Cuando concluya la guerra buscaremos a ese joven animoso, y... ¡quién sabe!... Todo puede concluir bien, y quizás seréis una pareja feliz, pues, por lo que yo he visto, también Sir Moreland te quiere con toda su alma.

—Sin embargo, *Sahib* (1) blanco—dijo Surama, —me han dicho que había intentado volar nuestro barco.

—Averiarle gravemente para aprovecharse de la confusión, y ver de robar a Darma—dijo Yáñez.—¡Oh; tengo por cierto que no la hubiese dejado ahogarse. Aclara la niebla, y veo que por allí comienza a difundirse un poco de luz. Es que amanece: ahora veremos si todavía llevamos a retaguardia los barcos de los aliados.

La niebla, que con tanta oportunidad había protegido a los tigres de Mompracem, comenzaba a levantarse, aventándola la brisa de la madrugada.

Al desaparecer todos aquellos vapores pudo verse que el Océano estaba desierto.

La escuadra aliada, comprendiendo que no podía competir con las poderosas máquinas del *Rey del Mar*, debía de haberse quedado muy atrás, o

(1) Señor.

emprendido el regreso hacia la boca del Sarawak.

También por el Norte aparecía el horizonte limpio, pues el corsario se había apartado mucho de las costas de Borneo para que no pudiera distinguirle ningún buque costero.

No se veía otra cosa que pájaros marinos, los cuales revoloteaban con ligereza y velocidad verdaderamente admirables.

El *Rey del Mar* siguió durante todo el día su veloz carrera, pues Sandokan no sólo quería conservar la ventaja conseguida, sino aumentarla, con objeto de tener tiempo para buscar al *Mariana*.

Antes de ponerse el Sol el crucero navegaba ya en las aguas que bañan la costa de Sedang.

—Por ahora podemos considerarnos fuera de peligro—dijo Yáñez á Horward, que, lo mismo que Darma, contemplaba la puesta del astro diurno.

—Sí; pero dentro de unos días, probablemente antes de cuarenta y ocho horas, nos veremos obligados a volver a comenzar la canción—respondió el americano.

—Los barcos de los aliados nos dejarán tranquilos.

—Pero ¡qué puesta del Sol tan soberbia!—exclamó en aquel momento Darma.

—Las que se admiran en estos mares son las más hermosas que pueden contemplarse—dijo Yáñez.—Tienen colores que no se ven en ningún otro sitio. Si están ustedes atentos, verán el famoso rayo verde.

—¡Un rayo verde!—exclamaron Darma y el americano.

—Y espléndido, Darma: es un fenómeno maravilloso, que tan sólo se puede admirar en los mares de la Malasia y en el Océano Índico. El cielo está

muy puro, y, probablemente, podrás verlo. Espera a que el borde superior del Sol esté a punto de sumergirse.

—¿Es posible que de todos esos fulgores de incendio pueda surgir un rayo de ese color?—exclamó.

—Estoy seguro de no equivocarme: pongan ustedes atención.

El Sol se hundía tras un Océano de luces, cuyos colores iban variando poco a poco por efecto del estado higrométrico de la atmósfera y de la distancia que separaba al astro del cenit.

Mientras iba sumergiéndose en el Océano se difundía por el cielo una luz roja y amarillenta, que adquiría con gran rapidez un tono violáceo que se desvanecía insensiblemente en un fondo azul grisáceo.

El borde superior del disco solar estaba a punto de desaparecer, cuando de improviso surgió un rayo completamente verde, de una belleza tal, que arrancó sendos gritos de admiración a Darma y al americano.

Durante algunos instantes se proyectó sobre el agua, y en seguida desapareció de pronto, a tiempo que el último segmento del astro del día se ocultaba tras la movible superficie.

—¡Magnífico!—exclamó Horward.

—¡Soberbio!—había dicho Darma.—¡Jamás había visto un rayo de ese color!

—Porque has recorrido estos mares muy pocas veces—respondió Yáñez.

—¿Y no puede verse en otras partes?—preguntó Kammamuri, que se había reunido con ellos.

—Es dificilísimo, porque tienen que concurrir condiciones excepcionales de limpidez y pureza en la atmósfera, y solamente en estos parajes se dan

con frecuencia. La campana nos llama a la mesa para cenar. Aprovechémonos, ya que ningún peligro nos amenaza—dijo Yáñez ofreciendo el brazo a la joven anglo-india.

Dos horas después de la puesta del Sol el *Rey del Mar*, que no había disminuído la velocidad, se encontraba frente a la boca del Sedang y a una distancia de media docena de millas.

—¿Se habrá escondido el *Mariana* dentro del río?—preguntó Kammamuri a Yáñez, que reconocía la costa con el auxilio de un anteojo.

—No habrá sido tan mentecato su comandante. Debe de haberse ocultado entre las escolleras de Levante, las cuales forman varios canales. Avanzaremos lentamente en esa dirección.

El barco puso proa hacia la boca del río, llegando hasta muy poca distancia de aquélla; en seguida se dirigió hacia el Este, donde se destacaban largas filas de escolleras.

Se encontraban a muy poca distancia de las primeras rocas que emergían de las aguas cual minúsculas islillas, cuando retumbaron débilmente en lontananza algunas detonaciones.

Sandokan, prevenido en el acto por Kammamuri, se apresuró a subir a la cubierta juntamente con Tremal-Naik y Horward.

Examinaron con atención el horizonte mirando en todas direcciones: al alcance de la vista no aparecía barco alguno de vela ni de vapor. Sin embargo, aquellos disparos—tres, si no estaban equivocados los hombres de guardia—los habían oído todos ellos. Sandokan manifestó una viva inquietud.

—¿Habrá sorprendido algún barco a mi viejo *Mariana* y lo habrá cañoneado?—se preguntó.

—¿Hacia qué parte se oyeron los disparos?

—Hacia Occidente – dijo Yáñez, que estaba de guardia.

—¿No se ha visto antes en esa dirección ninguna columua de humo?

—Nada: el horizonte estaba purísimo.

—Y esas detonaciones, ¿eran muy débiles?

—Debilísimas.

—Entonces, esos cañonazos deben de haberlos disparado a una gran distancia—dijo Horward.

—Sí; teniendo en cuenta que el viento sopla del Este.

—Sandokan—dijo Tremal-Naik, cuya frente se había obscurecido,—busquemos en seguida el *Mariana*.

—Eso es lo que vamos a hacer – contestó el Tigre de la Malasia.— Si no le encontramos detrás de esa escollera, volveremos hacia el Sedang. Manda que Kammamuri y los gavieros suban a las cofas con buenos anteojos para que registren el horizonte con gran cuidado.

El *Rey del Mar* continuaba navegando hacia el Este, siguiendo la costa a distancia de un par de millas para no chocar en algún banco de arena.

Sin embargo, no aparecía ningún barco.

Una ansiedad profunda se había apoderado de la tripulación, y sobre todo de Sandokan y de Yáñez. La ausencia del parao que debía de encontrarse hacía algunos días en aquellos parajes los inquietaba mucho; temían que hubiera sido descubierto y echado a pique por algún barco enemigo.

Sambigliong estaba más furioso que nadie, y paseaba y volvía a pasear, dando vueltas como un loco entre las torres de los grandes cañones, pro-

metiendo hacer pedazos al audaz que se había atrevido a abordar al viejo *Mariana*.

La carrera del *Rey del Mar* duró una hora, sin que los gavieros hubiesen logrado descubrir el velero en ninguna dirección. En vista de este resultado, Sandokan dió orden de virar de bordo y acercarse a una barrera de escollos altísimos que formaba un brazo de mar entre éste y la costa.

Todos tenían el convencimiento de que le había ocurrido una desgracia al pobre barco.

—¡Activad los fuegos!—mandó Sandokan.—¡Si llegan a tiempo los ingleses, les haremos pagar caro este golpe de mano!

—¿Se nos vendrá encima la escuadra aliada?—preguntó Tremal-Naik a Yáñez.

—Le llevamos por lo menos una ventaja de doce horas—contestó el portugués.—¡Llegará demasiado tarde!

El buque volaba como una gaviota, a tiro forzado. En los hornos se precipitaban toneladas de carbón y desarrollaban un calor tan intenso, que los mismos maquinistas y fogoneros lo soportaban difícilmente.

La Luna había salido poco después de las once, y la noche era tan clara, que podía verse perfectamente en la argentada superficie del golfo el más pequeño punto negro. Sin embargo, los gavieros contestaban siempre negativamente a las preguntas que de cuando en cuando les dirigía.

¡Nada, siempre nada! ¡No se veía ningún punto negro en el horizonte!

—¿Habrán señalado la agonía del *Mariana* aquellos cañonazos?—se preguntaban todos con ansiedad creciente.

A eso de media noche comenzaron a delinearse

las costas orientales del Sedang. Parecían negrísimas por causa de las masas imponentes de sus bosques seculares.

De pronto, y cuando ya el *Rey del Mar* había embocado el canal que se abría detrás de la escollera, resonó una voz en la plataforma del trinquete:

—¡Humo delante de nosotros!

Yáñez dirigió un anteojo hacia aquella parte.

—¡Un barco de vapor! — gritó el portugués.— ¡Dos mil metros! ¡Un buen tiro para un artillero hábil! ¡Detengámosle! ¡Cien rupias a quien le toque!

Todavía no había terminado la frase, cuando ya el viejo jefe de cañón americano que había ganado los doscientos dólars se colocó detrás de su pieza, bajo la torrecilla de babor.

Veíase perfectamente que el vapor trataba de huir. La Luna le daba de lleno.

La distancia era muy respetable; pero el viejo artillero tenía confianza en su vista y en su cañón.

—¡Ahora yo lo arreglaré!—dijo.—¡Las cien rupias van a danzar en mi bolsillo, en espera de ocasión para comprar una montaña de tabaco y un barril de ginebra!

Aguardó a que el buque pasara junto a la proa del crucero, e hizo fuego rápidamente.

¿Dió en el blanco causando al enemigo un gran daño, o había fallado? Fué imposible saberlo, porque casi en el mismo instante desapareció el barco detrás de un obstáculo que la distancia no había permitido distinguir, y que no se sabía si era una escollera o un islote.

El *Rey del Mar* se había puesto en su seguimiento, moderando, sin embargo, la marcha, por

que corría el peligro de encontrarse en el momento menos pensado ante uno de tantos bancos arenosos como se extienden en las proximidades de las bocas del Sedang.

A un kilómetro de distancia de la costa, Sandokan ordenó que se sondara.

Como conocía de un modo imperfecto aquellos lugares, no se atrevía a avanzar el crucero por miedo a varar.

Sin embargo, el buque contra el cual disparó el americano había desaparecido. Probablemente, habría aprovechado alguna de las escolleras que se extendían hacia el Norte, para internarse en un canal y alejarse, o buscar refugio en cualquier seno o ensenada.

En su segunda caminata el *Rey del Mar* debía de haberse remontado mucho hacia Levante del río Sedang, porque Yáñez y Sandokan decidieron abandonar al fugitivo, el cual sería, probablemente, muy débil cuando no se atrevía a hacerles frente, y viraron hacia Poniente para seguir buscando al *Mariana*.

Les asaltó la duda de si el parao, para sustraerse a la persecución, habría buscado también algún escondrijo, o se habría arrojado sobre la costa.

Hacía un cuarto de hora que marchaban a poca velocidad, continuando en busca del parao, cuando cerca de una escollera apareció una masa negruzca con unas velas muy altas y desplegadas todavía.

—¡Nave a la costa!—gritaron los vigías de la cofa.

—Debe de ser nuestro *Mariana* – gritó Yáñez — ¡Por fin!

El *Rey del Mar* viró rápidamente de bordo y

avanzó con lentitud hacia la escollera. Se precipitaron todos en seguida a la proa para ver mejor aquel barco, cuya inmovilidad les produjo no poca inquietud; tanto más, cuanto que parecía estar adherido a las rocas.

Le enfocaron con un reflector eléctrico, iluminándole como si fuese pleno día; pero, cosa extraña, a pesar de eso, nadie apareció sobre la cubierta.

—¡Disparad tres cohetes!— ordenó Yáñez.—Si hay gente a bordo, seguramente contestarán.

—¿Será el *Mariana?*— preguntó Tremal-Naik, que participaba de los temores de los dos comandantes.

—Todavía no puedo decírtelo— respondió el portugués,—aun cuando las velas son como las de un parao grande o las de un *giong*.

—Me ocurre una duda. Ese barco se habrá echado sobre la escollera y embarrancado en la arena para huir de algún cañoneo de los ingleses. ¿Verdad, Tremal-Naik?

—Sí.

—Temo que hayas adivinado.

—¿Y la tripulación? No se ve a nadie.

—Y nadie contesta—dijo Sandokan, que se había acercado, mientras que Kammamuri y Sambigliong lanzaban los cohetes, que estallaron en el aire despidiendo multitud de chispas multicolores.

—Entónces, es que los ingleses han hecho prisionera a la tripulación—dijo Tremal-Naik.

—Pues nosotros iremos a libertarla, aun cuando haya que perseguir a ese barco hasta dentro del río Sedang. Manda echar al agua una chalupa, y vamos a ver si ese parao es en efecto el *Mariana*.

El crucero había moderado la marcha, por el te-

mor constante de encontrarse ante un bajo fondo. Los escandallos no daban más que doce metros de profundidad, y el fondo tendía a elevarse rápidamente.

La gran chalupa de vapor cayó al agua, y Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik, con veinte malayos armados, tomaron asiento en ella y se dirigieron hacia la escollera.

El *Rey del Mar* había virado de bordo, volviendo un poco mar adentro, porque el oleaje era en aquellos sitios bastante fuerte.

La escollera no distaba más que unos quinientos o seiscientos metros. La componía una larga fila de rocas de color muy obscuro, cortada en forma de sierra y con los costados carcomidos y corroídos por la eterna acción de las olas.

El barco había embarrancado hacia la punta septentrional, y por fuerza del encontronazo, que debía de haber sido violentísimo, se había replegado sobre un flanco, sosteniéndose con las bancazas contra una roca tan elevada como la arboladura.

Temiendo una sorpresa, Sandokan mandó a diez de sus hombres que preparasen los fusiles; hecho esto, se dirigió la chalupa hacia una caleta rodeada por un cinturón de escollos, y cuyas aguas estaban tranquilas.

Seis marineros quedaron de guardia en la embarcación, y con los otros se acercó al barco.

—¡El *Mariana!*—gritó de pronto con acento de dolor.

El desgraciado velero, fuera por efecto de una falsa maniobra, o bien lanzado a propósito, se había reventado contra la punta de la escollera de tan mal modo, que se podía dar por perdido.

Las agudas rocas le habían deshecho el casco,

produciéndole una grieta enorme, por la cual entraban libremente las olas en la bodega.

—¡En qué estado encontramos a este pobre barco! —exclamó Yáñez, que no estaba menos conmovido que el Tigre de la Malasia.—¿Qué será lo que le habrá obligado a echarse sobre esta escollera? ¿Y su tripulación?

—Allí, en el costado de babor, hay una escala de cuerda—dijo Tremal-Naik.—¡Subamos!

—¡Preparad las armas! —ordenó Sandokan.—¡Pudiera suceder que hubiese ingleses a bordo!

—¡Ya estamos! —dijo Yáñez.

Y subió el primero, en seguida Sandokan, y detrás todos los demás, llevando montados los fusiles y las pistolas.

En el barco reinaba un silencio de muerte, pero ¡qué desorden en la toldilla! Allí se veían cajas y barriles abiertos, bombardas y fusiles tirados, y en la proa un enorme agujero que parecía hecho por alguna granada.

La escotilla grande estaba descorrida, y allá abajo, en las profundidades de la bodega, mugía el agua sordamente.

—No hay nadie —dijo Yáñez.

—¿Qué les habrá sucedido a mis hombres?—se preguntó Sandokan con ansiedad.—¿Y la carga que tenía la nave? Porque me parece que ha sido vaciada la estiba.

En aquel momento, y desde la cumbre del escollo en el cual se apoyaba el *Mariana*, gritó una voz:

—¡El capitán!

Sandokan y Yáñez levantaron vivamente la cabeza, en tanto que los malayos, por precaución, armaban las carabinas.

Un hombre de color obscuro y medio desnudo descendía a grandes saltos por las rocas, llevando en la mano un *parang*, cuya larga hoja brillaba intensamente, herida por los rayos de la Luna.

En pocos instantes llegó hasta la amura de babor, y saltó en la cubierta, diciendo:

—¡Capitán, le esperaba!

—¡Tú, Sakkadama! —exclamaron a un tiempo Yáñez y Tremal-Naik, reconociendo en él al piloto del *Mariana*.

—¿Qué ha sucedido aquí?—preguntó Sandokan.

—Ayer tarde nos sorprendió un barco de vapor, obligándonos a arrojarnos sobre esta escollera, con lo cual se abrieron dos aberturas bajo la línea de flotación. Huyó al ver llegar el crucero.

—¿Y ha saqueado al *Mariana*?

—Sí, Tigre de la Malasia. Se llevaron las armas y las municiones.

—¿Y tus compañeros, dónde están?

—Han pasado al Sedang.

—¿Y tú te has quedado?

—No había sitio en la chalupa, porque la otra la deshizo un cañonazo.

—¿No os habéis puesto al habla con los dayakos?

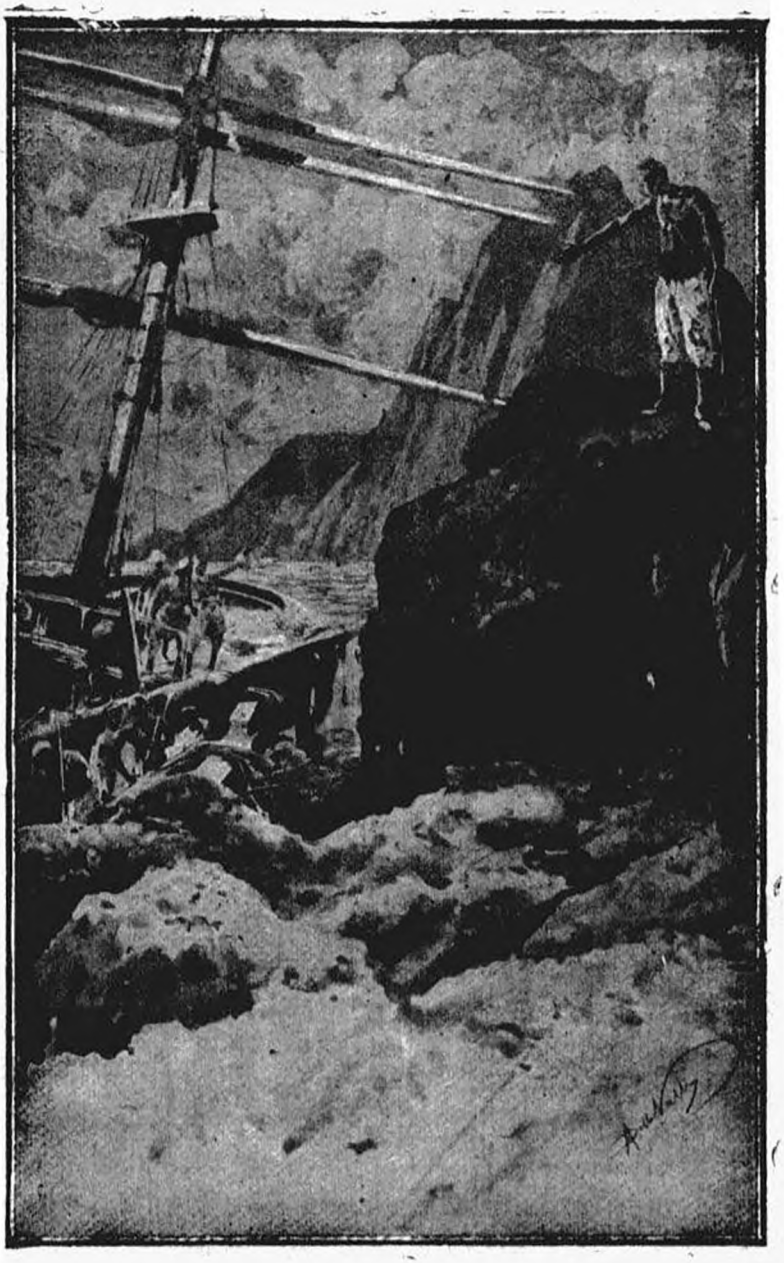
—Sí—contestó el piloto;—hace ocho días, y no hemos podido hacer nada. El *rajá*, sospechando de ellos, hizo prender a bastantes, y a los demás los ha desterrado lejos de la frontera.

—¡Maldición!—exclamo Yáñez.—¡Es una noticia que no esperaba! ¡Adiós, esperanzas!

—Hemos tardado demasiado· dijo Sandokan,—y el *rajá* se ha prevenido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Sandokan?

—No nos queda otro recurso que luchar en el mar—contestó el Tigre de la Malasia.—Volvere-



Un hombre de color obscuro y medio desnudo descendía a grandes saltos por las rocas...

mos hacia el Norte, ya que el grueso de la flota aliada se encuentra en las aguas de Sarawak, y reanudaremos la guerra contra los buques mercantes, causando los mayores daños posibles a las Compañías de navegación. ¡Si es preciso, iremos hasta los mares de la China! ¡Amigos, a bordo! ¡No perdamos tiempo!

Ya se disponían a descender a la chalupa, cuando oyeron un cañonazo disparado a bordo del *Rey del Mar*.

Sandokan dió un salto.

—¿Habrán visto la escuadra de los aliados?—se preguntó.

—Lo supongo—contestó Yáñez.—Veo que dirige la proa hacia nosotros.

—¡Mirad!—gritó Tremal-Naik.

Una luz vivísima iluminaba el horizonte por el Oeste, unos minutos antes completamente obscuro.

La escuadra aliada, compuesta de media docena de barcos, se dirigía velozmente hacia el crucero, a fin de impedirle salir a alta mar.

—¡Pronto! ¡A bordo!—gritó el Tigre de la Malasia.

Se dejaron escurrir por la cuerda uno tras de otro, y la chalupa salió a toda velocidad hacia el *Rey del Mar*, que por su parte iba a su encuentro.

Aun cuando estaban muy lejos, los barcos enemigos habían roto el fuego, y los cañonazos sucedían a los cañonazos; algunos proyectiles cayeron a pocos metros de ambas embarcaciones. Tardarían muy pocos minutos en llegar a su destino las balas y las granadas.

El *Rey del Mar* estaba ya a dos o tres cables, y maniobró de modo que pudo proteger a la chalu-

pa contra los tiros de la artillería adversaria, oponiendo a los proyectiles sus resistentes costados. De un solo golpe descendió la escala.

El ingeniero Horward, Darma, Surama y Kammamuri salieron de la torrecilla de popa, gritando:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Suban ustedes!

Algunos marineros habían calado ya los palangres para izar la chalupa.

Yáñez, Sandokan, Tremal-Naik y sus compañeros se lanzaron por la escala, después de haber asegurado los ganchos.

—¡Por fin!—exclamó el americano.—¡Creí que no llegaban ustedes a tiempo!

—¡A sus puestos los artilleros!—gritó Sandokan. —¡Dobles timoneles a la rueda!

—¡Vamos a tener que hacer para desembarazarnos de la escuadra; pero somos fuertes y veloces! —dijo Yáñez.

CAPÍTULO XIV

EL DEMONIO DE LA GUERRA

Embarcada rápidamente la chalupa, el *Rey del Mar* viró de bordo a toda prisa, lanzándose hacia el Norte para no meterse entre las escolleras que se prolongaban en dirección de Poniente.

La escuadra aliada corría a todo vapor, con la esperanza de cortarle el paso, y forzaba las máquinas para llegar a tiempo.

Pero ninguno de aquellos barcos, todos de tipo anticuado y que se pudrían en las estaciones de

Ultramar, podía competir con el velocísimo crucero, el cual marchaba a tiro forzado, ni tampoco con su poderosa artillería, que en aquella época era la última palabra. Los proyectiles llovían sobre el puente del corsario y golpeaban con furia su coraza; las granadas estallaban sobre las torres produciendo un ruido ensordecedor y despidiendo altas llamaradas; pero todo esto apenas producía efecto en el blindaje.

El barco de los tigres de Mompracem contestaba con igual energía. Sus grandes cañones de caza tronaban sin cesar, hiriendo gravemente a los adversarios, demasiado débiles para medirse con él.

Yáñez, con el inseparable cigarro entre los labios, y Sandokan, sombrío e inmóvil, presenciaban tranquilamente aquel horrible espectáculo, sin que se alterase ni un solo músculo de su fisonomía. Tan sólo cuando algún proyectil daba de lleno en el barco enemigo manifestaban su satisfacción con una chupada más vigorosa el primero, y el segundo, con un simple movimiento de cabeza. A bordo el estruendo era espantoso.

Torrentes de fuego salían por las aspilleras de las torrecillas y por los contracantiles de las baterías; nubes de humo envolvían los costados del poderoso buque.

El *Rey del Mar* huía con la rapidez del vértigo, sustrayéndose al temible cerco en que quería encerrarle la escuadra y dejando tras de sí columnas de humo y de chispas.

Como si fuera un proyectil pasó por entre dos barcos que pretendían cogerle disparándole dos tremendas andanadas, y protegiéndose con las dos piezas de popa.

La escuadra aliada, impotente para cazarle por

su inferior velocidad, se iba quedando a retaguardia, aun cuando navegaba a tiro forzado. Sus balas ya no caían en el puente del crucero.

Ya los tigres de Mompracem se creían en salvo, cuando de detrás de una alta muralla de escollos vieron salir a todo vapor cuatro soberbios cruceros de tanto bordo cada uno como el *Rey del Mar*.

—¡Mil diablos!—exclamó Sandokan.—¿De dónde han salido esos navíos? ¡Yáñez! ¡Manda que pongan la proa al Norte!

Los cuatro cruceros se habían lanzado sobre el *Rey del Mar;* pero, desgraciadamente, habían aparecido demasiado tarde para tomar parte activa en el combate.

—¡Un momento antes, y no sé cómo nos las hubiéramos arreglado!—dijo Yáñez que los observaba a través de la aspillera de la torre de órdenes.

—Pero ahora, señor Yáñez, se quedarán a popa —dijo el ingeniero americano, que también los miraba con gran atención.—En cuanto a armamento, quizás puedan competir con nosotros; pero no en potencia de máquina: ganamos terreno a ojos vistas, y dentro de seis horas ya no los veremos.

—¿De quién serán esos barcos tan hermosos?—preguntó Tremal-Naik.

—No veo ondear ninguna bandera en su arboladura.

—Supongo que sean ingleses — respondió Yáñez. — Puede ser que pertenezcan á la escuadra anglo-india. Antes no se veían en Labuan barcos tan modernos.

—Y, según parece, no quieren dejarnos— dijo Sandokan, que volvía a entrar en la torre en aquel momento. — Por fortuna, estamos fuera del

alcance de su artillería. Esperaremos a que caiga la noche para hacer una falsa maniobra y doblar hacia Occidente. Saldremos de las costas de Labuan.

—¿Creen acaso esas gentes que intentamos dar un golpe de mano en esa isla?—preguntó Yáñez.

—O en Mompracem—contestó Sandokan.—¡Qué lástima tener que consumir tanto carbón para sostener esta velocidad!

—Por ahora bastante hacemos con obligarlos a correr; después nos proveeremos a expensas de los vapores mercantes.

El *Rey del Mar* continuaba su veloz carrera a tiro forzado. La escuadra de los aliados que intentó rodearle cerca de los escollos estaba ya fuera de vista; tan sólo los cuatro cruceros, a pesar de perder camino, continuaban la persecución vigorosamente.

Debían de poseer también máquinas potentes, porque cuando alboreó, el *Rey del Mar* no había logrado adelantarles más que una milla, devorando cantidades inmensas de carbón. Como desde un principio les llevaba cuatro millas de ventaja, se sostenía fuera del alcance de la artillería, que en aquella época no podía disparar a esa distancia.

Al mediodía todavía no había cesado la caza; pero ya se había ganado otra milla.

Yáñez, que no había dejado la cubierta ni un solo instante, iba a bajar al comedor, cuando Darma se le acercó.

La niña parecía muy preocupada y muy triste.

—Señor Yáñez—le dijo deteniéndole,—¿le ha visto usted?

—¿A quién?—preguntó el portugués, aun cuan-

do había comprendido qué era lo que le preguntaba la joven.

—¡A Sir Moreland!

—No, Darma; no le he visto en ninguno de los puentes de mando de la escuadra de los aliados.

La niña palideció.

—¿Habrá muerto?—preguntó al cabo de un instante.

—¿Y por qué ha de haber muerto? No ha peleado con nosotros; y cuando le estropeé su chalupa de vapor, estaba tan vivo como yo.

—¿Vendrá en alguno de esos cuatro barcos?

—Tampoco le he visto en ninguno de ellos. He mirado atentamente los puentes con el anteojo, y no le he visto.

—Pues, a pesar de eso, mi corazón me dice que viene en uno de esos cruceros.

Yáñez sonrió sin contestar, y ofreciéndole el brazo, la condujo al comedor.

Por la tarde todavía los cruceros se veían, pero a una distancia de doce millas.

A pesar de que sus chimeneas vomitaban torrentes de humo, seguían perdiendo camino.

Al mediar la noche el *Rey del Mar*, que no había encendido sus luces, viró bruscamente de bordo dirigiéndose hacia Poniente, en dirección del cabo Taniong-Datu, para meterse en el mar de la Sonda.

Era necesario proveerse de carbón, y sin tener puertos amigos y sin la ayuda del *Mariana*, no había otra esperanza ni otro recurso que tomárselo a los barcos ingleses, los cuales no habrían interrumpido, seguramente, sus acostumbrados viajes.

Después de haberse asegurado de que ya no se

veían los cruceros, Sandokan mandó reducir la velocidad del buque para economizar el combustible, ignorando cuándo podría renovar su provisión, que otra vez era muy escasa.

Dos días después avistaban el cabo Taniong-Datu, y el *Rey del Mar* prosiguió su camino hacia el Noroeste, esperando que en aquella dirección podría sorprender a algún vapor procedente de Singapoore o de los puertos de Java y de Sumatra; pero durante los primeros días que siguieron no se vió humo alguno en el horizonte.

Había que tener en cuenta que en todas las islas del mar de la Sonda se había corrido la voz de que batía aquellos parajes un buque corsario, y los vapores ingleses no se habían atrevido a salir de los puertos, en espera de que la escuadra de Labuan le echara a pique o le capturase.

Aun cuando estaban muy preocupados, pues no ignoraban que de la abundancia de carbón dependía el poder estar siempre a salvo, Sandokan y Yáñez no eran hombres que desesperasen fácilmente.

Todavía podían andar a poca velocidad trescientas o cuatrocientas millas, e ir, si era preciso, hasta los mares de la China meridional, y si hubiesen querido, intentar todavía un buen golpe de mano.

Pero, al menos por el momento, no tenían propósito de alejarse mucho de las costas de Borneo. Además, la escuadra inglesa del extremo Oriente debía de haberse puesto ya en movimiento para capturarlos, y no querían hacerle frente con tan escasa provisión de combustible.

—Esperemos—había dicho Sandokan a Tremal-Naik, que le interrogaba acerca de sus planes.—

No nos conviene dejar de momento estos parajes y rebasar las islas Natuna y Bungaram. Sé muy bien que allá no me faltarían barcos que apresar; pero tampoco aquí me faltará que hacer.

—¿Qué es lo que esperas aquí? Se diría que aguardas algo.

—Algo espero, efectivamente—contestó Sandokan con una sonrisa misteriosa.—¡Deseo matar dos pájaros de un tiro!

—Hace ya cuatro días que hemos dejado las aguas de Sarawak.

—Para nosotros no tiene valor el tiempo. Conque esperemos.

—¿Y si aquellos cruceros continúan su persecución?

—Es verdad—respondió Sandokan;—pero ¿detrás de quién? Estoy seguro de que los he engañado completamente, y dudo mucho que volvamos a encontrarlos por ahora en nuestro camino.

Durante cuarenta y ocho horas continuó el *Rey del Mar* navegando hacia el Noroeste, sosteniéndose muy lejos de las costas de Borneo. Avistó de nuevo las islas Natuna y Bungaram, y dobló hacia Levante, pues ambos comandantes deseaban hacer rumbo a Bruni, capital del sultanato de Borneo, porque sabían que de cuando en cuando frecuentaban aquellas aguas los vapores ingleses.

No podían equivocarse. Hacía quince horas que habían avistado las islas, cuando en el límpido horizonte se perfiló un gran barco. Era un *steamer* de dos chimeneas y tambores, que marchaba en dirección de Bruni, seguramente con objeto de hacer allí escala antes de volver a salir para los mares de China.

La bandera roja que ondeaba en la popa confir-

mó las esperanzas de Yáñez y Sandokan, que parecían tantear el buque desde lejos.

El *steamer* se hizo cargo de la presencia del crucero y de los colores de sus insignias, y aun cuando al principio continuó su rumbo hacia el Nordeste, viró de pronto de bordo con gran rapidez lanzándose hacia Levante, esperando encontrar refugio en cualquier bahía de Borneo.

Antes de salir de los puertos de la India el comandante debía de haber recibido aviso acerca de la presencia de un corsario malayo en los mares de la Sonda, y por eso se dió a la fuga, no queriendo empeñar la lucha.

Aun cuando el *steamer* corría a todo correr forzando la máquina, a juzgar por los torrentes de humo que vomitaban sus chimeneas, el *Rey del Mar* le alcanzó por medio de una habilísima maniobra, y le disparó primero un cañonazo con pólvora sola, y después otro con bala para hacerle comprender que estaba resuelto a hundirle.

Al ver que no le obedecía y que aumentaba la velocidad, le disparó con una de las piezas de caza un cañonazo que le deshizo la toldilla de cámara.

Un momento después izaba una bandera blanca en el pico del trinquete y acortaba la velocidad.

—¡Tiene hígados ese comandante!—dijo Yáñez mientras echaban al agua las chalupas.—Desgraciadamente, no podemos ser generosos, y ese magnífico vapor irá a reunirse con los otros en el fondo del mar de la Malasia.

Descendió a la lancha de vapor y se dirigió hacia el *steamer*, seguido por cinco chalupas montadas por setenta hombres, entre malayos y dayakos.

El *steamer* se había detenido a unos diez cables del *Rey del Mar*. Era un soberbio buque, en el que

iban muchos pasajeros, que, mudos, aterrados, esperaban ansiosamente a que abordaran los corsarios. El capitán, rodeado de sus oficiales, no había abandonado el puente.

Yáñez fué el primero en subir á bordo. Atravesó por entre la multitud allí reunida, y se dirigió hacia el puente de órdenes, diciendo al capitán del *steamer*, que no se había movido para ir a su encuentro:

—Señor, no es usted muy cortés con un hombre que hubiera podido cañonearle.

—Hágalo usted, si así le place – contestó fríamente el capitán.—Yo no me opongo; pero piense usted, sin embargo, que a bordo de mi barco hay más de quinientas personas, entre ellas muchas mujeres, muchos niños y muchos hombres que no son ingleses.

—¿Tiene usted suficientes chalupas para que quepan todos, incluso la tripulación?

—Sí.

—La costa de Borneo no está lejos, y el mar no da por ahora señales de alborotarse. Mande usted embarcar a todos, y váyanse, porque el vapor desde ahora no pertenece a nadie más que a mí.

—Mis marineros y los pasajeros son dueños de abandonar el barco: yo me quedaré aquí, suceda lo que suceda—dijo el inglés.—¡Yo no cedo ante los piratas de Mompracem!

—¡Ah! ¿Sabe usted quiénes somos? ¡Magnífico! ¡Le echaremos a usted a pique con el barco!

—¡Qué! ¿Lo hundirán ustedes?

—Señores, les concedo dos horas, y aquí espero reloj en mano.

—Repito que yo no saldré del barco—respondió

con obstinación el inglés. — ¡Quiero hundirme con él!

—Si no le sacamos a usted por la fuerza del puente de órdenes—dijo Yáñez impaciente.

El portugués iba a volverse hacia sus gentes, que ayudaban a los marineros del vapor a echar al agua las chalupas, cuando vió dirigirse a él un hombre pequeño, zambo, con la barba cuidadosamente afeitada, y que resguardaba los ojos tras unas antiparras ahumadas.

—Comandante—le dijo el desconocido quitándose vivamente el sombrero y desabrochándose una larga zamarra de paño obscuro, la cual no parecía molestarle, a pesar del intenso calor que hacía.—¿Es usted uno de esos famosos piratas de la Malasia?

—Uno de los jefes—contestó Yáñez, mirando con curiosidad a aquel hombrecillo panzudo y patizambo.

—Entonces, me llevará usted consigo, porque yo estaba pensando en buscar un barco que me llevase a Mompracem.

—Nosotros no vamos a esa isla; pero debo decirle que no embarcamos más que hombres de mar y de guerra.

—Yo quiero ir con ustedes para combatir a los ingleses. Conozco, señor, todas las maravillosas empresas y aventuras que han realizado ustedes.

—¡Usted! – exclamó Yáñez con acento burlón.

—¿Usted no sabe quién soy yo?

—No.

—Pues soy el *demonio de la guerra*, o, si así le parece mejor, el doctor Paddy O'Brien, de Filadelfia: en fin, un hombre que podrá causar daños enormes a los ingleses. He aquí por qué no me ne-

—Pues soy el *demonio de la guerra*, o, si así le parece mejor, el doctor Paddy O'Brien...

gará usted que me embarque en su crucero, juntamente con mi equipaje. Prestaré a ustedes preciosos servicios; tan grandes, que asombrarán al mundo, y que también le harán temblar.

CAPÍTULO XV

EL ÚLTIMO CRUCERO

Yáñez escuchó pacientemente, mirándole con curiosidad no exenta de ironía, a aquel hombrecillo que se prometía conmover el mundo, y se preguntaba si en efecto tendría delante de sí algún hombre de ciencia poseedor de un secreto formidable, o un loco.

Al ver que el portugués no se decidía a contestar, y adivinando lo que pensaba, el desconocido le dijo:

—Cree usted que el doctor Paddy O'Brien tiene trastornado el cerebro; ¿no es verdad, señor? O que por lo menos, tiene ganas de divertirse. No, comandante, no; yo he logrado hacer un descubrimiento prodigioso, que producirá terribles resultados.

—Continúe usted – dijo flemáticamente Yáñez, porque aquello comenzaba a divertirle.

—¿Sabe usted que he encontrado el medio de encender la lámpara eléctrica sin necesidad del hilo? En Chicago he realizado experimentos extraordinarios y a distancias de tres a cuatro mil metros.

—Esas experiencias me interesan poco, mi que-

rido señor Paddy O'Brien. Para deshacer a nuestros adversarios, nos bastan nuestros cañones.

—¿Y qué haría usted si yo le dijese que también he encontrado el medio de incendiar a cierta distancia los barriles de pólvora?

—¡Ah!—exclamó Yáñez sacando del bolsillo un cigarro y encendiéndolo.—¡Eso es, en verdad, un descubrimiento asombroso, admirable!

—Le parece a usted inverosímil; ¿verdad, comandante?—dijo el hombre de ciencia.

—No lo he experimentado todavía, y, por lo tanto, no debo creer ni dejar de creer.

—Y ahora, ¿consentirá usted en que me embarque? Si usted rehusa, desembarcaré en Bruni, e iré a ofrecer a los ingleses mi secreto.

—Ya que tiene usted deseo de hacer una caminata a través de los mares de la Malasia a bordo del *Rey del Mar*, no me opongo. Pero va usted a presenciar cosas tremendas, que le pondrán carne de gallina en más de una ocasión. Además, le advierto que le colocaremos a usted bajo la guardia de hombres fieles e incorruptibles hasta el instante en que se presente la ocasión de experimentar su asombroso, maravilloso y terrible descubrimiento. No se sabe nunca .. En un momento de mal humor, podría ocurrírsele a usted hacer la prueba contra nosotros, y volarnos la santabárbara.

—¡Haga usted lo que quiera!

—¡Ah! Y el equipaje de usted quedará secuestrado, porque, seguramente, contendrá el secreto de esa diablura espantosa, y yo mismo lo vigilaré.

—No me opongo.

—Y todavía debo añadir que mandaré torcer exprofeso una buena cuerda para ahorcarle sin con-

templaciones si por casualidad le asaltara el deseo de intentar algo en contra nuestra. ¿Me ha comprendido usted, señor «demonio de la guerra»?

—Perfectamente—respondió el americano.

—¿Acepta usted así?

—Acepto, comandante.

—Pero no diga a nadie que es usted pariente de Belcebú: nuestros hombres son gente resuelta y animosa; pero podrían asustarse si supieran que he embarcado al *demonio de la guerra*. ¡Doctor, mande usted a buscar su equipaje!

Durante ese coloquio tan extraño, los pasajeros habían abandonado el *steamer* agolpándose atropelladamente en las chalupas, en las cuales se habían embarcado víveres suficientes para poder llegar á las costas de Borneo sin correr el peligro de tener que soportar el hambre y la sed.

Sin embargo, no se habían alejado mucho, esperando a su capitán, pero éste seguía negándose obstinadamente a salir del barco, a pesar de los ruegos de sus oficiales y de las intimaciones de Yáñez y de sus hombres.

Antes al contrario, el valiente marino se había sentado tranquilamente en una mecedora que mandó subir al puente de órdenes, y se había puesto a fumar su pipa con una calma que dejó asombrados a los mismos malayos.

A la amenaza de Yáñez de hacerle embarcar a la fuerza contestó con un simple encogimiento de hombros.

Admirado de aquella presencia de ánimo, y antes de resolverse a lanzar a sus hombres contra el capitán, el portugués mandó a Sandokan aviso de lo que sucedía.

—¡Ah! ¿No quiere dejar su barco?—respondió el

Tigre de la Malasia, que estaba a distancia para hacerse oir.—¡Pues que se quede, ya que así lo desea!

Ordenó a las chalupas que se alejasen en seguida amenazándolas con echarlas a pique, y no volvió a cuidarse de aquel hombre.

—¿Y dejaremos que vuele con su barco?—preguntó Yáñez.

—Ahora exploremos las carboneras, que deben de estar casi vacías, pues ese barco estaba a punto de terminar su viaje. Te envío un refuerzo de cien hombres con objeto de no perder demasiado tiempo. Nos encontramos muy cerca de Bruni, y podrían sorprendernos.

Como Sandokan había previsto, las carboneras del *steamer* estaban punto menos que agotadas, porque el buque debía volver a aprovisionarse de combustible en Bruni antes de proseguir su camino para los mares de la China.

No quedaban más que unas cuantas toneladas de carbón, cantidad absolutamente insuficiente para completar las provisiones del *Rey del Mar*, que había consumido demasiado durante su precipitada huída.

Sin embargo, fueron necesarias cuatro horas para transportarlo al crucero, juntamente con una cantidad considerable de víveres y la caja de a bordo, que estaba muy repleta,

Durante el saqueo, el capitán inglés no dejó su puesto ni hizo movimiento alguno para protestar.

Continuó fumando con su calma habitual, y aun tuvo a bien aceptar un vaso de *wisky* que Yáñez le ofreció, sorbiéndolo a pequeños tragos con tranquilidad perfecta.

Así que se alejaron las últimas chalupas carga-

das de carbón, el portugués se acercó al inglés, y después de haberle saludado cordialmente, le dijo:

—Señor, nosotros hemos terminado.

—Pues, entonces, me toca a mí también terminar de vivir—respondió el comandante del *steamer*.

—Pongo a disposición de usted mi *yole*, que irá bien abastecido de víveres, y asimismo una vela para que pueda usted reunirse con las chalupas antes de que lleguen a la costa. Mire usted: la brisa es favorable, porque sopla del Oeste.

—Ya he dicho que yo no abandono mi barco, y sostengo mi palabra. Hace seis años que vengo dirigiendo este *steamer* a través del Océano, y le quiero demasiado para abandonarle: si ha de irse a fondo , yo me iré con él.

—Por lo menos, me dirá usted qué muerte es la que prefiere. Pensaba hacerle saltar dando fuego a una tonelada de pólvora; pero si a usted le parece mejor que le echemos a pique con una bala de cañón... Le verá hundirse con lentitud, y pudiera usted arrepentirse antes de que haga explosión bajo las olas.

—Eso me es indiferente; haga usted lo que mejor le parezca.

—¡Adiós, señor! ¡Es usted un valiente!

—¡Adiós, comandante, y buena suerte!—respondió el inglés con ironía.—¡Ah! ¡Tengo que pedir a usted un favor!

—Diga usted.

—Que, si tiene usted ocasión, haga saber a mis armadores de Bombay que John Koop ha muerto, como un verdadero hombre de mar, a bordo de su barco.

—Lo haré; se lo prometo. Dentro de diez minutos tendré el honor de cañonearle.

—Para entonces habré terminado de fumar mi pipa.

Se separaron: en seguida Yáñez descendió a la ballenera que le aguardaba bajo la escala, y el inglés, siempre impasible, volvió a sentarse en la mecedora, después de haber izado la bandera inglesa.

—¿Y ese, no quiere moverse?—preguntó Sandokan en cuanto Yáñez puso el pie en la cubierta del crucero.

—Es un terco digno de ser admirado—respondió el portugués.—Quiere irse a pique con su buque. ¿Lo consentirás?

—Todavía no nos hemos puesto en marcha—dijo Sandokan sonriendo.

Se acercó a la popa, donde se encontraba el viejo artillero americano apoyado en una de las torrecillas, y le susurró al oído algunas palabras.

Poco después el crucero viraba de bordo, avanzando a poca máquina en dirección del *steamer*. El inglés seguía fumando, en espera del cañonazo que había de hundir su barco.

Sandokan se dirigió a proa y le miró sonriendo.

El *Rey del Mar*, guiado por Sambigliong, pasó a treinta pasos de la popa del vapor, aminorando la marcha.

Entonces Sandokan cogió el portavoz y gritó al inglés:

—Señor, quisiera pedir a usted un favor. Si tiene usted ocasión de volver a ver a sus armadores, dígales que los tigres de Mompracem han respetado su barco porque lo mandaba un valiente. ¡Buena suerte!

Después, mientras la bandera de Mompracem

saludaba al inglés, se alejó velozmente hacia el Septentrión.

. . . . . .

. . . . . .

El astuto y prudente Sandokan no quiso entretenerse demasiado en aquellos parajes tan próximos a Labuan, temiendo caer entre la escuadra de la Colonia y los cuatro cruceros, los cuales debían de estar buscándole con verdadero encarnizamiento; así, pues, tomó el partido de dirigirse hacia las costas septentrionales de Borneo para echarse sobre los barcos procedentes de la Australia.

Era imposible, o por lo menos muy difícil, que imaginasen los ingleses el que se hubiera alejado tanto del golfo de Sarawak.

Además, estaba seguro de que podría sorprender algunos barcos australianos antes de que los armadores suspendieran los viajes.

Deseando permanecer ignorado por completo, se alejó de las vías que siguen ordinariamente los barcos, y de repente apareció un día a cuarenta millas de la punta septentrional de Borneo.

Fué un crucero de seis días tan sólo, y, sin embargo, ¡cuántos desastres sufrió la marina mercante inglesa en tan breve tiempo! Dos vapores y tres veleros cayeron en las manos de los implacables tigres de Mompracem, y sufrieron la misma suerte que los capturados en el mar de la Malasia.

Las tripulaciones y los pasajeros quedaban en libertad para ponerse a salvo en las costas de las islas; pero los barcos los echaban a pique, con sus respectivos cargamentos casi íntegros.

Por algunos paraos supieron que la escuadra de los mares de la China, alarmada por tantas capturas, estaba reuniéndose; en vista de estas noticias

el *Rey del Mar*, con las carboneras completas, volvió de nuevo a tomar rumbo hacia el interior del Océano y descendió hacia el Sur.

Sandokan y Yáñez querían ir a destruir los magníficos *steamers* que hacían el servicio entre la India y la baja Cochinchina.

Se había apoderado de Sandokan la terrible manía de echar a pique, y parecía que resucitaba el sanguinario pirata de otros tiempos. Sabiendo que pronto o tarde había de encontrarse enfrente de alguna de las poderosas escuadras que el Almirantazgo había lanzado sobre su rastro, quería dar antes un golpe mortal al comercio inglés y asombrar al mundo con su audacia.

—Nuestros días están contados —había dicho a Yáñez y a Tremal-Naik.—Dentro de algunos meses ya no encontraremos ningún barco inglés que nos provea de combustible. Mientras tanto, aprovechémonos; después sucederá lo que haya decretado la suerte.

—Encontraremos otros barcos que nos aprovisionarán—había dicho Yáñez, — porque obligaremos a los de otras nacionalidades a que nos vendan el carbón, aun cuando haya que recurrir a la violencia.

—¿Y después?

—¿No estoy yo aquí para después?—dijo detrás de ellos una voz como de gallina clueca.—¡Mi asombroso invento destruirá todos cuantos barcos traten de acometernos!

Era el Doctor Paddy O'Brien, de Filadelfia, el *demonio de la guerra*, de quien hasta entonces nadie se había acordado,

—¡Ah! ¿Es usted?—dijo Yáñez sonriendo un poco burlonamente. —¿Usted que en el momento

del peligro detendrá los proyectiles que lancen contra nosotros?

—No, señor; usted se equivoca; yo no detendré los proyectiles—contestó vivamente el hombrecillo.—Lo que haré será volar los polvorines de los buques que nos acometan (1). Mi aparato no fallará.

—Tengo la convicción de que eso puede ser—dijo en aquel momento el ingeniero Horward.—Mi compatriota me ha explicado en qué consiste su invento, y aun cuando la cosa parezca asombrosa, creo que, en efecto, puede hacer volar los buques que nos persiguen.

—¡Lo veremos!—dijo Sandokan con acento de duda.

—Si continuamos bajando hacia el Sur, el mejor día nos encontraremos con nuestros adversarios. Para entonces debe usted tener dispuesta su maravillosa máquina, señor Paddy.

Durante dos días siguió el *Rey del Mar* hacia el Sur y enderezando la proa mar adentro, sin que lograse descubrir ni un solo vapor en ninguna dirección.

Los armadores debían de haber dado ya las órdenes oportunas para que se detuviesen sus barcos en los puertos de las islas de la Sonda, con objeto de no exponerlos al riesgo de que los echase a pique el audaz corsario que hasta entonces, con sus rápidas correrías y con sus desapariciones momentáneas, había podido huir de la caza que le daban las escuadras.

---

(1) En el establecimiento de electricidad de Dawton, en los Estados Unidos, se logró hacer estallar cincuenta libras de pólvora a una distancia de ochocientos metros por medio de una corriente eléctrica.—*(N. del A.)*

La interrupción de las líneas de navegación debía causar a los ingleses pérdidas enormes.

¿Qué le acontecería al *Rey del Mar* tan pronto como desapareciese en las ardientes bocas de sus hornos la última tonelada de carbón?

—No me ocurrió pensar qne el arma que yo manejaba tuviese doble filo —murmuró un día Sandokan;—uno para los ingleses, y otro para mí.

Habían recorrido quinientas millas, y el *Rey del Mar* se acercaba a las costas de Malaca, sin que asomase ningún barco inglés. Habían visto algunos; pero eran alemanes, italianos, franceses y holandeses; barcos que constituían más bien un peligro, porque podían notificar al Almirantazgo el rumbo del corsario, por miedo a que éste cualquier día se revolviese contra ellos.

Sandokan y Yáñez comenzaban á preocuparse. Instintivamente comprendían que estaban contados los días del *Rey del Mar*, y que el círculo de hierro iba a cerrarse en torno de los últimos tigres de Mompracem.

Con frecuencia los sorprendían Kammamuri y Tremal-Naik con la frente pensativa y la mirada torva. Otras veces los veían mirar largamente a Darma y a Surama y mover la cabeza tristemente, como si sintieran remordimiento por haberlas embarcado para envolverlas en una catástrofe tremenda, de la cual ya no dudaban.

—Niña—dijo un día Yáñez, mientras Darma contemplaba el horizonte enrojecido por los últimos rayos del Sol poniente, como si esperase ver aparecer por aquella parte al hombre que amaba, —¿tiene usted miedo a la muerte?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta, señor

Yáñez?—interrogó sonriendo con tristeza la anglo-india.

—Porque me parece que va a sonar pronto nuestra última hora.

—¡Cuando mueran ustedes, nosotras les seguiremos a los abismos del mar!—respondió Darma.

—¡Sí; yo no dejaré al *Sahib* blanco que me ama! —dijo Surama mirando dulcemente al portugués.

—Sin embargo, quiero libraros de la muerte antes que os toque con sus alas heladas; y eso mismo piensa Sandokan. Nosotros corremos hacia Malaca, y podemos sacrificar las últimas provisiones de carbón para dejaros en aquellas playas...

Darma y Surama hicieron con la cabeza un enérgico signo negativo.

—¡No!—dijo la primera con voz resuelta.—¡Yo no quiero dejar a mi padre ni a ustedes, suceda lo que suceda!

—¡Ni yo me separaré de ti, *Sahib* blanco, á quien debo la libertad y la vida!—dijo Surama.

—Piensa, Darma, que algún día podrás ser una esposa feliz uniéndote a un hombre que te ama con pasión, y a quien yo aprecio.

—¡A estas horas ya me habrá olvidado Sir Moreland!—respondió la muchacha dando un suspiro.

—Piensa también que de un momento a otro puede caer sobre nosotros la escuadra de los aliados, y encerrarnos en un círculo de fuego; y piensa además que eres mujer.

—¡No, señor Yáñez!—dijo Darma más fieramente.—¡Nosotras no abandonaremos a ustedes! ¿Verdad, Surama?

—¡Yo seré muy feliz muriendo al lado de mi *Sahib* blanco!—contestó la India.

Yáñez la acarició con una mano la larga cabellera negra, y después dijo:

—¡Bah!... ¡Quizás!... Todavía no estamos vencidos.

CAPÍTULO XVI

EL HIJO DE SUYODHAMA

No, los últimos tigres de Mompracem no habían sido vencidos todavía; pero estaban amenazados de serlo muy pronto, pues no sabían ya dónde proveerse del combustible tan necesario para ellos, lo mismo que de la pólvora.

El carbón disminuía a ojos vistas; las carboneras estaban casi vacías; la esperanza de encontrar algún barco se alejaba cada vez más. Era preciso tomar una resolución suprema, y en seguida la tomaron Sandokan y Yáñez, de acuerdo con Tremal-Naik y el ingeniero americano.

Se acordó dirigirse sin vacilar a la isla de Gaia, en la cual se habían reunido los paraos en espera de la conclusión de la guerra, no con la esperanza de poder proveerse allí de combustible, sino para tener siquiera el apoyo de aquellos veleros en el momento supremo, y al mismo tiempo para enviar algunos a cargar en Bruni.

Como se trataba de pequeñas embarcaciones mercantiles que podían enarbolar cualquier bandera, nadie les pondría obstáculos porque quisieran embarcar carbón.

La dificultad consistía en poder llegar hasta la isla, que estaba a más de cuatrocientas millas de

distancia, antes que la escuadra aliada, que ya debía de haberse alejado de las aguas de Sarawak, cayese sobre el *Rey del Mar* y le sorprendiera con los fuegos medio apagados, obligándole a aceptar un combate con fuerzas enormemente superiores.

Por el momento no parecía que les amenazase tan gran peligro, porque un *giong* que procedía del Sur les había dicho por la mañana que no había visto barco alguno de guerra en las aguas de Labuan ni en las de Bruni.

Terminado aquel breve Consejo, el *Rey del Mar* se puso en seguida con rumbo hacia el Nordeste, debiendo pasar muy lejos de Mompracem, y sostenerse a Poniente de los dos grandes bancos de Samarang y de Vernon.

Para economizar todo lo posible el carbón se apagaron la mitad de los fuegos; de este modo el crucero caminaba solamente con una velocidad de seis nudos por hora.

Sandokan estaba más nervioso que Yáñez y de pésimo humor.

Se le veía pasear largas horas por la pasarela de órdenes, escrutando con gran ansiedad el horizonte y presa de una preocupación creciente. Ya no era el hombre tranquilo e impasible de otros tiempos, seguro de su barco y de su artillería, que se reía de los peligros y que los afrontaba con la sonrisa en los labios fumando flemáticamente.

Varias veces al día bajaba a las carboneras, ya casi agotadas, se detenía ante los hornos, ante aquellas hambrientas bocas que pedían alimento con insistencia, y experimentaba en el corazón terribles opresiones al ver a los fogoneros precipitar entre las llamas casi moribundas paletadas de combustible.

Cuando salía de allí su frente aparecía tempestuosa y sombría, y paseaba taciturno durante largo tiempo entre las torres de popa y de proa, con los brazos cruzados e inclinada la cabeza, y sin dirigir a nadie la palabra.

Tan sólo doscientas treinta millas separaban al *Rey del Mar* de las costas occidentales de Borneo, cuando comenzó a esparcirse a bordo una grave noticia.

Un pequeño velero que había sido interrogado, dió una respuesta que hizo temblar a toda la gente del corsario.

—¡Cruceros ingleses al Sudoeste!

—¿Cuántos?

—Dos.

—¿Cuándo los habéis encontrado?

—Ayer tarde.

Era preciso huir. Aquellos dos barcos debían de ser la vanguardia de alguna escuadra; podían llegar de un momento a otro, y descubrir al *Rey del Mar*.

—¡Quememos las últimas reservas de combustible!—había dicho Sandokan a Yáñez.

—¿Y después?

—¡Estaremos dispuestos para combatir!

El *Rey del Mar* apresuró la marcha. Huía a todo correr, haciendo doce nudos por hora, sacrificando las últimas toneladas de combustible, con una pequeña esperanza: la de encontrar algún buque mercante y quitarle el carbón antes de que llegase la escuadra.

A bordo se habían redoblado los vigías. Hombres de ojos de lince vigilaban en las cofas.

Entretanto Sandokan había dado la orden de prepararse para la batalla, que, según todas las

probabilidades, debía ser la última, a menos que se realizase un milagro.

Faltaban todavía ciento cuarenta millas; la velocidad disminuía, las carboneras estaban vacías y las calderas se enfriaban de minuto en minuto.

Se acercaba el momento terrible, y, sin embargo, a bordo todos estaban tranquilos, porque hacía mucho tiempo que habían hecho el sacrificio de su vida. Nadie temía a la muerte que los amenazaba, y miraban impasibles las aguas que se convertirían para ellos en sepultura.

Solamente lamentaban una cosa: morir lejos de Mompracem.

A las ocho de la noche el *Rey del Mar* se detuvo casi encima de la gran cuenca del Vernon. Todo cuanto podía desarrollar calor había sido devorado por los implacables hornos de las máquinas.

Los barriles de alquitrán, las cajas de cáñamo empapado en licores, las materias grasas de la despensa, los muebles de las salas; en fin, hasta las hamacas y los efectos de los tripulantes.

Si hubieran podido transformar las paredes metálicas del barco en otro tanto combustible, aquellos hombres no hubieran dudado en arrojarlas al fuego con tal de llegar hasta las costas de Borneo, todavía muy lejanas.

Al sentir que se detenía el buque, Sandokan se había ido directamente hacia la popa, más sombrío que nunca, y allí se apoyó en la borda.

No había dicho una palabra ni hecho demostración alguna. Encendió la pipa, y fumó con más furia que de costumbre, fijando los ojos en el horizonte, que se envolvía rápidamente en tinieblas.

Yáñez imitó a Sandokan.

De aquella parte venía el peligro, y lo presentían

acercarse, terrible, formidable, abrumador, implacable.

La obscuridad era ya completa y teñía las aguas de un color casi negro. En el cielo había muy pocas estrellas; apenas se veían por entre los jirones de nubes que surgían al impulso de la brisa del Sur.

A bordo reinaba un silencio profundo desde que la máquina había dejado de funcionar; y, sin embargo, los doscientos cincuenta hombres que componían la tripulación del crucero estaban en la cubierta: unos sobre las amuras, otros detrás de los gigantescos cañones de las torres; pero ninguno hablaba.

A eso de la media noche Tremal-Naik se acercó a Sandokan, que no había abandonado su puesto.

—Amigo mío—le dijo;—¿qué es lo que nos falta que hacer?

—¡Prepararnos para morir!—contestó el Tigre de la Malasia con voz tranquila.

—Yo estoy dispuesto; ¿y las niñas?

En lugar de contestarle, Sandokan extendió la diestra hacia el Oeste, y dijo:

—Allí están; ¿los ves?

—¿Quiénes, Sandokan?

—Los barcos enemigos.

—¡Ya!—murmuró el indio, que no pudo reprimir un estremecimiento.

—Corren hacia aquí como fieras para aniquilar a los últimos tigres de la Malasia. Sus miradas ya están fijas en nosotros.

Tremal-Naik miró en la dirección indicada, en tanto que los hombres de guardia gritaban:

—¡Barcos a popa!

Brillaban varios puntos allá en el horizonte, y agrandábanse rápidamente.

—¿Están dispuestos nuestros hombres? — preguntó Sandokan.

—Sí—contestó Yáñez, que estaba cerca de él.

—¿Y las niñas?—preguntó temblando ligeramente.

—Están tranquilas.

—¡Quisiera salvarlas!

—¿Qué es lo que debemos hacer para eso?

—Embarcarlas en una chalupa, y alejarlas antes de que nos rodeen esos barcos.

—Se negarán: me han jurado que si tenemos que morir, ellas se irán a pique con nosotros.

—¡Aquí está la muerte!

—La esperan.

—¡Sálvalas, Yáñez!

—Te repito que no quieren dejarnos; no insistas.

—¡Bien; sea! ¡Si morimos, no moriremos sin habernos vengado! ¡A mí, tigres de Mompracem!

Los barcos enemigos corrían a toda máquina formando un amplio semicírculo, que más tarde debía cerrarse para coger en medio al *Rey del Mar* y enviarlo roto, deshecho por las innumerables bocas de sus cañones, al fondo del Océano.

Sandokan y Yáñez, que al llegar el momento supremo del peligro habían vuelto a recobrar su calma habitual, daban las órdenes con voz tranquila.

En cuanto vieron que todos sus hombres estaban en sus correspondientes puestos de combate, subieron a la pasarela de mando.

En el palo de popa hicieron arbolar la bandera roja con la cabeza de tigre en medio.

Sobre el *Rey del Mar* concentraron los reflecto-

res eléctricos de los barcos enemigos varios haces de luz, iluminándole como si fuese de día.

—¡Sí, miradnos; somos nosotros!—dijo Sandokan.

Cuatro grandes buques de vapor, sin duda alguna los más poderosos de la escuadra de los aliados, se habían colocado silenciosamente en semicírculo en derredor del crucero, amenazándole con su artillería. Sin embargo, no dispararon ningún cañonazo.

Esperaban á que fuese de día para empeñar la lucha suprema, o para intimar la rendición; palabra que no existía en la lengua del altivo pirata.

Darma se había acercado en silencio a la borda de popa. Estaba muy pálida, pero tranquila como toda la tripulación.

Su mirada vagaba con insistencia de un barco al otro. ¿Qué buscaba? No se podía dudar: a Sir Moreland.

Una voz secreta le decía que el hombre amado debía de estar cerca, en uno de aquellos poderosos acorazados que iban a demoler al impotente *Rey del Mar*.

En tanto los buques aliados, que habían apagado los reflectores eléctricos, giraban lentamente en derredor del crucero, estrechando cada vez más el cerco. Desfilaban como fantasmas de una noche tenebrosa, y parecía que sus faroles, cual ojos llameantes, se clavaban de un modo sangriento sobre su víctima.

No estaban, sin embargo, al alcance de la artillería gruesa. Seguros ya de que no se les escapaban los tigres de Mompracem, no se apresuraban a acercarse demasiado.

Hacia las dos de la mañana Sandokan y Yáñez,

que no habían abandonado su puesto, descendieron lentamente de la pasarela y se dirigieron hacia el centro del barco. Estaban, como siempre, fríos e impasibles.

Se acercaron a Tremal-Naik, que se había apoyado en un cabrestante y seguía con ojos llenos de inquietud a su hija, que vagaba como una fantasma por el castillo de popa.

—Amigo—le dijo Sandokan con acento triste, —aquí se hundirán mañana en el abismo los últimos tigres de Mompracem.

Tremal-Naik sintió un estremecimiento y levantó vivamente la cabeza.

—¿Crees que esos cruceros puedan vencer a un barco tan poderoso como el tuyo?—preguntó.

—Son los cuatro grandes cruceros que trataron de apresarnos en la bahía de Sarawak. Estamos seguros de que no nos equivocamos.

—¿Y podrán echar a pique a tu *Rey del Mar*?

—Estoy completamente convencido de ello.

—Y yo también—dijo Yáñez.—Esos buques deben de tener una artillería formidable, y, además, son cuatro.

—Y nosotros no podemos movernos—añadió Sandokan.

—En conclusión, ¿qué es lo que queréis decirme?—preguntó el indio.

—Proponerte que te vayas a bordo de uno de esos barcos, y que te rindas, llevándote a tu hija y a Surama.

Tremal-Naik se enderezó haciendo un gesto de sorpresa y de dolor al propio tiempo.

—¡Yo alejarme de vosotros!—exclamó.—¡Oh; no, nunca! ¡Si mueren aquí los últimos tigres de Mompracem, a quienes debo la vida y tanta gra-

titud, morirán también el antiguo cazador de jaguares negros y su hija!

—Pero yo debo advertirte que tu hija ama y es amada por un hombre que podría hacerla feliz—dijo Sandokan.

—Sir Moreland, ¿no es verdad?—dijo Tremal-Naik.—¡Ya me había hecho cargo! ¿Habéis dicho a Darma el grave peligro que corremos?

—Sí—respondió Yáñez.

—¿Y qué os ha contestado?

—Que no abandonará nuestro barco.

—¡No podía contestar de otro modo!—añadió el indio con orgullo.—¡No desmiente su sangre! ¡Si el Destino ha señalado nuestro fin, que se cumpla el Destino!

Se estrecharon las manos, y los tres se dirigieron hacia el puente de órdenes.

De pronto Yáñez se detuvo dando un grito:

—¡Qué estúpido! ¡Y yo que ya le había olvidado!

—¿A quién?—preguntaron a un tiempo Sandokan y Tremal-Naik.

—¡Al *demonio de la guerra!*

Una loca esperanza había renacido en el cerebro del portugués. En aquel momento se acordó del hombre científico americano, de Paddi O'Brien, a quien tenía como prisionero en uno de los camarotes de proa, y vigilado noche y día. Descendió rápidamente bajo cubierta, atravesó el corredor, y se detuvo ante la habitacioncilla que ocupaba el hombrecito aquel.

—¡Despierta al prisionero!—dijo al malayo de guardia.

—Ya está en pie, señor Yáñez.

Yáñez abrió la puerta, y entró dentro del camarote. Paddy O'Brien estaba sentado delante de una

mesilla, y parecía sumergido en un cálculo muy intrincado, con las narices sobre un montón de papeles cubiertos de cifras.

—¿Es usted, señor de Gomera?—dijo el doctor sujetándose los anteojos.—¿Qué viento le trae a usted por aquí? Hacía mucho tiempo que no le veía, y le esperaba.

—Doctor—dijo el portugués sin andarse con preámbulos,—los barcos enemigos nos han rodeado, y estamos a punto de que nos echen a pique.

—¡Ah!—dijo sin desconcertarse el americano.

—Usted me ha dicho que posee un secreto terrible...

—Y confirmo lo dicho.

—Pues ha llegado el momento de que experimentemos ese secreto, señor *demonio de la guerra*.

—Mande usted que suban mis cajas a cubierta.

—¿No hará usted saltar nuestro barco en lugar de los del enemigo?—preguntó Yáñez un poco inquieto.

—Saltaría yo también lo mismo que usted, y por ahora no tengo ganas de morir—respondió el doctor.—Señor de Gomera, aprovechemos estos momentos de calma.

Subieron a cubierta, y mientras tanto los marineros llevaron las cajas al doctor.

—Allí están los buques aliados—dijo Sandokan acercándose al hombrecillo.

—Sí, y veo que nos han rodeado—respondió Paddy O'Brien arrugando el entrecejo. —¡Ese barco es el que va a saltar primero!

Un pequeño crucero que en un principio no había sido visto se destacó del grueso de la escuadra, y giraba en derredor del *Rey del Mar* manteniéndose a una distancia de dos o tres mil metros.

¿Iba a hacer un reconocimiento, o a provocar el fuego de los piratas de Mompracem? Paddy O'Brien hizo abrir sus cajas, que contenían aparatos eléctricos incomprensibles para Yáñez y para Sandokan.

Examinó con mucho cuidado cada cosa, sin apresurarse, antes bien con gran calma, como quien está seguro de lo que tiene que hacer, y después, volviéndose hacia Yáñez, que le vigilaba con la diestra apoyada en la culata de una pistola, le dijo:

—¡Cuando usted quiera!

—¡Haga usted funcionar su aparato!

—Sobre aquel buque que pasa por estribor: ¡saltará en el acto!—dijo fríamente Paddy.

Por los huesos de todos los marinos que rodeaban al americano corrió un fuerte estremecimiento. Aquel hombre tan pequeño, ¿sería capaz de realizar el milagro que anunciaba?

—¡Atención!—gritó de pronto el *demonio de la guerra.*

Apenas había pronunciado esta palabra, cuando un relámpago deslumbrador rompió bruscamente las tinieblas, seguido de una espantosa detonación.

Una enorme columna de agua se alzó en derredor del pequeño crucero mientras que una tempestad de astillas y fragmentos caía por todas partes.

Un grito inmenso, salido de centenares de pechos, resonó lúgubremente en los aires, extinguiéndose de repente.

El barco había hecho explosión, y se iba a pique con rapidez y con los costados abiertos.

En el mismo instante reventaba una granada sobre el puente del *Rey del Mar*, entre el aparato

y Paddy O'Brien. El americano dió un grito y cayó casi a los pies de Yáñez, el cual había escapado milagrosamente de los cascos del proyectil.

—¡Doctor!—dijo el portugués precipitándose hacia él.

—El... el... apa...—murmuró el desgraciado inventor, agitando los brazos con un movimiento desesperado.

Se llevó las manos al pecho para contener la sangre que se le escapaba por una herida horrible.

Sandokan se había lanzado hacia las cajas.

Al verlas dió un grito de desesperación.

La granada había destrozado el aparato, haciendo añicos las pilas.

Yáñez levantó dulcemente la cabeza del americano.

—¡Señor O'Brien!—dijo, mientras que un sollozo le oprimía la garganta.

El herido abrió los ojos fijándolos en el portugués.

—¡Esto... ha... con... cluí... cluí... cluído!—dijo roncamente. Con la diestra llena de sangre estrechó la de Yáñez; después, apoyando un codo en el suelo como para sostenerse, volvió a caer.

—¡Muerto!—dijo Yáñez tristemente.

—¡He aquí la primera víctima!—respondió Sandokan.

Yáñez depositó sobre la toldilla al desgraciado inventor, le cerró los ojos, le cubrió con una lona, y en seguida, irguiéndose fieramente, dijo:

—¡Todo ha concluído! ¡Aquí morirán los últimos tigres de Mompracem! ¡Tremal-Naik, Darma y Surama, a mi torre, y vosotros a vuestros cañones! ¡Nuestra vida está en las manos de Dios!

—¡A vuestros sitios de combate!—gritó San-

dokán.—¡Demostremos cómo saben morir los piratas de la Malasia!

El alba, un alba de color de rosa que anunciaba un día magnífico, rasgaba rápidamente las tinieblas.

Del crucero más próximo partió un disparo en blanco intimando la rendición.

A su vez Sandokan mandó izar la bandera roja en señal de combate.

En lugar de romper el fuego, el crucero enemigo hizo con las banderas señales que significaban:

—Antes de que comience el fuego, enviad las dos jóvenes a mi bordo. Sir Moreland responde de su vida.

—¡Ah!—exclamó Yáñez.—¡Tenemos delante al anglo-indio! ¡Procuraremos echar a pique también a ese barco! ¡Darma! ¡Surama!

Las dos niñas salieron a la torrecilla.

—Os proponen que os pongáis en salvo en aquellos barcos—dijo Sandokan.

—¡Nunca!—contestaron enérgicamente las dos muchachas.

—¡Pensadlo bien!

—¡No!—dijo Darma.—¡Yo no quiero dejar a ustedes ni a mi padre!

—Comunicad la respuesta —mandó Yáñez.

Un contramaestre americano la señaló en seguida.

Entonces se vieron izar lentamente sobre los mástiles de guerra de los cuatro cruceros cuatro banderas negras. Un golpe de viento las tendió, y pudo distinguirse en medio de ellas, y recortada en amarillo, una figura monstruosa con cuatro brazos sosteniendo en las manos extraños emblemas.

Un grito de asombro y de furor al propio tiempo se escapó de los labios de Yáñez, de Sandokan y de Tremal-Naik. Acababan de reconocer la enseña de los *thugs*, de la secta de los estranguladores de la India.

¿Eran aquellos barcos del hijo de Suyodhama, de su implacable e invisible enemigo? Las banderas parecían confirmarlo.

Un profundo silencio reinó a bordo del *Rey del Mar:* tal había sido el estupor que invadió a todos. Pero en seguida lo rompió bruscamente la voz metálica de Sandokan, gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Espantosas detonaciones cubrieron sus últimas palabras. Las granadas llovían de todas partes sobre el *Rey del Mar*, que el imperceptible flujo de las aguas iba llevando hacia el banco de Vernon.

Un huracán de hierro y de acero salía de cada una de las grandes piezas de las cubiertas y de las de mediano calibre de las baterías; pero no iban dirigidas sobre el puente del *Rey del Mar*, donde, dentro de la torrecilla blindada, estaban Darma y Surama.

Aquellas masas de metal batían tan sólo los costados del crucero, cual si los artilleros hubiesen recibido orden de respetar a las niñas, a los dos comandantes y a Tremal-Naik, que estaban con ellas.

En cambio, contra las torres que protegían a los grandes cañones de caza lanzaban granadas, tratando de desmontarlos y de cuartear las gruesas planchas de hierro de los parapetos.

El *Rey del Mar* se defendía de un modo terrible. Era un volcán que llameaba por todas partes Los últimos tigres de Mompracem estaban resue

tos por completo a hacer pagar muy cara la victoria a sus potentes enemigos.

Con los grandes obuses batían en brecha a los barcos adversarios, causándoles grandes daños en los puentes, cuarteándoles las chimeneas y abriendo anchos agujeros en las planchas de la coraza. En medio de aquel retumbar incesante y ensordecedor se oía la voz formidable de Sandokan, que gritaba de cuando en cuando:

—¡Fuego, tigres de Mompracem! ¡Destruid! ¡Matad!

Pero ¿cuánto tiempo iba a poder resistir el *Rey del Mar* los terribles tiros de tantas bocas de fuego? Sus costados, aun cuando de solidez extraordinaria, comenzaron a ceder al cabo de media hora de estar recibiendo por cientos las balas y las granadas; sus cañones habían sido desmontados uno a uno y reducidos al silencio. Sus torres, excepción hecha de la de mando, siempre respetada, principiaban a desmoronarse bajo aquella lluvia de granadas, y en las baterías los muertos eran ya un montón.

Sandokan y Yáñez, encerrados en la torrecilla, contemplaban aquel espectáculo terrible tranquilos y serenos. El primero se mordía de cuando en cuando los labios hasta hacerse sangre; el segundo fumaba flemáticamente su eterno cigarrillo: tan sólo parecía conmoverse cuando sus miradas se encontraban con las de Surama.

Darma, sentada en un ángulo sobre un rollo de cuerdas y al lado de Tremal-Naik, con las manos en los oídos para atenuar el ruido de los cañonazos, miraba al vacío.

De improviso el *Rey del Mar* dió un salto de popa a proa, como levantado por una fuerza descono-

cida, y una columna enorme de agua cayó sobre la cubierta, arrebatando cuanto en ella había. Retembló todo el casco cual si se abriese, o como si estallaran las municiones de la santabárbara.

Horward, el ingeniero americano, se precipitó dentro de la torrecilla gritando muy pálido:

—¡Acaban de disparar un torpedo! ¡Nos vamos a fondo!

Gritos salvajes salieron de las baterías, confundiéndose con los últimos disparos de las dos piezas de caza de la cubierta todavía útiles.

En los cuatro cruceros enemigos cesó de repente el fuego.

Sandokan dirigió una mirada llena de tristeza a sus dos camaradas, y después dijo:

—¡Ha llegado el momento supremo! ¡Ya está abierta la tumba para los últimos tigres de Mompracem!

Levantó a Darma, y salió de la torrecilla, seguido de Yáñez, de Tremal-Naik y de Surama, y se detuvo en la parte de afuera para contemplar su barco.

¡Pobre *Rey del Mar!* La soberbia nave que había resistido tantas pruebas y que parecía invencible, ya no era más que un pontón que se iba a pique.

Sus torres quedaron destruídas por el huracán de proyectiles lanzados contra ellas; sus cañones estaban casi todos desmontados, el puente se hallaba cuarteado, y los costados parecían cribas con enormes agujeros.

Oleadas de humo salían de las escotillas, de las cuales surgían, negros de pólvora y empapados de sangre, los hombres de las baterías.

—¡Al mar una chalupa! —ordenó Sandokan.

No había más que una, que por milagro escapó

ilesa de los tiros del enemigo. Algunos malayos la arriaron precipitadamente, mientras otros bajaban la escala.

—¡Antes tú con las niñas, Tremal-Naik!—dijo Sandokan.

—No os cuidéis de nosotros. Las tripulaciones de los cruceros vienen a recogernos.

En efecto; de los costados de los buques victoriosos se destacaron varias embarcaciones que acudían a fuerza de remos. En la primera iba Sir Moreland, el cual agitaba un pañuelo blanco.

La chalupa en que iban las dos niñas, Tremal-Naik, Kammamuri y cuatro remeros se alejó del *Rey del Mar*, porque el buque se iba hundiendo.

—¡Y ahora—dijo Sandokan con un gesto admirable,—abajo, envuelto en mi bandera! ¡Ven, Yáñez; todo ha concluído!

—¡Bah!—hizo el portugués echando al aire una bocanada de humo.—¡No se puede vivir hasta lo infinito!

Atravesaron el puente, obstruído por fragmentos de granadas y balas, y subieron por la escala del árbol militar, deteniéndose en la plataforma.

Desde lejos Tremal-Naik, Darma y Surama les hacían señas para que se echasen al agua. Contestaron con una sonrisa saludándolos con la mano.

En seguida Sandokan, cogiendo su bandera roja y tremolándola sobre la cabeza, se envolvió entre sus pliegues, diciendo:

—¡Así es como muere el Tigre de la Malasia!

Debajo de ellos, los últimos tigrecillos de Mompracem, cerca de un centenar, heridos la mayor parte, esperaban impasibles y silenciosos, con los ojos fijos en los dos jefes, a que los absorbiese la vorágine, el gran vórtice.

El *Rey del Mar* se hundía con lentitud, vibrando ligeramente, y en el fondo de la estiba se oía mugir el agua de un modo sordo y profundo.

Las chalupas de los cruceros hacían esfuerzos desesperados para llegar a tiempo de recoger aquellos náufragos, que se entregaban voluntariamente a la muerte. La de Sir Moreland era la primera, y perseguía a la en que iban Tremal-Naik y las dos niñas, que volvían al barco, pues Sir Moreland comprendió la resolución desesperada que habían adoptado sus antiguos amigos.

Sandokan, siempre envuelto en su bandera, los miraba impasible y con la sonrisa en los labios.

Yáñez, con el ceño un poco fruncido, fumaba con la calma de costumbre su último cigarrillo.

Así que las aguas comenzaron a invadir la cubierta, el portugués dejó caer el cigarro casi consumido, diciendo:

—¡Anda a esperarme en el fondo del mar!

De pronto, cuando parecía que ya el casco debía sumergirse por completo, cesó bruscamente el descenso. El flujo que había empujado al buque hacia el Este lo llevó hasta encima del banco de Vernon, recorriendo más espacio del que se supusiera, y la quilla, como era natural, tocó en el fondo.

En el instante mismo en que las dos chalupas, montada una por Sir Moreland y seis remeros indios y la otra por Tremal-Naik y las muchachas con los remeros malayos, llegaban debajo de la escala de babor, el casco del *Rey del Mar* se inclinaba dulcemente hacia estribor, acostándose sobre el flanco.

Viendo inmóvil el barco Sir Moreland, se apresuró a subir al puente, seguido por Tremal-Naik y las dos niñas.

—¡Sí muchísimo!—respondió la niña ruborizándose y bajando los ojos.

Yáñez se había vuelto hacia Sandokan, cuyo rostro se nubló.

—¡Ni siquiera nos quiere la muerte! —le dijo.— ¿Qué es lo que vas a hacer?

—¡Vayamos a conocer al hijo del Tigre de la India! —dijo poniendo la diestra en la empuñadura de oro de su *kriss*.—¡Que tenga cuidado, porque el Tigre de la Malasia también podría matar al Tigrecito!

Se desembarazó de la bandera, descendió lentamente la escalerilla con la misma majestad con que un rey desciende las gradas de un trono, y se detuvo delante de Sir Moreland, diciéndole:

—Y bien; ¿qué pretende usted hacer con nosotros?

El anglo indio, que estaba sumamente conmovido, se quitó la gorra para saludar a los dos héroes piratas, y en seguida dijo noblemente:

—Ante todo, señores, permítanme ustedes una palabra.

Cogió de una mano a Darma, que había subido a bordo con Surama, y conduciéndola ante Tremal-Naik, le dijo:

—Yo la amo, y ella también me ama. No podría vivir sin su hija de usted, y bien saben los númenes de la India cuánto he hecho por olvidarla. Seque usted con una palabra el río de sangre que de usted me separa, para que el grito terrible de mi asesinado padre se apague para siempre. ¡Ayer noche se me apareció su ánima, y me ha dicho que perdonase a todos!

—Pero ¿qué es lo que dice usted, Sir Moreland? ¿De qué padre habla usted?—preguntó angustiado Tremal-Naik.

—Darma, ¿me ama usted? —preguntó Sir Moreland, sin contestar al indio.

—¡Sí, muchísimo!—respondió la niña ruborizándose y bajando los ojos.

—¡La guerra ha terminado entre nosotros!—dijo Sir Moreland.—¡La mancha de sangre ha sido borrada! ¡Tremal Naik, bendiga usted a sus hijos!

—Pero, ¿quién es usted?—gritaron a un tiempo Váñez, Sandokan y Tremal-Naik.

—¡Yo soy el hijo de Suyodhama! ¡Vengan ustedes! ¡Ahora son mis huéspedes!

CONCLUSION

Veinte minutos después los cuatro cruceros abandonaban el banco de Vernon, en el fango del cual iba enterrándose poco a poco el casco del valeroso *Rey del Mar*.

A bordo del mayor de aquéllos se habían embarcado todos los supervivientes, comprendidos Kammamuri, Sambigliong y el ingeniero Horward, y en el salón de la cámara se reunieron Tremal-Naik, las dos jóvenes, los dos jefes piratas y el hijo de Suyodhama.

Una viva ansiedad, no exenta de curiosidad grandísima, parecía haberse apoderado de todos. Las miradas estaban fijas en el Tigrecillo de la India, a quien habían considerado hasta entonces como un oficial de la marina anglo india. Sir Moreland se sentó al lado de Darma.

—Debo a ustedes unas explicaciones —dijo el hijo del terrible *thug*—que no les desagradará conocer, ni siquiera a Darma, y que servirán para disculpar la guerra, tan larga y obstinada, que he venido haciéndoles.

»Hasta que tuve veinticinco años no me informó mi preceptor, un indio de gran saber y de alto rango, de que no era hijo de un oficial anglo-indio, como hasta entonces me habían hecho creer, sino del jefe de la secta de los *thugs*, que se había casado en secreto con una señora inglesa, la cual murió al darme a luz.

»Confiado a los cuidados de una familia de la

—¡Sí, muchísimo!—respondió la niña ruborizándose y bajando los ojos.

—¡La guerra ha terminado entre nosotros!—dijo Sir Moreland.—¡La mancha de sangre ha sido borrada! ¡Tremal Naik, bendiga usted a sus hijos!

—Pero, ¿quién es usted?—gritaron a un tiempo Váñez, Sandokan y Tremal-Naik.

—¡Yo soy el hijo de Suyodhama! ¡Vengan ustedes! ¡Ahora son mis huéspedes!

CONCLUSION

Veinte minutos después los cuatro cruceros abandonaban el banco de Vernon, en el fango del cual iba enterrándose poco a poco el casco del valeroso *Rey del Mar*.

A bordo del mayor de aquéllos se habían embarcado todos los supervivientes, comprendidos Kammamuri, Sambigliong y el ingeniero Horward, y en el salón de la cámara se reunieron Tremal-Naik, las dos jóvenes, los dos jefes piratas y el hijo de Suyodhama.

Una viva ansiedad, no exenta de curiosidad grandísima, parecía haberse apoderado de todos. Las miradas estaban fijas en el Tigrecillo de la India, a quien habían considerado hasta entonces como un oficial de la marina anglo india. Sir Moreland se sentó al lado de Darma.

—Debo a ustedes unas explicaciones —dijo el hijo del terrible *thug*—que no les desagradará conocer, ni siquiera a Darma, y que servirán para disculpar la guerra, tan larga y obstinada, que he venido haciéndoles.

»Hasta que tuve veinticinco años no me informó mi preceptor, un indio de gran saber y de alto rango, de que no era hijo de un oficial anglo-indio, como hasta entonces me habían hecho creer, sino del jefe de la secta de los *thugs*, que se había casado en secreto con una señora inglesa, la cual murió al darme a luz.

»Confiado a los cuidados de una familia de la

tenemos nuestros paraos y nuestros hombres, y allí contamos con amigos muy afectos. Llévenos usted a esa isla, si no le causa molestia. Fundaremos allí una nueva colonia, lejos de las amenazas de los ingleses.

Después de otra breve pausa continuó:

—Quizás volvamos a vernos en la India algún día. Hace tiempo que vengo acariciando un sueño.

—¿Cuál?—preguntaron Tremal-Naik, Darma y Sir Moreland.

Sandokan fijó la mirada en Surama y respondió:

—Tú eres hija del *rajá*, y te han robado el puesto que te pertenecía ¿Por qué, niña, no hemos de darte un trono para compartirlo con Yáñez, que dentro de pocos días será tu marido? ¡Hablaremos de eso, mi buena Surama!

FIN

S. CALLEJA MADRID